

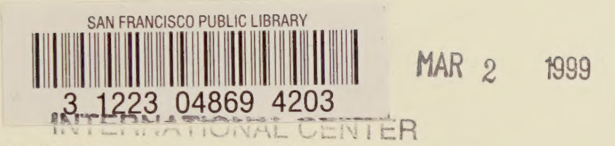
vindicación de los derechos de la mujer

mary WOLLSTONECRAFT

EDICIÓN ABREVIADA



MARY WOLLSTONECRAFT (1759-1797). Escritora inglesa reconocida como la más clara precursora de la literatura de emancipación de la mujer. Educadora y mujer de fuerte e independiente personalidad, trabajó como correctora editorial y entró en contacto con el grupo de escritores radicales liderado por Thomas Paine y William Godwin, autor con el que contrajo matrimonio poco antes de dar a luz a su hija Mary, futura esposa del poeta Shelley y autora de *Frankenstein.* Llevada por el espíritu de reforma de la Ilustración y heredera en clave feminista del *Emilio* de Rousseau, en su obra la educación y los derechos de la mujer ocupan un lugar central y radical adelantándose de este modo a los movimientos sufragistas y feministas que han reconocido en ella a una de sus primeras voces.



MARY WOLLSTONECRAFT

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

(Edición abreviada)

[illegible]

DEBATE

MARY WOLLSTONECRAFT

VINDICACIÓN DE LOS DERECHOS DE LA MUJER
(Edición abreviada)

Siete libros para entender el siglo XX

DEBATE
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 1998

Selección de
ELISA VELASCO

Versión castellana de
CHARO EMA y MERCEDES BARAT

Título original: *A Vindication of the Rights of Woman*

ISBN: 84-8306-132-5
Depósito legal: B-31.518-1998
Compuesto en Roland Composición, S. L.
Impreso en Printer Industria Gráfica (Barcelona)
Impreso en España *(Printed in Spain)*

Sumario

Presentación

Nuestra responsabilidad como editores nos exige estar pendientes de las necesidades culturales de una comunidad, y, en consecuencia, proponer temas de discusión y reflexión. Esta intención la aplicamos ahora a examinar las principales corrientes científicas, sociológicas, filosóficas, políticas o artísticas que moldearon el siglo XX. La imagen que el hombre tiene de sí mismo en el siglo XX –si podemos permitirnos esta generalización– es tan distinta de la que el del siglo XIX tenía de sí mismo y la que probablemente tendrá el del siglo XXI con respecto al del XX. El hombre del XIX se vio como un ser que confiaba en la razón y en el progreso, dueño de su destino, en una posición privilegiada dentro del Universo, instalado en un injusto sistema social, casi convencido de haber resuelto la mayoría de los problemas científicos y de haber llegado a la perfección en la filosofía y el arte.

El hombre de finales de nuestro siglo conoce dos terribles guerras mundiales y cientos de guerras locales, la revolución económica y social, el auge de los fascismos, el movimiento de liberación de la mujer, la ruptura de las convenciones en literatura, arte y filosofía, el descubrimiento de las fuerzas psíquicas inconscientes, la revolución de las ciencias físicas y biológicas, y otros fenómenos de mayor o menor envergadura que echan por tierra su imagen de ser racional, centro del Universo y dominador de su destino.

Entendemos que los cambios más importantes se produjeron como consecuencia de ideas y teorías surgidas en el siglo XIX y

principios del XX: la vindicación de los derechos de la mujer de Mary Wollstonecraft, la teoría de la evolución de Charles Darwin, el materialismo dialéctico de Karl Marx y Friedrich Engels, las propuestas filosóficas de Friedrich Nietzsche, la teoría de la relatividad de Albert Einstein, el psicoanálisis de Sigmund Freud y las propuestas literarias de Franz Kafka, y que podemos reunir ahora y mostrar las fuentes originales de esas ideas y teorías en esta colección, *Siete libros para entender el siglo XX*.

En los casos de Karl Marx y Friedrich Engels *(Manifiesto Comunista)*, Friedrich Nietzsche *(El Anticristo)*, Albert Einstein *(Sobre la teoría de la relatividad especial y general)*, Sigmund Freud *(Esquema del psicoanálisis)* y Franz Kafka *(La metamorfosis)* presentamos los textos íntegros.

En las obras de Charles Darwin *(El origen de las especies)* y Mary Wollstonecraft *(Vindicación de los derechos de la mujer)*, y dada la extensión de los textos, ofrecemos un conjunto de capítulos significativos que permiten la lectura de la obra sin menoscabo de su comprensión.

Toda elección es un riesgo. Aceptamos el desafío de no recoger todas las corrientes que marcaron el siglo, o de no reflejar las más modernas, como la informática, la biología molecular, la ingeniería genética o la ecología, pero es nuestra opinión que su verdadera repercusión se producirá más bien en el siglo XXI.

Los editores

Nota

Es posible que resulte sorprendente la inclusión de un texto del siglo XVIII en esta serie que pretende agrupar siete textos imprescindibles para entender el siglo XX. Y es cierto que, en alguna medida, *Vindicación de los derechos de la mujer* resultará un texto antiguo para el lector, fundamentalmente por el contraste que suponen sus planteamientos con los que se hacen en la actualidad. Sin embargo, si no se olvida su referencia temporal, y se tiene en cuenta la lentísima incorporación a la sociedad que han tenido los planteamientos feministas, no se dudará ni por un instante de que aquí se hallan los orígenes de lo que sólo tras mucho esfuerzo comenzó a consolidarse en el siglo XX.

El texto que aquí presentamos lleva, con relación al original inglés, algunas abreviaciones que nos ha parecido imprescindible realizar; algunas se basan en el aspecto repetitivo de la obra (especialmente el capítulo VI, eliminado íntegramente en esta edición, que recoge y extracta ideas ya desarrolladas en los capítulos anteriores), pero en la mayoría de las ocasiones se deben a que la autora hace referencia a textos y obras de difícil o imposible acceso para el público español. En el texto vienen señalados por media línea de puntos. También han sido suprimidas algunas citas que la autora reproduce enteras de algunos pasajes de la obra de Rousseau, sustituyéndolas con una referencia en la nota a pie de página. En este caso se señala mediante una línea completa de puntos.

Al señor Talleyrand-Périgord
(antiguo obispo de Autún)

Señor:

He leído con gran placer un folleto que habéis publicado recientemente[1]*, y quiero, por ello, dedicaros este volumen –la primera dedicatoria que hago en mi vida– para así incitaros a leerlo con atención. Pienso que me entenderéis como supongo que no lo harán muchas mentes insanas, que consideran ridículos todos los argumentos que no son capaces de refutar. Y porque, señor, siento un gran respeto por su amplitud de criterios, confío en que no dejará usted mi trabajo a un lado ni pensará que estoy equivocada por ver el tema bajo otra luz. Y, perdone mi franqueza, debo observar que usted lo trata de una forma un tanto tradicional, tal y como ha sido considerado siempre desde el punto de vista de los derechos del hombre, y no hablemos de los de la mujer que han sido pisoteados por considerarlos puras quimeras. Me dirijo a usted para que calibre cuanto digo sobre los derechos de las mujeres y la educación nacional, y apelo a su juicio en un tono firme y convencido, pues mis argumentos, señor, provienen de un espíritu desinteresado. Cuanto denuncio, lo hago en nombre de mi sexo y no en el mío propio. Desde hace tiempo vengo considerando que la independencia es la suprema bendición de la vida, base*

---

[1] M. W. dedicó este libro a M. Talleyrand-Périgord, tras la lectura del proyecto de decreto que éste había propuesto al gobierno francés en 1791, relativo a la educación de las jóvenes francesas.

de toda virtud. Por ello conservaré siempre mi independencia, aunque para ello tenga que reducir mis necesidades o incluso vivir en un desierto.

El afecto por toda la especie humana es el que hace que mi pluma corra rápida en nombre de lo que creo que es la causa de la virtud; el mismo sentimiento es el que me inspira el ardiente deseo de ver a la mujer situada en una posición tal que pueda favorecer, en lugar de frenar, el proceso de los nobles principios sobre los que se basa la conducta humana. Mi opinión, claro está, sobre los derechos y deberes de las mujeres es el fruto natural de principios tan elementales que considero poco probable que espíritus tan clarividentes como el sayo, que han elaborado vuestra Constitución, no estén de acuerdo con lo que aquí digo.

Es innegable que en Francia el saber ha conocido una mayor difusión que en el resto de Europa y creo que esto sucede en gran medida por la naturaleza de las relaciones que desde siempre existen entre los sexos. Cierto es que en Francia, lo digo con toda libertad, se ha extraído la esencia misma de la sensualidad para halagar el gusto de los voluptuosos y que reina una especie de libertinaje sentimental que, asociado a la duplicidad de todo el sistema de funcionamiento del gobierno civil y político, ha producido una sagacidad despreciable, denominada finesse, *tan propia del carácter francés, de donde proviene ese barniz aparente de las relaciones sociales. En cuanto a la modestia, el atributo más hermoso de la virtud, ha sido ultrajada más groseramente en Francia que en cualquier otro lugar, incluso Inglaterra, hasta tal punto que los franceses han calificado de* mojigatería *el respeto por la decencia que instintivamente manifiestan hasta los propios animales.*

Las costumbres y las pautas morales están tan estrechamente unidas que con frecuencia se confunden, pero si bien las unas son el reflejo natural de las otras, sucede que cuando por di-

versas causas se crean costumbres ficticias y corrompidas que se adquieren desde muy joven, entonces la moral pierde su contenido. Una actitud reservada y un respeto sagrado hacia la limpieza y el pudor en la vida diaria, casi siempre despreciados por los franceses, son los pilares que adornan a la modestia; pero lejos de despreciarlos, si la llama pura del patriotismo ha llegado a calar en su corazón, deberían esforzarse en mejorar el sentido moral de sus conciudadanos enseñando a los hombres, no sólo a respetar la modestia de las mujeres, sino también a observar y obtener ellos mismos esta virtud y que vean en ella el único medio para conseguir su propia estimación.

En mi lucha por los derechos de las mujeres, mi argumento principal se basa sobre el principio elemental de que si la mujer no está preparada, mediante la educación, para convertirse en la compañera del hombre, será ella quien frenará el progreso del saber y de la virtud, pues la verdad debe ser siempre patrimonio de todos y si no, no tendrá influencia en la vida. ¿Cómo puede esperarse de una mujer que coopere si no se sabe por qué razón ha de ser virtuosa, si la libertad no viene a fortalecer su razón de tal modo que comprenda cuál es su deber y vea en qué medida puede contribuir a su bienestar? Si deseamos inculcar a los niños los verdaderos principios del patriotismo, es necesario que su madre también los sienta; el amor por la humanidad, con las virtudes que de él se desprenden, sólo puede nacer cuando se toma en cuenta el interés moral y civil de la humanidad; ahora bien, la educación y la situación social de la mujer hoy día impiden tales suposiciones.

En esta obra doy numerosos argumentos, a mi entender concluyentes, para demostrar que la idea que prevalece sobre el carácter propio de cada sexo va en contra de la moralidad, y sostengo que para lograr la perfección mental y física del ser humano debe reinar en el mundo la castidad y que esa misma

castidad jamás será respetada en el mundo masculino mientras se continúe idolatrando, si así puede llamársele, la persona de la mujer, cuando un poco de sentido común o un cierto sentido de la virtud pueden darle los rasgos más nobles de la belleza intelectual o, por el contrarto, una simplicidad atrayente.

Examinad sin pasión, señor, estas observaciones, pues parece haberos alcanzado algún resplandor de esta verdad cuando observáis que ver «una mitad de la raza humana excluida por la otra mitad de toda participación en el gobierno es un fenómeno político que no puede verse justificado en nombre de principios abstractos». Si es así, ¿sobre qué se basa vuestra Constitución? Si los derechos teóricos del hombre se prestan a discusión y a explicación, los de la mujer podrán, por analogía, evaluarse según los mismos criterios; pero en este país reina un criterio bien diferente que justifica la opresión de la mujer con uno de los argumentos que vos utilizáis: la costumbre.

Ved –y aquí me dirijo al legislador– si en una época en la que los hombres combaten por obtener la libertad y el derecho a juzgar por sí mismos lo que se relaciona con su bienestar, ¿no es ilógico e injusto mantener el sometimiento de la mujer, aun cuando tengáis la convicción de que actuáis del mejor modo posible para lograr su felicidad? ¿Quién ha decretado que el hombre es el único juez cuando la mujer comparte con él el don de la razón?

Es éste el tipo de argumentación que utilizan los tiranos pusilánimes de toda especie, ya sean reyes o padres de familia; se empeñan todos en ahogar la razón afirmando que usurpan su trono solamente por devoción. ¿Acaso no estáis haciendo lo mismo cuando negáis a las mujeres sus derechos civiles y políticos, obligándolas con ello a permanecer encerradas en la oscuridad del pequeño ámbito familiar? Pues seguramente, señor, no podréis afirmar que sea una obligación ese deber que no está basado en la

razón. Si ese es en verdad el destino de las mujeres, la razón podrá demostrarlo, y así se verá que las mujeres cuanta mayor inteligencia puedan adquirir más y mejor se entregarán a su deber, porque podrán comprenderlo; de otro modo, si su sentido moral no se apoya sobre el mismo principio inmutable que el de los hombres, ninguna autoridad podrá impedirles que cumplan este deber virtuosamente. Podrán ser, quizá, esclavas dóciles, pero la esclavitud tiene un efecto infalible: degrada tanto al amo como a su abyecto dependiente.

Pero si las mujeres deben ser excluidas sin tener voz ni participación en los derechos naturales de la humanidad, demostrad primero, para así refutar la acusación de injusticia y falta de lógica, que ellas están desprovistas de inteligencia; si no, este fallo en vuestra NUEVA CONSTITUCIÓN pondrá de manifiesto que el hombre se comporta inevitablemente como un tirano; y la tiranía, cualquiera que sea la parte de la sociedad hacia la que apunta el frente de su cañón, socava los fundamentos de la moral.

En numerosas ocasiones he afirmado, dando como prueba de lo que me ha parecido un argumento irrefutable el ejemplo de los hechos reales, que las mujeres no pueden verse confinadas por la fuerza a las tareas domésticas, pues aun cuando sean ignorantes, se verán involucradas en asuntos más importantes, descuidando sus deberes personales, y trastocarán, mediante hábiles artificios, los planes bien ordenados de la razón que superan a su entendimiento.

Además, en tanto que ellas no puedan adquirir otra cosa que talentos personales, los hombres buscarán su placer en la variedad y los maridos infieles harán infieles a las mujeres. Pero seres de tal ignorancia son en todo punto disculpables cuando intentan hacer justicia mediante la venganza, puesto que no se les ha enseñado a respetar el bien público ni se les ha concedido el menor derecho cívico.

Estando así de extendido el mal en la sociedad, ¿cómo se pre-

servará la virtud individual, única garantía de la libertad pública y del bienestar universal?

Que la coacción no sea, pues, una institución social y que, siguiendo la ley general de la gravedad, los sexos caminen por los caminos que les correspondan. Ahora que leyes más equitativas rigen vuestro país, el matrimonio puede llegar a ser más sagrado: los jóvenes pueden elegir sus esposas guiándose de su afecto y en el corazón de las muchachas el amor sustituirá a la vanidad.

Así, el padre de familia dejará de ir a perder sus fuerzas físicas y su valor moral en los prostíbulos, y no olvidará, respondiendo a la llamada del instinto, su verdadero fin. En cuanto a la madre, ya no descuidará a sus hijos para hacerse la coqueta, puesto que su inteligencia y su modestia le asegurarán la amistad de su marido.

Pero, mientras los hombres no se preocupen un poco más de sus deberes de padres, es anhelo vano esperar que las mujeres se ocupen de sus hijos en ese tiempo que «con tanta aplicación» se dedican a posar ante el espejo, pues si utilizan la astucia no es más que por instinto, a fin de obtener indirectamente un poco de ese poder del que injustamente se les niega una parte. Ya que si las mujeres no pueden gozar de sus derechos legítimos, buscarán, corrompiendo a los hombres, los privilegios ilegítimos.

Deseo, señor, suscitar en Francia estas reflexiones y si ellas pudieran llegar a confirmar mis principios, espero que en el momento de la revisión de vuestra Constitución, los Derechos de la Mujer serán respetados, si es que se ha demostrado que la razón exige que así lo sean y, en voz muy alta, reclama JUSTICIA para una mitad de la raza humana.

Respetuosamente,

M. W.

Advertencia

Cuando comencé a escribir esta obra la había dividido en tres partes, previendo que uno de los volúmenes contendría una discusión completa de los argumentos que a mí me parecían desprenderse de manera natural de algunos principios elementales; pero conforme la iba escribiendo se presentaban nuevos ejemplos y por ello ahora sólo ofrezco al público la primera parte de mi libro.

Por otra parte, hay numerosos temas a los que hago alusión de pasada que requerirían mayor profundidad, en particular las leyes relacionadas con la mujer y el examen de sus deberes específicos. Esto proporcionará amplio material para un segundo volumen que aparecerá en su día, a fin de clarificar ciertas opiniones y concluir el análisis de numerosas ideas que en este primero sólo están esbozadas.

M. W.

Introducción de la autora a la primera edición

Después de haber interrogado a la historia y observado el mundo viviente con ansiosa solicitud, una viva melancolía y una entristecida indignación se han apoderado de mi espíritu y he debido admitir, con un suspiro, una de estas dos cosas: o bien existen diferencias naturales considerables entre los hombres, o bien la civilización que el mundo ha desarrollado hasta ahora se ha mostrado muy parcial. He consultado diversas obras relativas a la educación, he observado pacientemente el comportamiento de los padres y el funcionamiento de las escuelas, y he llegado a la profunda convicción de que la miseria de mis compañeras –que deploro vivamente– proviene de su descuidada educación. Se observa, de manera particular, que se convierte a las mujeres en seres débiles y desgraciados por todo tipo de razones, todas ellas derivadas de la misma precoz conclusión. De hecho, tanto el comportamiento como las costumbres de las mujeres prueban, de forma evidente, que su espíritu no es sano, pues ocurre como con las flores que han sido plantadas en un suelo demasiado rico, sacrificando la fuerza y la utilidad en aras de la belleza; así, sus esplendorosas hojas se marchitan una vez que han fascinado a una mirada exigente, olvidadas sobre el tallo, mucho antes de haber llegado a la madurez. Atribuyo una de las causas de esta floración estéril a un mal sistema de educación. He llegado a esta conclusión leyendo lo que los hombres han escrito sobre este tema; consideran a las mujeres

más como hembras que como seres humanos y se han preocupado más de hacer de ellas amantes seductoras que esposas afectuosas y madres juiciosas. De este modo, la inteligencia femenina se ha enorgullecido por este homenaje insidioso hasta tal punto que, salvo algunas pocas excepciones, las mujeres civilizadas de nuestro tiempo no desean otra cosa que inspirar amor, cuando deberían albergar ambiciones mucho más nobles y atraerse el respeto por sus cualidades humanas y espirituales.

Por eso, en un tratado sobre los derechos y costumbres de las mujeres, no pueden silenciarse las obras consagradas especialmente a su perfeccionamiento; sobre todo cuando en ellas se afirma, en términos muy claros, que el carácter femenino se halla debilitado por falsos refinamientos, cuando los manuales de instrucción, escritos por hombres de ingenio, han tenido la misma orientación que las publicaciones frívolas y, cuando, en un estilo propio del mahometismo, se trata a las mujeres como a una raza de seres subordinados que no forman parte de la especie humana, mientras se declara que la razón –la razón perfectible– es la honorable distinción que eleva al hombre por encima de las bestias y coloca en su débil mano un poder natural.

No obstante, no querría que mis lectores pensaran que, puesto que yo soy mujer, intento abordar el debate sobre la calidad o la inferioridad de sexo femenino con violencia, pero puesto que el tema se presenta y no puedo silenciarlo sin correr el riesgo de que lo esencial de mi razonamiento sea mal interpretado, voy a detenerme un momento para dar, brevemente, mi opinión. En el terreno físico se observa que la mujer es, generalmente, menos fuerte que el hombre. Es la ley de la naturaleza y no parece que deba ser suspendida o derogada en favor de la mujer. No puede, pues, negársele al hombre una cierta superioridad física y es ésta una noble prerrogativa. Pero, no contentos con esta preeminencia natural

los hombres se empeñan en rebajarnos todavía más con el único fin de hacer de nosotras objetos seductores; y las mujeres, intoxicadas por la adoración que bajo el imperio de sus sentidos nos dedican los hombres, no tratan de que en sus corazones nazcan intereses duraderos ni de convertirse en amigos cuando ellos buscan su compañía.

Conozco el efecto que puede producir esta observación: por todas partes se critica a las mujeres masculinas, pero, ¿dónde están? Si con esta expresión los hombres entienden que se trata de alzarse contra su ardor por la caza y el juego, muy gustosa uniría yo mi voz a la suya, pero si se trata de alzarse contra la imitación de las cualidades propias de los hombres, o más exactamente, contra la adquisición de ciertos talentos y cualidades, cuyo ejercicio ennoblece el carácter y que elevan a las mujeres por encima del reino animal y hacen de ellas seres humanos, en el sentido amplio del término, a mí me parece que desde el punto de vista filosófico deberíamos desear todos que las mujeres fueran cada vez más masculinas.

Esta discusión se divide, naturalmente, en varios puntos. En primer lugar, consideraría a las mujeres en tanto que criaturas humanas, situadas al igual que los hombres sobre la tierra para desarrollar en ella sus facultades; en segundo lugar, insistiría particularmente en su vocación personal.

Deseo, igualmente, evitar un error en el cual han caído muchos escritores respetables, pues la instrucción que las mujeres han venido recibiendo hasta ahora convenía, sobre todo, a las damas de la alta sociedad, a excepción de algunos consejos indirectos que podemos encontrar en Standford y Merton; pero, dado que me dirijo al sexo femenino en un sentido más concreto, considero sobre todo a las mujeres de las clases medias que se hallan en un estado más natural. Quizá son siempre los grandes los que reparten

en este mundo las semillas de falso refinamiento, de la inmoralidad y de la vanidad. Seres débiles y artificiales, criados prematura y anormalmente por encima de las necesidades y afectos de su coraza, minan los fundamentos mismos de la virtud y difunden la corrupción en toda la sociedad, mientras que la clase social, los ricos, sienten como suyo el derecho a la piedad, pues su educación tiende a hacerlos vacíos e impotentes, su espíritu todavía en crecimiento no se halla fortalecido por la práctica de estos deberes que ennoblecen al hombre. No viven más que para el placer, siguiendo la misma ley que en la naturaleza produce invariablemente los mismos efectos, pronto tienen placeres estériles.

Pero como voy a intentar considerar por separado las diferentes clases sociales y el carácter moral de las mujeres de cada una de ellas, baste esta alusión por el momento. No he hecho más que evocar este tema porque me parece que la esencia misma de una introducción consiste en dar una aproximación del contenido de la obra que presenta.

Espero que las mujeres me disculpen si las trato como a criaturas racionales en lugar de halagar sus gracias *fascinadoras* y considerarlas como si se hallaran en un perpetuo estado infantil, incapaces de obrar por sí mismas. Deseo vivamente hacer ver en qué consiste la verdadera dignidad, la verdadera felicidad humana; deseo convencerlas de que las palabras dulces, el corazón sensible, los sentimientos delicados y un gusto refinado son poco más o menos sinónimos de debilidad y que aquellos seres que sólo son objeto de piedad y de esa especie de amor aparente pronto serán objeto de desprecio.

Rechazando, pues, todas estas bonitas expresiones femeninas que los hombres utilizan con condescendencia para así dulcificar nuestro estado de servil dependencia, despreciando esta mezquina elegancia, esta exquisita sensibilidad y esta blanda docilidad que se

suponen son características del sexo más débil, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la virtud, que el primer objeto de una loable ambición consiste en adquirir una personalidad en tanto que ser humano, sin distinción de sexos y que sólo después de conseguir esto se podrán evaluar los objetivos secundarios.

He aquí, en términos generales, mi plan. Si bien expreso mis convicciones con la energía y la pasión que siento cada vez que menciono este tema, seguro que algunos de mis lectores sabrán reconocer en mis afirmaciones las lecciones de la experiencia y los frutos de la reflexión. Exaltada por este problema tan importante, rehúyo elegir las palabras o pulir mi estilo; intento lograr la eficacia, y la sinceridad me evitará toda afectación, ya que deseo mucho más persuadir por la fuerza de mis argumentos que deslumbrar por la elegancia de mi lenguaje, no pienso perder mi tiempo en dar un hermoso giro a mis frases o en practicar la ampulosa grandilocuencia de los sentimientos artificiales que se hacen en la cabeza pero jamás llegan al corazón. Estas son las cosas que me preocupan, no las palabras. Puesto que lo que más deseo es que las personas de mi mismo sexo sean los miembros más respetables de la sociedad, intentaré evitar esta prosa florida que ha pasado de los ensayos a las novelas y de las novelas a las cartas y conversaciones familiares. Estos maravillosos superlativos que afloran negligentemente de los labios vician el gusto y crean una suerte de delicadeza enfermiza que nos aparta de la verdad simple y desnuda; todo un diluvio de falsos sentimientos y de emociones exageradas ahogan las reacciones naturales del corazón y vuelven insípidos los placeres domésticos, destinados a dulcificar el ejercicio de estos deberes austeros que preparan a un ser racional e inmortal para un mundo más noble.

Últimamente se preocupan más de la educación de las mujeres de lo que lo hacían en el pasado; no obstante, siguen conside-

rándonos como frívolas y los escritores que intentan mejorarla mediante la sátira o la instrucción siguen tratándonos con desprecio o piedad. Se reconoce que las mujeres pasan muchos años de su infancia adquiriendo un barniz de cualidades y, al mismo tiempo, sacrifican su fuerza física e intelectual en aras de una concepción inmoral de la belleza y de un buen matrimonio, el único medio que tienen las mujeres para elevarse en el mundo. Este deseo hace de ellas simples animales y cuando se casan se comportan como niños, que es lo que son en realidad: se peinan, se visten, se maquillan y sólo son caricaturas de las criaturas divinas. Con toda seguridad que estas frágiles personas sólo son buenas para el serrallo. ¿Puede esperarse de ellas que sean capaces de educar una familia con buen juicio, o que puedan hacerse cargo de los pobres bebés que traen al mundo?

Si del comportamiento actual de las mujeres y su amor por el placer que sustituye en ellas la ambición y las más nobles pasiones que abren y amplían el espíritu puede deducirse, con toda razón, que la instrucción que han recibido hasta ahora sólo estaba encaminada, habida cuenta la constitución de la sociedad, a hacer de ellas unos miserables objetos de placer, simples procreadoras imbéciles. Si puede probarse que al intentar hacer de ellas personas plenamente desarrolladas sin cultivar su inteligencia, se las aparta de sus deberes y se las hace ridículas e inútiles una vez que la flor efímera de la belleza se ha marchitado [1], supongo que los hombres sensatos comprenderán por qué me esfuerzo en persuadir a las mujeres para que sean más masculinas y más respetables.

A decir verdad, la palabra «masculina» no es más que un fantasma; nada hay que temer en que las mujeres adquieran demasia-

---

[1] Un escritor espiritual, cuyo nombre he olvidado, se pregunta para qué sirven en la tierra las mujeres de más de cuarenta años.

do valor o demasiada fuerza espiritual, pues su aparente inferioridad física las obliga en cierta medida a depender de los hombres en las diversas relaciones de la vida, pero, ¿por qué habría que añadir a esto los prejuicios que hacen que la virtud sea una cualidad femenina y que confunden las verdades simples con las quimeras sensuales?

Lo que ocurre en realidad es que toda una concepción errónea de la perfección femenina es la que contribuye a desacreditar a las mujeres hasta tal punto que no es simple paradoja afirmar que su artificial debilidad engendra en ellas una cierta tendencia a la tiranía, a la astucia, enemigo natural de la fuerza, obligándolas a adoptar esos aires pueriles y despreciables que destruyen la estimación y sólo excitan el deseo. Que los hombres sean más castos y más honestos, y si las mujeres no son proporcionalmente más juiciosas, entonces es cuando se demostrará que son menos inteligentes que los hombres. No me parece apenas necesario precisar que hablo del sexo femenino en su conjunto. Hay muchas mujeres que poseen mejor juicio que sus parientes del sexo masculino y, del mismo modo que la balanza se inclina en favor de la persona que se esfuerza en mantener el equilibrio y que la fuerza de la gravedad natural no aumenta por eso, ciertas mujeres gobiernan a sus maridos sin por ello desacreditarse, porque siempre es la inteligencia la que manda.

CAPÍTULO I

Análisis de los derechos de la Humanidad y de los deberes que de ellos se derivan

En el estado actual de la sociedad parece que, para buscar las verdades más elementales, se hace necesario remontarse a los principios esenciales y disputar cada pulgada de terreno a los prejuicios existentes. Para clarificar las cosas, se me permitirá plantear algunas preguntas simples cuyas respuestas, sin duda, parecerán tan evidentes como los axiomas sobre los que se apoya mi razonamiento, y esto es así incluso cuando el lenguaje o el comportamiento de los hombres los contradigan formalmente, cuando se interponen los más diversos motivos.

¿Qué es lo que le da al hombre la superioridad sobre el reino animal? La respuesta es tan clara como que dos y dos son cuatro: la Razón.

¿Qué cualidad es la que sitúa a un ser por encima de otro? Espontáneamente respondemos: la Virtud.

¿Con qué finalidad fueron implantadas las pasiones en el corazón del hombre? A fin de que éste, al superarlas, alcanzara un grado de conocimiento del que carecen los animales, nos apunta la Experiencia.

Por consiguiente, la perfección de nuestra naturaleza y nuestra capacidad de felicidad deben estimarse proporcionales a la Razón, a la Virtud y a los conocimientos que distinguen al individuo y dictan las leyes que rigen la sociedad. Es igualmente innegable, si observamos a la humanidad en su conjunto, que el saber y la

virtud son consecuencias naturales del ejercicio de la razón.

Así esquematizados los derechos y deberes del hombre, parece casi inútil intentar ilustrar verdades aparentemente tan incontestables; no obstante, hay tantos prejuicios profundamente enraizados, que han oscurecido la razón, y tantas falsas cualidades, que han tomado el nombre de virtud, que se impone averiguar cómo el curso de la razón se ha visto contrariado y desviado por diversas circunstancias fortuitas, comparando el axioma elemental con las desviaciones accidentales.

....

La civilización de los pueblos europeos es, en su conjunto, muy injusta; cabe incluso preguntarse si aquello que han adquirido a cambio de su inocencia puede compensar la infelicidad que producen los vicios que se esconden tras su burda ignorancia, si merece pagar el precio de la libertad a cambio de una brillante esclavitud. Ese deseo de deslumbrar mediante la riqueza que, infaliblemente, le da supremacía al hombre, ese placer de gozar de las nuevas adulaciones, y tantas otras complicadas maquinaciones, que procuran la vanidad, fruto de un insensato egoísmo, han contribuido a aplastar el conjunto de la humanidad y ha hecho de la libertad un instrumento cómodo para que lo utilice el falso patriotismo. Cuando una nación concede excesiva importancia al rango social y a los títulos, cuando el genio «debe inclinarse ante ellos con humildad» vemos cómo, por desgracia, hay hombres competentes, pero que no tienen títulos ni propiedades, que tienen que abrirse camino para obtener la notoriedad. ¡Cuántas penalidades han sufrido miles de personas para conseguir un nombramiento de cardenal para un aventurero oscuro e intrigante, que sólo deseaba situarse entre los príncipes o incluso dominarlos amparándose en un capelo!

Los honores hereditarios, las riquezas y la monarquía son los que han engendrado tales bajezas que incluso hombres dotados de una viva sensibilidad han llegado casi a blasfemar para justificar los designios de la Providencia. Se ha considerado al hombre como un ser independiente de su Creador o como un planeta que, ingobernable, se ha salido de su órbita, para ocultar el fuego celeste de la razón, pero su temeridad ha sido hartamente castigada, pues el cielo se ha vengado introduciendo al mal en el mundo, oculto tras esta llama sutil como los males encerrados en la caja de Pandora.

Rousseau, impresionado ante el espectáculo de desgracia y desorden que reinaban en la sociedad, cansado de codearse con imbéciles llenos de afectación, buscó y deseó la soledad y, como a pesar de todo era un optimista, se esforzó con rara elocuencia en demostrar que el hombre es por naturaleza un animal solitario. Engañado por su respeto hacia la bondad de Dios que nos ha dado la vida –¡qué hombre sensato podría dudarlo!– con el único fin de transmitirnos la felicidad, considera el mal como algo real y ve en él la mano del hombre, sin darse cuenta de que de este modo exalta un atributo a costa de otro igualmente necesario para la perfección divina. Construidos sobre una hipótesis falsa, sus argumentos en favor del estado natural son plausibles, aunque frágiles, y digo frágiles porque afirmar que el estado natural es preferible a la civilización, por muy perfecta que sea, es, en otras palabras, criticar la sabiduría divina: es un insulto a la filosofía y a la religión afirmar paradójicamente que Dios ha hecho bien todas las cosas y que son sus criaturas –que Él mismo ha hecho conscientemente– las que han introducido el error en la naturaleza.

Cuando este Ser sapientísimo, que nos ha creado y colocado sobre la tierra, concibió tal idea, permitió que las pasiones se desarrollaran de igual modo en nuestro espíritu, era porque veía que el mal presente podría engendrar un bien futuro. La débil criatura que Él había sacado de la nada, ¿podría sustraerse a su Providen-

cia y aprender a conocer el bien mientras practicaba descaradamente el mal sin su permiso? No. ¿Cómo puede Rousseau, ese defensor enérgico de la inmortalidad, lanzar argumentos tan contradictorios? Si la humanidad hubiera permanecido para siempre en su estado animal natural, si su pluma mágica no hubiera podido pintar un mundo en el que pudiera arraigar al menos una sola virtud, a todos nos parecería claro, excepto a este solitario paseante, sensible e irreflexivo, que el hombre habrá nacido tan sólo para cumplir el ciclo de la vida y de la muerte y decorar el jardín de Dios con una finalidad que difícilmente podría reconciliarse con sus atributos. Pero si, para coronar su obra, Dios hubiera querido que existieran criaturas racionales, susceptibles de alcanzar la perfección gracias al ejercicio de las facultades que para ello les hubiera otorgado, si Dios en su bondad hubiera considerado justo dar la vida a una criatura superior a los animales[1], capaz de pensar y de mejorarse, ¿por qué habría de calificar expresamente como una maldición este don inestimable? Pues si el hombre ha sido creado de tal forma que pueda elevarse por encima del bienestar físico que produce la sensación, está claro que eso es un don. Sería una maldición si toda la existencia se limitara a nuestra vida en esta tierra, porque, ¿cómo Dios que es fuente de toda vida podría habernos dotado de pasiones y de la facultad para reflexionar? ¿Acaso sería para envenenar nuestra existencia e inspirarnos falsas nociones de dignidad? ¿Por qué habría de conducirnos a la renuncia del amor hacia nosotros mismos para poder llegar a las sublimes emociones

---

[1] Contrariamente a la opinión de los anatomistas, que discuten por analogía la formación de los dientes, el estómago o el intestino, Rousseau no admite que el hombre es un animal carnívoro y, alejándose de la naturaleza sistemáticamente, se pregunta si el hombre es un animal gregario, por más que el largo estado de debilidad de la infancia parece indicar una tendencia clara a acoplarse, primer signo del instinto gregario.

que suscita el descubrimiento de su sabiduría y de su bondad, si esos sentimientos no iban a poder mejorar nuestra propia naturaleza, de la que forman parte[2], y hacernos capaces de gozar de una felicidad más divina? Estando firmemente convencida de que en el mundo no existe ningún mal que no haya sido querido por Dios, construyo mi fe sobre la perfección del Creador.

Rousseau se empeña en demostrar que todo *estaba* bien en los orígenes, hay toda una serie de autores que mantienen que todo *está* bien ahora, y yo digo que todo irá bien en el futuro, algún día.

Pero Rousseau, fiel a su postura primera sobre el estado de naturaleza, celebra la barbarie e, invocando a Fabricio, olvida que al conquistar el mundo los romanos jamás habrían soñado con establecer su propia libertad sobre una base sólida ni alcanzar el reino de la virtud. Ansioso por defender su sistema, califica de viciosos todos los esfuerzos del espíritu y, haciendo una apoteosis de las virtudes salvajes, eleva a la categoría de semidioses a todos aquellos que siendo apenas hombres, aquellos brutales espartanos, despreciando la justicia y la gratitud sacrificaron a sangre fría a los esclavos que conduciéndose como héroes luchaban por salvar a sus opresores.

Irritado por las costumbres artificiales y las virtudes ficticias, el ciudadano de Ginebra, en lugar de situar la cuestión y pasarla por la criba del análisis, mezcla el trigo con la paja sin preguntarse siquiera si los males por los que tanto se indigna son la consecuencia de la civilización o los vestigios de la barbarie. Ha visto

---

[2] ¿Qué diríais a un artesano al que le hubiereis pedido hacer un reloj cuando éste, a fin de dar muestra de su habilidad, hubiera añadido al artefacto unas ruedas que complicaran aún más la maquinaria para hacer así un reloj con sonido, etc.? Si, para excusarse, alegara que, si no hubierais tocado tal o cual resorte nada habríais percibido del asunto y que de este modo se habría divertido haciendo una experiencia sin por ello perjudicaros, ¿no le responderíais acaso y con razón que si él no hubiera añadido aquellas ruedas el incidente no se habría producido?

cómo el vicio aplastaba la virtud y cómo la falsa bondad ocupaba el lugar de la verdadera, ha visto cómo el talento se doblegaba ante el poder y los fines nefastos, y jamás ha pensado hallar la fuente de este gigantesco mal en el poder arbitrario y las distinciones hereditarias que van en contra de lo que naturalmente eleva al hombre por encima de sus semejantes: la superioridad intelectual. No ha visto cómo el poder real ha introducido en varias generaciones la debilidad mental y la idiotez en las familias nobles y cómo la ociosidad y el vicio alcanzan a miles de seres.

Nada puede mostrarnos mejor a la realeza desde su aspecto más despreciable que el número de crímenes por medio de los cuales los hombres han llegado al trono. Viles intrigas, crímenes contra la naturaleza y un sinfín de vicios que degradan al hombre, todas ésas han sido las etapas que conducen hacia el honor supremo y, sin embargo, millones de hombres han dejado que los miembros inertes de los descendientes de esos monstruos rapaces descansen apaciblemente sobre sus sangrientos tronos[3].

Un vapor pestilente cubre la sociedad cuando aquel que la dirige sólo aprende a inventar crímenes o a distraerse con la estúpida rutina de las ceremonias pueriles. ¿Es que los hombres no van a ser sensatos nunca? ¿Dejarán de esperar que el olmo dé peras, o que la zarza tenga higos? Incluso si se reunieran las condiciones más favorables, sería imposible que nadie consiguiera un conocimiento y una fuerza lo suficientemente grandes como para cumplir con las obligaciones de un rey investido de una autoridad sin límites. Estas obligaciones serán necesariamente violadas desde el momento en que su supremacía es precisamente un obstáculo insuperable para alcanzar la virtud o la sabiduría, cuando la petulancia ahoga los senti-

---

[3] ¿Puede concebirse insulto mayor a los derechos del hombre que las camas de justicia de Francia en las que un niño resultaba ser el portavoz del execrable Dubois?

mientos y el placer impide cualquier reflexión posible. ¡Resulta una locura pretender que la suerte de millones de personas dependa del capricho de un ser débil, cuya situación le rebaja, necesariamente, por debajo del más vil de los sujetos! Pero no bastaría con derrocar un poder para erigir otro –pues todo poder embriaga al hombre débil– y los abusos de poder prueban que cuando más instaurada esté la igualdad entre los hombres, más se extiende el reinado de la bondad y la felicidad en la sociedad. Pero este argumento, y todos los argumentos del mismo tipo, dictados por el simple sentido común nos hacen gritar que tanto la Iglesia como el Estado están en peligro si no se tiene una fe implícita en la sabiduría de la antigüedad; y aquellos que, emocionados por la visión de la miseria en la que vive la humanidad se atreven a atacar la autoridad humana, sean considerados como detractores de Dios y enemigos del hombre. Atroces calumnias esas, y, sin embargo, han alcanzado a uno de los mejores hombres[4], cuyas cenizas descansan en paz y cuya memoria exige un silencio respetuoso cuando se discuten cuestiones que él tanto estimaba.

Después de haber atacado la sagrada majestad de los reyes, no creo que cause apenas sorpresa que añada mi firme convicción de que todas las profesiones que se basan en la subordinación y la jerarquía constituyen un grave atentado a la moral. Un ejército profesional, por ejemplo, resulta incompatible con la libertad puesto que la subordinación y la severidad son como la columna vertebral de la disciplina militar y puesto que el despotismo resulta necesario para dar fuerza a las empresas dirigidas por una sola voluntad. Solamente algunos oficiales pueden tener un espíritu formado sobre las nociones románticas del honor y una especie de sentido moral basado en la moda de la época. Pero el cuerpo del ejército debe moverse a partir del mando como las olas del mar, pues el viento agitado de la

[4] El doctor Price.

autoridad empuja hacia adelante con un furor impetuoso a la tropa de subalternos, que no saben o no se preguntan por qué ocurre así.

Además, nada daña más a la moral de los habitantes de las provincias que la presencia ocasional de un grupo de jóvenes ociosos y superficiales, cuya única ocupación consiste en la galantería y cuyas amables maneras hacen más peligroso todavía el vicio, al disimular la deformidad bajo un porte agradable y un aspecto rozagante. La moda, que no es otra cosa que una forma de esclavitud y que denota la ausencia de personalidad, espanta a las gentes sencillas del campo y las empuja a imitar los vicios ya que no saben adoptar las virtudes inalcanzables del refinamiento. Cada ejército es una retahíla de déspotas que, sometiendo y tiranizando alternativamente, sin hacer uso de su razón de ser, se convierten en un peso muerto en la sociedad, un cúmulo de vicio e idiotez. Un hombre noble o con fortuna personal, seguro de poder elevarse haciendo uso de su notoriedad, no tiene otra cosa que hacer que perseguir cualquier capricho extravagante, pero el gentilhombre que debe situarse, como se suele decir, por sus propios méritos, llega a convertirse en un parásito servil o en un vil alcahuete.

Los marineros y oficiales de la Marina entran dentro de esta misma categoría, pero sus vicios adoptan una forma diferente, mucho más chocante. Cuando no están ocupados en cumplir con los ceremoniales propios de su función, son mucho más indolentes que los militares cuya insignificante agitación podría calificarse de ociosidad activa.

Mientras que aquéllos viven de manera casi exclusiva en compañía de los hombres y así adquieren un gusto pronunciado por las bromas y frases de mal gusto, éstos frecuentan, a menudo, a las mujeres de buena educación y utilizan un lenguaje sentimental. Pero, tanto en un caso como en otro, bien cayendo en la risa grosera o en las carantoñas galantes, la inteligencia queda fuera.

¿Podría permitirme extender esta comparación a una profesión en la cual sin duda se hace alusión a la inteligencia? Los miembros del clero tienen posibilidades mucho mayores de cultivar su espíritu, aunque también es verdad que su estado de subordinación dificulta bastante sus facultades. La ciega sumisión a los aspectos formales de la fe que les imponen en el seminario alcanza tanto al novicio como al vicario, que deben respetar obsequiosamente la opinión de su rector o director si quieren despuntar en su carrera. Sin duda, no hay contraste más chocante que el que existe entre ese aire de independencia servil de un pobre vicario y el porte altanero de un obispo. El respeto y el desprecio que inspiran hacen de todo punto vano el cumplimiento de sus respectivas funciones.

Es importante subrayar que la personalidad de cada hombre viene formada, en cierta medida, por su profesión. Hay hombres que dan la impresión de ser inteligentes, impresión que desaparece cuando se intenta descubrir su personalidad, pero el hombre débil, el hombre corriente no tiene nunca otra personalidad que no sea la meramente física, o cuando menos sus opiniones están de tal manera impregnadas de las ideas consagradas por el poder, que apenas se pueden distinguir las huellas de su propio espíritu.

Por eso pienso que la sociedad, conforme avanza y progresa, deberá tener cuidado en no establecer corporaciones en las cuales los hombres se vean inevitablemente corrompidos o embrutecidos por su profesión.

En la infancia de la sociedad, los jefes y los sacerdotes, cuando el hombre apenas estaba saliendo de la barbarie, al actuar sobre los móviles más poderosos del estado salvaje como son la esperanza y el temor, debieron ostentar un poder desmesurado. Ciertamente, la aristocracia es la primera forma de gobierno, pero el equilibrio entre las diversas fuerzas desaparecía en caso de conflicto y, de este modo, la monarquía y la jerarquía surgieron de la

confusión creada por las luchas ambiciosas –y los señores feudales afirman su fundamento como lo demuestra su existencia–. Ese es el origen aparente del poder monárquico y religioso y el comienzo de la civilización. Pero no se pueden mantener por mucho tiempo encerrados materiales tan explosivos; el pueblo ha encontrado en las guerras civiles y en los conflictos internacionales una escapatoria que le permite obtener el poder; los gobernantes se ven así obligados a esconder la opresión que ejercen tras una falsa apariencia de justicia. Así, a medida que las guerras, la agricultura, el comercio y la literatura ensanchan el espíritu, los déspotas se ven obligados a recurrir a una corrupción subterránea para conservar ese poder que antaño conquistaron por la fuerza [5]. Esta gangrena solapada y dañina se extiende rápidamente a través del lujo y la superstición que son los mejores aliados de la ambición. La marioneta indolente que reina en la Corte se convierte en un monstruo de lujuria o en sensualista hastiado y después utiliza el contagio que extiende su estado anormal como instrumento de su tiranía.

Esta es la púrpura pestilente que hace del progreso de la civilización una maldición y que pervierte la inteligencia hasta tal punto que los hombres se preguntan si el desarrollo del espíritu no será más bien fuente de desgracia que de felicidad. Pero la naturaleza del veneno nos indica su antídoto y si Rousseau hubiera ido más lejos en sus investigaciones, si su mirada se hubiera detenido en esta atmósfera abrumada que no quiso dignarse a respirar, habría podido contemplar la perfección del hombre, una vez instituida la verdadera civilización, en lugar de volver la vista farrucamente hacia la noche de la ignorancia y la voluptuosidad.

---

[5] Los hombres de talento siembran ideas que, cuando germinan, contribuyen a la formación de un cierto estado de opinión; y cuando la opinión pública se forma en el ejercicio de la razón, la subversión del poder arbitrario no está demasiado lejana.

CAPÍTULO II

Discusión de las ideas adquiridas sobre los caracteres propios a cada sexo

Se han esgrimido infinidad de argumentos ingeniosos para explicar y excusar la tiranía del hombre y demostrar que los dos sexos, en su búsqueda de la virtud, deben tender a formarse una personalidad totalmente diferente, o, más explícitamente, a las mujeres no se les concede fuerza suficiente para adquirir eso que merece recibir el nombre de virtud. Sin embargo, si se admite que tienen alma, podría pensarse que tan sólo hay una forma fijada por la Providencia para conducir al género humano hacia la virtud o la felicidad.

Si es verdad que las mujeres no son un enjambre de seres frívolos y efímeros, ¿por qué habría de mantenérselas en una ignorancia que engañosamente se llama inocencia? Los hombres se quejan, y con razón, de las extravagancias y caprichos de nuestro sexo, cuando no ridiculizan con virulencia nuestras impetuosas pasiones y nuestros abyectos vicios. He aquí lo que yo les respondería: ¡Esa es la consecuencia natural de la ignorancia! La inteligencia será siempre frágil cuando sólo está apoyada por prejuicios, la corriente desciende con furia destructora cuando no existen barreras para contener su fuerza. A las mujeres se les dice desde su infancia, y el ejemplo de su madre lo refrenda, que para conquistar la protección del hombre no necesitan más que un cierto conocimiento de la debilidad, en otras palabras: astucia y un temperamento dócil, una *aparente* obediencia y un cuidado meticuloso en adoptar un com-

portamiento pueril. Y además, ser hermosas, todo lo demás sobra, al menos durante veinte años de su vida.

Así es cómo Milton describe a nuestra primera y frágil madre. Pero cuando habla de que las mujeres han sido creadas para la dulzura y las virtudes delicadas del encanto, yo no comprendo bien lo que quiere decir, a no ser que, siguiendo el ejemplo del dogma musulmán, haya querido privarnos del alma e insinuar que somos seres destinados, únicamente (mediante las gracias delicadas del encanto y esa obediencia ciega y dócil) a satisfacer los sentidos del hombre cuando éste no pueda elevarse sobre las alas de la contemplación.

¡Qué groseramente nos insultan quienes nos dan tales consejos con el único fin de hacer de nosotras unos dóciles animales domésticos! Por eso se nos recomienda con frecuencia y acaloradamente que nos sirvamos de la dulzura para triunfar y gobernar bajo la apariencia del sometimiento. ¿Qué clase de chiquilladas son ésas, qué miserable no será el ser (¿no es acaso inmortal?) que transija en gobernar por tan siniestros métodos? «Es cierto», dice lord Bacon, «que el hombre está emparentado con las bestias de su cuerpo, y si no lo está igualmente con Dios por su inteligencia, entonces es que sólo es una criatura vil e innoble.» Es verdad, los hombres actúan de una manera extremadamente irreflexible cuando intentan asegurarse sobre la buena conducta de las mujeres empeñándose en mantenerlas para siempre en un estado infantil. Rousseau era más coherente cuando afirmaba su deseo de detener el progreso de la razón tanto en un sexo como en otro, pues si los hombres comen del fruto del árbol del conocimiento, las mujeres también querrán probarlo; pero la cultura imperfecta que recibe su inteligencia hoy día no le aportará otra cosa que el conocimiento del mal.

Admito que los niños deben ser inocentes; pero cuando este epíteto se aplica a los hombres o a las mujeres, no es más que una

forma amable de decir que lo que ocurre es que son débiles. Pues si admitimos que las mujeres han sido destinadas por la Providencia a la adquisición de las virtudes humanas y a llegar, a partir del ejercicio de su inteligencia, a esa estabilidad de carácter que es el terreno más propicio para que arraiguen nuestras esperanzas futuras, si admitimos esto, tendremos que autorizarlas a que se dirijan hacia la fuente de la Luz en lugar de forzarlas a que lo hagan como un simple satélite.

....

Entiendo por educación individual –pues el sentido de la palabra es impreciso– el hecho de conceder al niño una atención tal que sus sentidos se vayan afinando lentamente, que su carácter se vaya formando, que aprenda en buen momento a controlar sus pasiones, y que ponga en marcha su inteligencia antes de que su cuerpo alcance la madurez, de tal forma que cuando sea adulto no tenga más que continuar, y no comenzar, la importante tarea de aprender a pensar y a razonar.

Para evitar toda interpretación errónea debo añadir que no creo que la educación privada pueda efectuar esos milagros que ciertos escritores optimistas le han atribuido. La educación de los hombres y de las mujeres debe realizarse, en parte, siguiendo las ideas y las costumbres de la sociedad en la cual viven. En cada época ha habido una corriente de opinión que ha prevalecido sobre las otras y que ha dado a este siglo un carácter familiar. Es, pues, posible sacar la conclusión de que tal y como está ahora constituida la sociedad, poco podemos esperar de la educación. No obstante, me parece que por el momento baste afirmar que cualquiera que sea el efecto que causen las circunstancias sociales sobre las aptitudes, cada individuo puede llegar a la virtud mediante el ejercicio de su razón; pues, imaginemos que

un solo ser naciera con tendencias viciosas, es decir, manifestaciones de maldad, ¿cómo podríamos escapar del ateísmo? ¿Cómo no pensar que ese Dios al que adoramos no es más que un demonio?

Por consiguiente, la mejor educación será, en mi opinión, la que consiste en ejercitar la inteligencia de tal modo que fortalezca el cuerpo y desarrolle el corazón, o, en otras palabras, permita a cada individuo adquirir tal costumbre en la virtud que sea independiente. De hecho, resulta una broma llamar virtuoso a un individuo cuyas virtudes no resulten del ejercicio de la razón. Esa era la opinión de Rousseau sobre los hombres; yo la hago extensiva a las mujeres y afirmo rotundamente que son los falsos refinamientos y no el deseo de adquirir cualidades llamadas masculinas las que las han desviado de su órbita. No obstante, el agasajo real que reciben es tan embriagador que podría llegar a hacerse imposible convencerlas de que el poder ilegítimo que obtienen humillándose es una maldición –en tanto que las costumbres de nuestra época no hayan cambiado– y que hay que volver a la naturaleza y a la igualdad si lo que desean es preservar la serena satisfacción que producen las consideraciones serenas y objetivas. Pero tendremos que esperar a que llegue esa época, esperar quizá hasta que los reyes y nobles, iluminados por la razón prefieran la verdadera dignidad de una persona adulta al infantilismo, renuncien a las pompas hereditarias, y si entonces las mujeres no renuncian al poder arbitrario de su belleza, entonces tendremos la prueba de que de verdad son menos inteligentes que los hombres.

....

En el estado de corrupción actual en que vive la sociedad son numerosas las causas que contribuyen a esclavizar a las mujeres entorpeciendo el desarrollo de su inteligencia y fomentando el de

los sentidos. Pero quizá la causa más perniciosa de todas sea el desprecio por el orden.

Hacer las cosas de manera ordenada es un precepto muy importante que las mujeres, cuya educación ha sido por lo general incoherente, rara vez observan tan estrictatamente como los hombres que desde su infancia han sido educados en este método. Esta especie de aproximación negligente –pues, ¿cómo calificar de otro modo la actividad desordenada de un cierto sentido común instintivo que jamás se ha sometido a la prueba de la razón?– les impide generalizar y es por eso por lo que las mujeres no hacen hoy lo que hicieron ayer, simplemente porque ya lo hicieron ayer.

Este desprecio que se tiene por la inteligencia durante los primeros años de la vida tiene consecuencias mucho más nefastas de lo que habitualmente se supone, pues los flacos conocimientos que las mujeres más despiertas llegan a conseguir están, por así decirlo, mucho más deshilvanados que los de los hombres y han sido adquiridos, frecuentemente, a partir de simples observaciones de la vida cotidiana y no de comparar estas observaciones individuales con el resultado de la experiencia colectiva. Como su situación de dependencia y el cumplimiento de las tareas domésticas la empujan a una vida de sociedad, adquiere un tipo de conocimientos fraccionados, como migajas, y como para ellas la instrucción es algo secundario, no tienen el ardor suficiente ni la perseverancia necesaria para seguir una disciplina que desarrollaría sus facultades y aclararía sus juicios. En el estado actual de la sociedad, apenas se precisan unos pocos conocimientos para ser considerado un caballero, y los muchachos se ven obligados a someterse durante unos pocos años a la disciplina. Pero en la educación de las mujeres, el ejercicio de la inteligencia está siempre subordinado a la adquisición de algún talento físico. Aun cuando la reclusión y las falsas nociones de modestia impidan que su cuerpo, languidecido e insuficientemente desarro-

llado, tenga gracia y belleza. Pero además, durante su juventud, no han estado jamás estimuladas por el sentimiento de emulación y, como no realizan estudios científicos serios su inteligencia natural, cuando la tienen, se desvía rápidamente hacia los efectos y las consecuencias, sin buscar las causas, y las complicadas reglas de comportamiento social sustituyen a los principios más elementales.

Para demostrar cómo la educación produce esta aparente debilidad en las mujeres, podemos citar el ejemplo de los militares, quienes, al igual que ellas, se ven empujados a la vida social antes de haber recibido una formación intelectual o moral sólida. Las consecuencias son las mismas: los soldados adquieren sólo unos pocos conocimientos superficiales, extraídos del fondo de una cenagosa conversación, y al estar en contacto con la sociedad llegan a un cierto grado de conocimiento del mundo, y con frecuencia confunden esta ciencia de las costumbres y hábitos cotidianos con un verdadero conocimiento del corazón humano. Pero estas observaciones casuales, jamás sometidas a la prueba del juicio racional, y obtenidas confrontando la especulación con la experiencia, ¿merecen de verdad este nombre? Los soldados, al igual que las mujeres, practican las virtudes menores con delicadeza meticulosa. ¿Dónde está, pues, la diferencia entre los sexos cuando la educación es la misma? Toda la diferencia que acierto a ver viene de la ventajosa situación en la que están los soldados, ya que tienen más libertad para conocer mejor la vida.

Quizá sea alejarme de mi tema el hacer una reflexión política, pero como es el resultado natural de mis reflexiones no pienso silenciarla.

Los ejércitos profesionales jamás pueden estar constituidos de hombres resueltos y fuertes, serán máquinas bien entrenadas, pero raramente veremos en ellos hombres apasionados o dotados de facultades vigorosas. En cuanto a la profundidad de la inteligencia,

me arriesgaría a afirmar que en el ejército es tan escasa como en las mujeres y mantengo que la causa de ello es en ambos casos la misma. Puede señalarse, además, que los oficiales del ejército viven también excesivamente preocupados por su persona; les gustan los bailes, los salones abarrotados de gente, las aventuras y las galanterías [1]. Hacen del galanteo, al igual que el *bello sexo,* la gran pasión de su vida. Se les ha enseñado a gustar y en ello centran su vida. No obstante, no están tan rebajados como las mujeres, dado que todavía se les considera superiores a ellas, por más que resulte difícil saber en qué consiste su superioridad, aparte de lo que acabo de mencionar.

La pena es que, tanto para unas como para otros, la adquisición de ciertas maneras elegantes está por encima de la educación moral; ambos aprenden a conocer la vida antes de que hayan tomado conciencia de los grandes ideales de la naturaleza humana. La consecuencia natural es que, al sentirse satisfechos con lo ordinario, son víctimas de los prejuicios y, dando crédito a la opinión de la autoridad, se someten a ella ciegamente. Por eso el sentido común, cuando lo tienen, es algo así como un golpe de vista instintivo que mide las proporciones y decide con respecto a las buenas costumbres, pero que no le sirve para ver las cosas con profundidad ni analizar sus propias opiniones.

¿No podría hacerse esta misma observación a las mujeres? Ciertamente, podemos plantear la discusión llevándola todavía más lejos, pues las mujeres, como los militares, están marginadas de cualquier oficio o función de utilidad por distinciones antinaturales, instituidas por la civilización. Las riquezas y los honores here-

[1] ¿Por qué se censura a las mujeres con tanta acritud y animosidad cuando se vuelven locas por un abrigo de piel? Su educación está más cerca de la que reciben los soldados que de cualquier otra.

ditarios han hecho que las mujeres sean ceros, por usar una imagen numérica. La ociosidad ha introducido en la sociedad una mezcla de galantería y despotismo que lleva incluso a los hombres, esclavos de sus amantes, a tiranizar a sus hermanas, sus mujeres o sus hijas. Cierto que no es más que una forma de mantenerlas controladas. ¡Fortificad, desarrollad el espíritu de la mujer y se acabará la obediencia ciega! Pero, como los que detentan el poder quieren ante todo ser obedecidos ciegamente, los tiranos y los libertinos se empeñan en mantener a las mujeres en la ignorancia, ya que así, unos hacen de ellas sus esclavas, los otros sus juguetes. El libertino ha sido siempre en verdad el más peligroso de los tiranos. Las mujeres han sido engañadas por sus amantes, como las princesas lo han sido por sus ministros: creyendo dominarlos.

....

Rousseau declara que una mujer jamás debería sentirse independiente, que debería vivir en el temor a ejercer su astucia *natural* y que hay que hacer de ella una esclava coqueta con el fin de que sea el objeto más deseable y la compañía más *dulce* para el hombre, cuando éste quiera solazarse. Lleva sus argumentos aún más lejos, pretendiendo extraerlos de las indicaciones de la naturaleza, e insinuando que la sinceridad y el valor, piedras angulares de toda virtud humana, deberían ser cultivadas por las mujeres con ciertas restricciones, ya que la obediencia es la gran virtud que hay que inculcarles con un rigor inexorable.

¡Qué estupidez! ¿Cuándo aparecerá un gran hombre cuya fuerza espiritual sea capaz de disipar las brumas que se han ido tejiendo alrededor de este asunto, fruto del orgullo y la sensualidad? O bien las mujeres son, por naturaleza, inferiores a los hombres, y por tanto sus virtudes deberían tener la misma calidad, ya que no

la misma intensidad; o bien la virtud es una noción relativa; por consiguiente, su conducta debería basarse sobre los mismos principios y tener el mismo fin.

Las mujeres están vinculadas a los hombres en tanto que hijas, esposas o madres; puede, pues, juzgarse su personalidad moral a partir de la forma en que ellas cumplen con estos simples deberes, pero el fin último, el culmen de todos sus esfuerzos, debería consistir en desarrollar sus propias facultades y adquirir la dignidad de la virtud consciente. Podrán intentar hacer más agradable su camino, pero jamás deberán olvidar, al igual que los hombres, que la vida no proporciona una felicidad capaz de satisfacer a un alma inmortal. No insinúo con eso que ambos sexos deban perderse en divagaciones abstractas o en consideraciones lejanas hasta tal punto que olviden con ello los afectos y los deberes que se les presentan y que son, a decir verdad, los medios necesarios para que su vida sea fructífera; por el contrario, les recomiendo vivamente, e incluso afirmo, que deberán procurarse una gran satisfacción cuando se sientan a sí mismos bajo la verdadera luz.

Probablemente, la opinión que prevalece de que la mujer fue creada para el hombre tiene sus orígenes en el relato poético de Moisés; pero, sin embargo, entre las personas que se han volcado sobre el análisis de esta idea, pocos quizá hayan supuesto que Eva era, en el sentido literal del término, una de las costillas de Adán, por lo que la conclusión no tiene la menor consistencia. Podría admitirse a lo sumo que eso prueba que el hombre, desde la más remota antigüedad, ha tenido ocasión de usar su fuerza para sojuzgar a su compañera y utilizar su imaginación para demostrar que debería llevar en su cuello la marca del yugo, puesto que todo lo que se creó estaba destinado a procurar comodidad al hombre.

Que nadie llegue a la conclusión de que yo quiero invertir el orden de las cosas. Ya he admitido que la Providencia parece des-

tinar a los hombres –a juzgar por su constitución física– a la consecución del grado más alto de virtud. Hablo del sexo masculino en su conjunto, pero no veo atisbos de razón que justifiquen que sus virtudes tengan una naturaleza diferente. ¿Cómo iba a ser eso posible si la virtud no tiene más que un único e idéntico modelo eterno? Entonces, si mi razonamiento es el lógico, debo insistir por una parte en que los dos sexos caminan hacia el mismo fin, y por otra, que Dios existe.

Se desprende, pues, de esto que no se debe oponer la astucia a la sabiduría, los pequeños cuidados a los grandes esfuerzos, y la dulzura insípida, gratificada con el nombre de gentileza, a ese otro valor que sólo los grandes ideales pueden inspirar.

Se me dirá que la mujer perdería entonces muchos de sus atributos particulares y se podrían citar para refutar mi opinión los versos de un conocido poeta, Pope, quien afirma en nombre del sexo masculino:

Yet ne'er so sure our passion to create,
As when she touch'd the brink of all we hate[2].

Dejo a los lectores juiciosos que opinen sobre el lugar que este poeta concede a los hombres y las mujeres. A menos que no sean inmortales, deberán siempre verse envilecidas por el sometimiento al amor o a la lujuria.

Hablar sin respeto del amor es, lo sé, cometer un crimen de lesa-majestad contra los bellos sentimientos y la sensibilidad humana, pero quiero hablar en el lenguaje sencillo de la verdad y dirigirme a la cabeza más que al corazón. Intentar extirpar el amor

---

[2] Jamás estuvo ella tan segura de suscitar nuestro amor
como cuando se aproximaba a todo lo que más odiamos.

del mundo en favor de la razón sería proscribir a Don Quijote de la novela de Cervantes y pecar contra el sentido común, pero intentar contener esta pasión tumultuosa y demostrar que no por ello destrona las cualidades de orden superior o usurpa el cetro que la inteligencia tendría que manejar con sangre fría, eso sería mucho menos insensato.

La juventud es, en uno y otro sexo, la época del amor, pero durante este período de felicidad instintiva, habría que tener en cuenta los años más importantes de la vida, aquellos en los que la sensación da paso a la reflexión. Pero tanto Rousseau como la mayoría de los escritores del sexo masculino que han seguido sus huellas han exigido con vehemencia que toda la educación femenina se orientara hacia su único objetivo: hacer de las mujeres objetos de placer.

Pensemos un poco con los partidarios de esta opinión que tengan algún conocimiento de la naturaleza humana: ¿imaginan ellos que el matrimonio puede desarraigar costumbres de toda una vida? La mujer a quien sólo le han enseñado a gustar verá cómo sus encantos declinan y el poco efecto que ya tienen sobre su marido –a quien ve todos los días– cuando el verano de la vida se aleja. ¿Tendrá entonces energía suficiente para buscar en ella misma su propio consuelo y cultivar sus facultades adormecidas? ¿No sería mucho más razonable pensar que ella intentará gustar a otro hombre y así olvidar, gracias a las emociones que suscita la esperanza de otras nuevas conquistas, la humillación que ha sufrido su amor y su orgullo? Cuando el marido deje de ser un amante –y eso llegará inexorablemente– su deseo de gustar languidecerá o será fuente de amargura. Entonces, el amor, la pasión más evanescente de todas, dará paso a los celos o a la vanidad.

Hablaré ahora de las mujeres que viven reprimidas por los principios o los prejuicios: estas mujeres sienten horror ante la

sola idea de una aventura amorosa, pero no por ello dejan de desear el homenaje de la galantería para convencerse de cuán injustamente han sido olvidadas por sus maridos. Pasan días y semanas soñando con la felicidad de la que gozan dos almas unidas y la insatisfacción termina por minar su salud y hacerlas perder su equilibrio. ¿Cómo puede entonces considerarse necesario aprender el arte de gustar? Sólo una amante lo necesita, la casta esposa y madre prudente no debería considerar su poder de gustar más que como un barniz a sus virtudes y el afecto de su marido como uno de los consuelos que hacen menos difícil su tarea y más feliz su vida. Pero, tanto amada como rechazada, una mujer deberá ante todo desear ser respetada y no hacer que su felicidad dependa de un ser que está sujeto a las mismas debilidades que ella.

El digno doctor Gregory ha caído en un error similar. Respeto sus sentimientos, pero desapruebo totalmente su célebre *Testamento a sus hijas*. Les aconseja cultivar su inclinación a los adornos pues, según él, es cosa natural en las mujeres. Soy incapaz de comprender lo que él, o Rousseau, quieren decir cuando utilizan en diversas ocasiones este ambiguo término. Si nos dijeran que, en un estadio anterior, el alma gustaba de los adornos y que ha transmitido ese gusto, los escucharía con una sonrisa en los labios, como lo hago con frecuencia cuando oigo decir bobadas sobre la elegancia innata de las mujeres. Pero cuando el doctor Gregory dice que esa inclinación es el resultado del ejercicio de las facultades, desapruebo su opinión. Esa inclinación no es natural, sino que se desprende, como la falsa ambición en los hombres, del amor por el poder.

El doctor Gregory va mucho más lejos: recomienda el disimulo y aconseja a una muchacha inocente que esconda sus sentimientos y no baile con entusiasmo, aun cuando su jovialidad pueda proporcionar a sus pies cierta vivacidad sin por ello hacer sus gestos

inmodestos. En nombre de la verdad y del sentido común, ¿por qué no se reconoce que la mujer es capaz de tanto ejercicio físico como cualquier otro? O, dicho de otro modo, que posee una constitución sana. ¿Por qué se le dice severamente, a fin de enfriar su inocente ardor, que los hombres pueden sacar conclusiones insospechadas? Que el libertino saque la conclusión que le parezca, pero espero que ninguna madre sensata reprimirá la sinceridad natural de la juventud haciendo advertencias tan indecentes. La boca no hace más que expresar la generosidad del corazón y, ya dijo alguien tan sabio como Salomón, que el corazón debería ser purificado, pero que no era necesario entregarse a ceremonias triviales que por otra parte no resulta nada difícil cuando el vicio reina en el corazón.

Las mujeres deberían esforzarse en purificar su corazón, pero ¿podrán hacerlo cuando su inteligencia, mantenida en la inactividad, las coloca enteramente bajo la dependencia de sus sentidos tanto en sus ocupaciones como en sus distracciones, cuando ningún noble ideal las eleva por encima de las pequeñas vanidades cotidianas, ni las permite reprimir las locas emociones que agitan una caña que se mueve a merced de cualquier golpe de brisa? ¿Es necesaria la afectación para obtener el afecto de un hombre virtuoso? La naturaleza ha dotado a la mujer de una osamenta más débil que al hombre, pero para asegurarse del afecto de su marido, ¿es necesario que una mujer condescienda a utilizar artificios y finja tener una ladina delicadeza, y al tiempo ejercite su inteligencia y su cuerpo a fin de conservar su fuerza física natural y el equilibrio nervioso necesario para cumplir con sus deberes de hija, de esposa y de madre? La debilidad puede provocar ternura y satisfacer el arrogante orgullo del hombre, pero las altaneras caricias de un protector jamás podrán satisfacer un espíritu noble que reclama y merece respeto. ¡La indulgencia no es más que un pobre sustituto de la amistad!

Estoy de acuerdo que todas esas artes son necesarias en un serrallo; el epicúreo deberá tener bien halagado el paladar, pues de lo contrario la indiferencia ensombrecería su vida, pero las mujeres ¿han de tener tan pocas ambiciones como para contentarse con esa existencia? ¿Pueden pasarse la vida soñando perezosamente en medio del placer o en una dejadez lánguida en lugar de afirmar su derecho a buscar placeres razonables y afirmar su personalidad practicando las virtudes que dan dignidad al ser humano? Seguramente lo que ocurre es que ellas no deben tener un alma inmortal y por eso han de pasar su vida entera en la ociosidad, ocupadas simplemente en adornar su persona, dedicadas a los juegos lánguidos, atenuando el paso de las horas y cuidando de un semejante que desea verse distraído por sus sonrisas y travesuras una vez terminadas para él las cosas serias.

Además, la mujer que fortalece su cuerpo y ejerce su inteligencia al ocuparse de su familia y practicar diversas virtudes se convertirá en la amiga y no en la humilde subordinada de su marido; y si de este modo, poseyendo cualidades tan sólidas, ella merece su consideración, entonces no necesitará esconder su afecto ni pretender una frialdad contraria a su temperamento para excitar las pasiones de su marido. De hecho, si observamos la historia, hallamos que las mujeres que se han distinguido no han sido ni las más hermosas ni las más dulces de su sexo.

La naturaleza, o para hablar más correctamente, Dios, ha hecho bien todas las cosas; pero el hombre ha inventado miles de cosas para afear su obra. No aludo ahora directamente a esa parte del tratado del doctor Gregory en la que aconseja a una mujer que jamás deje que su marido conozca toda la extensión de su sensibilidad o de su amor. Precaución voluptuosa, tan ineficaz como absurda. El amor es, por naturaleza, efímero. Buscar un medio secreto de hacerlo eterno sería tan insensato como buscar la piedra

filosofal o la panacea universal, y su descubrimiento sería inútil, o quizá hasta perjudicial para la humanidad. El lazo social más sagrado es la amistad. Con razón ha dicho un perspicaz autor satírico: «Si el amor verdadero es raro, la amistad verdadera es más rara todavía.» Es ésta una verdad evidente y la causa es tan visible que fácilmente se descubrirá.

No hay ser humano que no sienta de una forma u otra la pasión común del amor, donde el azar y la sensación sustituyen a la elección o la razón. Esta pasión, acrecentada naturalmente por la incertidumbre y las dificultades, saca al espíritu de su estado habitual e intensifica los sentimientos, pero la seguridad del matrimonio calma la fiebre del amor, pero una temperatura normal, síntoma, generalmente, de buena salud, es considerada sin interés por aquellos que no tienen una inteligencia capaz de sustituir la calma y la ternura de la amistad, la confianza serena de la estimación, por la admiración ciega y las emociones sensuales de la pasión.

Así es y así debe ser el transcurrir de la naturaleza. La amistad o la indiferencia suceden inevitablemente al amor. Y esto parece armonizarse perfectamente con el sistema de gobierno que existe en el mundo moral. Las pasiones empujan a la acción y abren el espíritu; después declinan y se convierten en simples apetitos que sólo se procuran una satisfacción personal y momentánea, una vez alcanzado su fin inmediato, cuando el espíritu satisfecho descansa en el placer. Aquel hombre que daba testimonio de su valor cuando luchaba por una corona se convierte con frecuencia en un tirano voluptuoso una vez que esa corona ciñe su frente y cuando el amante no se convierte en marido, su amor excesivo le hace víctima de pueriles caprichos y celos estúpidos; descuida sus deberes serios en la vida y aquellas caricias que deberían suscitar la confianza de sus hijos se prodigan a esa niña grande que es su mujer.

Para poder cumplir con sus deberes y ser capaces de perseguir

con energía las tareas que forman moralmente el carácter, el padre y la madre de familia no deberían continuar amándose con pasión. Quiero decir que no deberían adornarse con todas esas emociones que perturban el orden de la sociedad y que acaparan el pensamiento cuando éste debería utilizarse de otro modo. Ese espíritu que jamás se ha concentrado en su solo objeto está falto de energía, pero si lo hace mucho tiempo se debilita.

Una educación defectuosa, una mente estrecha e inculta y un montón de prejuicios sexuales hace que las mujeres sean más constantes que los hombres, pero, por el momento, no abordaré este aspecto del tema. Iría más lejos y afirmaría sin buscar paradojas que un matrimonio desgraciado actúa a veces en favor de la familia, y que una esposa negligente suele ser generalmente la mejor de las madres. Y así sería siempre si el espíritu de las mujeres fuera más abierto, pues parece que el decreto de la Providencia es que no debemos atesorar el placer del momento en beneficio de la experiencia y que no podemos recoger al mismo tiempo las efímeras flores del placer y los sólidos frutos de la sabiduría. El camino está ante nosotros, tendremos que caminar a la derecha o a la izquierda, y aquel que pasa su vida saltando de un placer a otro no deberá quejarse si no logra adquirir ni sabiduría ni respetabilidad.

Supongamos por un instante que el alma no fuera inmortal y que el hombre hubiera sido creado solamente para vivir sobre esta tierra. Pienso que en ese caso podríamos quejarnos, y con razón, de que el amor y la ternura pueril pierden su sabor y palidecen los sentidos. Comamos, bebamos, amemos, pues mañana moriremos: ese sería a fin de cuentas el lenguaje de la razón, la moral y la vida, y ¿quién si no un insensato podría despreciar la realidad para perseguir una ilusión que se desvanece? Pero, si impresionados ante la observación de los improbables poderes de la mente, desdeñamos la idea de restringir nuestros pensamientos y deseos a un campo de

acción comparativamente menor que sólo parece amplio e importante en tanto que desemboca en una perspectiva infinita de esperanzas sublimes, ¿qué necesidad hay entonces de comportarse de una forma falsa, por qué violar la sagrada majestad de la verdad para retener una felicidad ilusoria que lima los cimientos de la virtud? ¿Por qué corromper el espíritu femenino enseñándole las artes de la coquetería, capaces de satisfacer la sensualidad de los hombres y de impedir que el amor se transforme en amistad o en afectuosa ternura, cuando no hay cualidades sobre las cuales fundar esa amistad? Que el corazón honesto se manifieste abiertamente y que la *razón* enseñe a la pasión a someterse a la necesidad, que el espíritu busque con dignidad la virtud y el saber y se eleve por encima de esas emociones que, cuando no se contienen dentro de sus justos límites, hacen amarga la copa de la vida en lugar de dulcificarla.

No quiero hacer alusión a esa pasión romántica que suele acompañar al genio. ¿Acaso podrá algo cortar sus alas? Pero esa gran pasión, sin proporción con los mezquinos placeres de la vida, sólo es fiel al sentimiento y se nutre de la vida misma. Las pasiones celebradas por su longevidad siempre han sido desgraciadas. Deben su fuerza a la ausencia y son fruto de un temperamento melancólico. La imaginación revolotea alrededor de una imagen de la belleza vagamente percibida, pero la intimidad habría podido transformar esa admiración en desagrado, o cuando menos en indiferencia, y así la imaginación comienza a ser un jugo refrescante.

Con toda propiedad, y de modo muy consecuente con esta forma de ver las cosas, Rousseau nos muestra a Eloísa como amante de Saint-Prèux hasta que la vida se le escapa; pero eso no demuestra la inmortalidad de esa pasión.

Los consejos del doctor Gregory son del mismo tipo cuando habla de la delicadeza del sentimiento: una mujer resuelta a casarse no debe, en su opinión, adquirirla. No obstante, califica de *poco*

delicada esta aseveración perfectamente consecuente, por otra parte, con su forma de pensar, y trata de persuadir enérgicamente a sus hijas para que disimulen, cuando la pasión rija su conducta como si fuera poco delicado sentir los apetitos naturales de la humanidad.

¡Qué noble moralidad! Va a la par con la prudencia cautelosa de un alma mediocre, incapaz de ver más allá del instante presente. Si las facultades de la mente femenina sólo deben cultivarse en la medida en que respeten la dependencia de la mujer con respecto al hombre, si cuando una mujer ha encontrado un marido considera que ya ha llegado a su fin último y si, mezquina y orgullosa, se contenta con tan miserable corona, dejémosla abandonada, satisfecha a los pies de su esposo en una situación que apenas si la diferencia de los animales; pero si, por el contrario, se esfuerza en obtener la recompensa de tan alta vocación y mira un poco más allá del instante en el que vive, que cultive su inteligencia sin pararse demasiado a pensar qué hará su marido con ella. Que se decida tan sólo, sin contentarse demasiado con su bienestar actual, a adquirir las cualidades que ennoblecen a un ser racional. Un marido palurdo y poco elegante podrá chocar con sus gustos sin por eso hacerle perder su tranquilidad espiritual. Ella deberá modelar su mente en función de las debilidades de su marido sólo cuando se trate de soportarlas, pues el carácter de éste puede muy bien ser una prueba a superar, pero nunca debe ser un obstáculo para la virtud.

Por más que el doctor Gregory haya limitado sus objeciones a la esperanza romántica de un amor fiel y de sentimientos compartidos, habría debido recordar que la experiencia disipa siempre aquello que los consejos no nos impiden desear, cuando la imaginación vive privilegiada, en detrimento de la razón.

Es cierto que con frecuencia se ven mujeres que han alimentado una delicadeza artificial y romántica contraria a la naturaleza

y malgastan su vida [3] *imaginando* la felicidad que habrían podido conocer con un marido cuyo amor, cuya ternura fuera cada día mayor. Pero languidecerían, tanto solteras como casadas, y no serían más desgraciadas por vivir con un mal marido de lo que pudieran ser por desear uno bueno. Reconozco que una educación adecuada, o, mejor dicho, una educación que enriquezca la mente, permitiría a las mujeres soportar con dignidad el celibato; pero tratar de evitar que cultive el gusto por el temor a verlo eventualmente ofendido por el marido sería como despreciar la realidad y seguir a una sombra. A decir verdad, no sé para qué servirá tener un gusto refinado si el individuo no puede con ello despegarse de las contingencias de la vida, si no puede encontrar nuevas fuentes de placer en su propia actividad intelectual. Las personas cultivadas, ya sean solteras o casadas, siempre se escandalizarán ante ciertas cosas que sin duda dejarían impasibles a otros espíritus menos perspicaces. No hay que sacar ninguna conclusión de esto, pero en el conjunto de los placeres, ¿deberíamos considerar el gusto como una bendición?

La cuestión consiste en saber si con ello se obtiene más desgracia o más placer. La respuesta decidirá si los consejos del doctor Gregory son o no justos y nos demostrará cuán absurdo y tiránico es instituir un sistema de esclavitud, intentar educar a los seres morales por otras reglas que las que se extraen de la razón pura, aplicables a toda la especie.

La dulzura, la paciencia y la longanimidad son cualidades tan hermosas que, con acento sublime y poético, han adornado a la Deidad y nada sirve mejor para convencer a los hombres de la bondad divina que la representación de la Divinidad como dispensadora de misericordia y de perdón. La dulzura, considerada desde este

[3] Por ejemplo, los novelistas.

punto de vista, adorna la frente con todas las características de la grandeza unida a las gracias de la condescendencia, pero puede adoptar otro aspecto cuando lo que representa es un estado de sumisión y dependencia, cualidad propia de un ser débil que ama porque necesita protección y que es capaz de soportarlo todo y padecer en silencio los insultos, sonriendo ante el látigo al que no se atreve a enfrentarse. Por innoble que nos parezca este cuadro, no es otra cosa que el retrato de una mujer hecha y derecha, según la idea que hemos recibido de la perfección femenina que algunos autores distinguen malévolamente de la perfección humana. O bien, vuelven[4] a colocar la costilla de Adán en su lugar y hacen del hombre y la mujer un solo ser moral sin olvidarse de atribuir a ésta «todos los encantos de la docilidad».

¿Qué es la vida para las mujeres cuando no hay matrimonio, ni promesa de matrimonio? Eso nadie nos lo dice. Pues aunque los moralistas admiten que el curso de la historia demuestra que el *hombre* está destinado por diversas circunstancias a una vida futura, todos están de acuerdo en decir que la *mujer* debe sólo preocuparse del presente. A partir de ahí, continuamente se recomienda la dulzura, la docilidad y un afecto perruno, como virtudes cardinales del sexo femenino; de este modo, ignorando las arbitrarias clasificaciones de la naturaleza, un escritor ha declarado que la melancolía es en una mujer algo masculino. Ella ha sido creada para ser el juguete del hombre, el sonajero que alegra sus oídos cada vez que, dejando a un lado la razón, él decide divertirse.

Ciertamente, recomendar de manera general la docilidad es pura astucia. Un ser frágil debería esforzarse en ser dulce. Pero cuando la longanimidad confunde el bien con el mal deja entonces de ser una virtud y aun cuando resulta agradable encontrarla en el

---

[4] Cfr. Rousseau y Swedenborg.

compañero, éste será siempre considerado como un ser inferior que no inspirará más que una insípida ternura pronta a degenerar en desprecio. No obstante, si los consejos pudieran realmente convertir en un ser dulce a quien naturalmente no posee dicha cualidad, algo habríamos adelantado. Pero si, por el contrario, sólo la afectación puede desprenderse de tan ciego consejo, obstáculo en el camino del progreso y de la mejora real del carácter, el sexo femenino ganará gran cosa sacrificando las virtudes sólidas en beneficio de unas cualidades superficiales, aun cuando esto le procure a cada mujer, individualmente, un imperio absoluto durante algunos años.

Como filósofo leo con indignación los petulantes epítetos que utilizan los hombres para atenuar sus insultos y, como moralista, me pregunto qué significan expresiones tan contradictorias como «amables defectos» o «encantadoras debilidades», etc. Si sólo existe un criterio moral, un solo arquetipo para el hombre, entonces la mujer tiene un destino de lo más incierto, como dice el conocido relato de la tumba de Mahoma: (ellas) «no tienen ni el infalible instinto de los animales ni la facultad de fijar la mirada de la razón sobre un modelo perfecto. Creadas para ser amadas, no deben pretender el respeto, por temor de que la sociedad las rechace por masculinas».

Pero, examinemos el problema desde otro punto de vista. ¿Son acaso mejores esposas las mujeres pasivas e indolentes? Limitando nuestra discusión al momento presente, vemos cómo cumplen con sus funciones criaturas así de débiles. Las mujeres educadas desde la infancia en la obediencia pasiva ¿tienen personalidad suficiente como para dirigir una familia y educar a los hijos? Tan lejos está eso que, tras examinar la historia de las mujeres no puedo dejar de pensar, de acuerdo con el espíritu satírico más severo, que el sexo femenino es la mitad de la humanidad más débil y más oprimida.

¿Qué nos revela la historia sino el testimonio de su inferioridad? Escasas son las mujeres que han logrado emanciparse del yugo humillante del hombre soberano, tan escasas que las excepciones me recuerdan una hipótesis ingeniosa que se hizo a propósito de Newton. Se dijo de él que probablemente se tratara de un ser superior, accidentalmente encerrado en un cuerpo humano. Siguiendo este mismo razonamiento, me inclino a pensar que esas pocas mujeres extraordinarias que se han salido de la órbita impuesta a su sexo deben ser espíritus masculinos encerrados por error en cuerpos femeninos. Pero si filosóficamente no es posible pensar en el sexo cuando se habla del alma, entonces es que la inferioridad debe depender de los órganos; de otro modo, el fuego celeste que hizo fermentar la arcilla no fue dispensando equitativamente.

Pero, evitando, como he hecho hasta ahora, toda comparación directa entre los dos sexos colectivamente, o reconociendo con franqueza la inferioridad de la mujer en el actual estado de cosas, insistiré tan sólo en el hecho de que los hombres han acrecentado esta inferioridad hasta el punto de que las mujeres se han situado casi por debajo del nivel de las criaturas racionales. Dejemos a sus facultades el espacio necesario para desarrollarse, dejemos que sus virtudes se afirmen antes de decidir el nivel al cual debe situarse todo el sexo femenino en la escala intelectual de los seres humanos. Y no olvidemos que existe un pequeño número de mujeres que no tienen necesidad de que se les asigne un lugar.

Resulta difícil para nosotros, mortales de corta vista, decir qué altura alcanzarán los descubrimientos y el progreso humano cuando se disipen las tinieblas del despotismo que nos hace tropezar a cada paso; pero cuando se establezca la moralidad sobre una base más sólida, entonces (y sin estar dotada de un espíritu profético me atrevería a predecirlo) la mujer será bien la amiga bien la esclava del hombre. No nos preguntaremos como hoy se hace si es un

agente moral o es el eslabón que une al hombre con los animales. Pero si se llegara a demostrar que, al igual que los animales, las mujeres han sido creadas esencialmente para uso de los hombres, entonces se les dejaría acariciar el grillete sin burlarse de ellas con huecos cumplidos. Por el contrario, si se prueba que están dotadas de razón, no deberán ponerse obstáculos en su mejora por lograr dar satisfacción a sus anhelos sensuales. No se utilizarán las flores de la retórica para enseñarlas a someter su inteligencia a la autoridad del hombre. No se afirmará, al hablar de la educación de las mujeres, que no deberán gozar de la libre utilización de la razón ni se les recomendará la astucia o el disimulo, cuando son seres susceptibles de adquirir las virtudes de la humanidad.

Si la moral tiene un fundamento eterno sólo puede haber una regla de justicia y cualquiera que sacrifique la virtud (en el sentido estricto) a la satisfacción del momento, o quien así deba actuar por obligación, sólo vive para el presente y no puede ser considerado como una criatura responsable.

El poeta que ha dicho: «Si las mujeres débiles se apartan del camino recto, habrá que culpar a su estrella», no se habría atrevido a burlarse, pues es innegable que están encadenadas por el destino, como se demuestra cuando jamás han podido ejercer su razón, jamás ser independientes, jamás refutar una opinión ni resentir la dignidad del ser libre y racional, que sólo se inclina ante Dios olvidando a menudo que el universo contiene otros seres además de él mismo y el modelo de perfección hacia el que se dirige su ardiente mirada para adorar esos atributos que puede imitar en la calidad bajo la forma de virtudes, pero cuya intensidad confunde al espíritu extasiado.

No quiero hacer grandes declaraciones cuando la Razón nos ofrece su sobria luz. Si las mujeres son realmente capaces de actuar como criaturas racionales, que no se las trate como a esclavas o como a los animales domésticos sometidos a la razón del hombre sino que

se cultive su espíritu, que se les ofrezcan principios sublimes y saludables y que tomen conciencia de su dignidad reconociéndose a sí mismas como seres que sólo dependen de Dios. Que se les enseñe, como a los hombres, a someterse a la necesidad en lugar de darles una moral propia para su sexo a fin de hacerlas más atractivas.

Y lo que es más, si la experiencia lograra demostrar que ellas no pueden llegar a tener el mismo grado de fuerza de voluntad, de perseverancia o de valor, nada podría impedirlas que buscaran las mismas virtudes que los hombres, aun cuando fuera inútil que se esforzaran en igualarlos en ese terreno; la superioridad del hombre quedará igualmente clara, cuando no más clara; y la verdad, principio actual de la sociedad, no se vería subvertida, pues la mujer sólo adquiriría el rango que la razón le atribuyera, y no podría utilizarse el artificio para establecer el equilibrio, y aún menos para subvertirlo.

....

Quiero al hombre como a un compañero, pero su espectro, bien sea legítimo o usurpado, no logra extenderse sobre mí, a menos que la razón de un individuo merezca mi homenaje; y aun entonces, me someto a la razón, que no al hombre. De hecho la conducta de un ser responsable debe regirse por su propia razón, y si no, ¿sobre qué reposa el trono de Dios?

Me parece necesario hacer hincapié sobre estas verdades evidentes porque las mujeres han estado en cierto sentido aisladas y, porque, despojándolas de las virtudes que deberían revestir a la humanidad, se las ha engalanado con virtudes artificiales que les permiten ejercer una breve tiranía. El amor ha ocupado en su corazón el lugar de cualquier noble pasión y su única ambición es ser bellas, hacer brotar la emoción en lugar de inspirar respeto; y este

deseo infame, al igual que el servilismo en las monarquías absolutas, destruye en ellas toda la fuerza del carácter. La libertad es la madre de la virtud; si las mujeres son, por su constitución, esclavas y no se les permite respirar el aire vivo y vivificador de la libertad, languidecerán para siempre como plantas exóticas, y sólo se las considerará como un bello defecto de la naturaleza.

En cuanto a la sujeción en la que siempre se ha mantenido al sexo femenino, el argumento se vuelve contra el hombre. La mayoría siempre ha estado tiranizada por la minoría, y los monstruos, que apenas han demostrado poseer cualidades humanas, han tiranizado a millones de sus semejantes. ¿Por qué los hombres, superiormente dotados, se han dejado envilecer de este modo? ¿Acaso no es un hecho universalmente reconocido que los reyes, en su conjunto, han sido siempre intelectual y moralmente inferiores a los hombres, considerados en el sentido general de la humanidad? Sin embargo, ¿no han sido y siguen siendo tratados con un grado de reverencia que insulta a la razón? No es China el único país en el que el hombre es considerado como un Dios. Los *hombres* se han sometido a una fuerza superior para así gozar impunemente del placer del momento –y lo mismo ha ocurrido con las mujeres– y no se ha demostrado todavía que el cortesano que abandona servilmente su título de hombre no es un ser moral, no puede probarse que la mujer sea por esencia inferior al hombre porque siempre haya sido sumisa.

Hasta ahora la fuerza bruta ha gobernado el mundo y es evidente que la política está aún en su infancia puesto que los filósofos dudan en conceder a este arte de gobernar el título de Ciencia.

No voy a continuar con este argumento más que para extraer la conclusión evidente de que la humanidad, incluidas las mujeres, llegará a ser más inteligente y virtuosa cuando una política sana consiga que reine la libertad.

CAPÍTULO III

Continuación de la misma discusión

La fuerza física ha pasado de ser el distintivo de los héroes a caer, como hoy día, en el mayor de los desprecios, hasta tal punto que todo el mundo parece considerarla como algo inútil: en las mujeres, porque afea sus encantos femeninos y su deliciosa debilidad sobre la que se basa su ilegítimo poder, y en los hombres porque no la consideran cualidad propia de un caballero.

Que tanto unos como otras han pasado de un extremo al otro resulta evidente, pero conviene subrayar cómo un error banal puede haber reforzado una conclusión falsa, cuando adquiere el crédito de todos, confundiendo falsamente el efecto con la causa.

Las personas de genio han arruinado con frecuencia su salud por negligencia, o por haber estudiado demasiado, y la violencia de sus pasiones, proporcional a la potencia de su inteligencia, ha hecho cierto el proverbio de que «la avaricia rompe el saco». Observadores superficiales deducen de esto que los hombres de talento tienen una constitución endeble o, para utilizar una expresión más elegante, delicada. Creo, sin embargo, que lo que sucede es todo lo contrario, pues tras activas investigaciones he descubierto que en la mayoría de los casos la fuerza de carácter va acompañada de una fuerza física superior, una constitución naturalmente sana –y no hablo de esa euforia nerviosa y ese vigor muscular que producen en el esfuerzo físico, mientras que el espíritu permanece en reposo o se limita a dirigir a los músculos de las manos.

El doctor Priestley ha señalado en el prefacio de su biografía

que la mayoría de los grandes hombres han vivido más allá de los 45 años. Y deberían tener constituciones verdaderamente de hierro si consideramos la forma irreflexiva que han tenido de gastar sus fuerzas, cuando sumergidos en sus investigaciones científicas han dejado consumir su lámpara olvidando que ya había pasado la medianoche o, cuando perdidos en sus ensoñaciones poéticas, han dado rienda suelta a su imaginación y han sentido en sus cuerpos la emoción de un alma turbada por las pasiones que la meditación había hecho nacer y cuyo objeto, fruto efímero de la visión, se ha desvanecido ante sus ojos fatigados. Shakespeare jamás sintió el imaginario golpe de una daga, ni Milton tembló jamás cuando llevó a Satanás fuera de su lúgubre prisión. No eran divagaciones propias de un imbécil ni efusiones desafortunadas de un cerebro distorsionado, era la exuberancia de la imaginación ardiente que en su entusiasmo olvidaba los obstáculos materiales.

Debo confesar que este argumento podría llevarme mucho más lejos de lo que yo quiero ir, pero yo persigo la verdad y por ello me mantengo en mi primera postura: reconozco que la fuerza física concede al hombre una cierta superioridad sobre la mujer, y ésta es la única base sólida sobre la que debe reposar la superioridad del sexo masculino. Pero insisto una vez más sobre el hecho de que no sólo las virtudes sino también los conocimientos deberían ser de la misma naturaleza para los dos sexos, si no en el mismo grado, y que las mujeres, consideradas no solamente como criaturas mortales, sino también como seres racionales, deberían esforzarse en adquirir las virtudes, o las cualidades humanas por los *mismos* medios que los hombres, en lugar de ser educadas como una raza de semipersonas imaginarias, una de las locas quimeras de Rousseau[1].

---

[1] Cfr. *Emilio*, de Rousseau. (Libro V. Cap. LXXXVII.) Espero que mis lectores recuerden aún la comparación que hice anteriormente entre las mujeres y los oficiales del ejército.

Pero si la fuerza física es, y con cierta razón, orgullo en los hombres. ¿Por qué las mujeres hacen gala de lo que es un defecto? Rousseau les ha proporcionado una excusa plausible que sólo podía venir de un hombre que ha dejado divagar su imaginación exagerando las impresiones producidas por una delicada sensibilidad, pues eso les permite, de hecho, encontrar un pretexto para ceder ante un instinto natural sin violar esa especie de modestia romántica que satisface el orgullo y el libertinaje masculinos.

Las mujeres, equivocadas por estos sentimientos, a veces presumen de su debilidad y toman el poder mediante la astucia de jugar con la *debilidad* de los hombres; por otra parte, tienen toda la razón para felicitarse por su poder ilícito, pues, al igual que los pachás turcos, tienen más poder real que su amo, pero sacrifican la virtud en favor de las satisfacciones pasajeras y la respetabilidad de toda una vida ante un triunfo momentáneo.

Las mujeres, como los déspotas, tienen acaso hoy día más poder del que habrían tenido si el mundo, dividido y subdividido en reinados y familias, estuviera gobernado por las leyes de la Razón; pero, continuando con la comparación, las mujeres se han envilecido para lograr ese poder, y las consecuencias de ello se han extendido por toda la sociedad. La mayoría siempre es el pedestal de la minoría. Sin embargo, me aventuraré a afirmar que mientras las mujeres no reciban una educación racional, el progreso de la virtud y del conocimiento se verá continuamente obstaculizado. Y si admitimos que la mujer no ha sido creada solamente para gratificar los apetitos del hombre o para ser la sirvienta que le asegura la comida y cuida su ropa, debemos deducir que la primera preocupación de todas aquellas madres o padres que realmente se interesan por la educación de sus hijas debería ser, ya que no el fortalecimiento del cuerpo, al menos intentar no destruir su constitución con erróneas nociones de belleza o de las cualidades femeninas; no deberían permitirse esas

nociones perniciosas que dicen que un defecto puede, mediante algún proceso químico del entendimiento, llegar a ser una cualidad.

....

En todo el reino animal, los más jóvenes necesitan un ejercicio casi constante y la infancia de los seres humanos, según este modelo, debería pasar entre inofensivos jugueteos que ejercitan los pies y las manos, sin reclamar directrices muy precisas del cerebro ni la atención constante de una niñera. De hecho, la primera actividad natural de la inteligencia es su propia conservación, del mismo modo que la imaginación se desarrolla mediante la invención de pequeños juegos espontáneos. Pero estas sabias intenciones de la naturaleza se ven contrariadas por una ternura mal entendida o por una atención ciega. Ni un instante se deja al niño actuar a su antojo, sobre todo si es una niña, y una vez que se ha logrado hacerla dependiente, entonces se decreta que la dependencia es algo natural.

Para preservar la belleza, la mayor gloria de una mujer, se entorpecen sus miembros y sus facultades mediante ataduras que son peores que los vendajes chinos, y con la vida sedentaria a la que condenan a las muchachas, mientras que los muchachos retozan libremente al aire, se debilitan sus músculos y se ablandan los nervios. En cuanto a las observaciones de Rousseau, a las que diversos escritores han prestado atención posteriormente, como aquella que sugiere que las jóvenes tienen por naturaleza, es decir, desde su nacimiento, inclinación natural hacia las muñecas, el vestido o la charla, son tan pueriles que no merecen ni una refutación seria. Que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas escuchando el parloteo de las pobres niñeras u observando el arreglo personal de su madre, intente unirse a la conversación es algo lógico; y que después imite a su madre o a sus tías jugando a vestir y peinar a su mu-

ñeca sin vida, como hacen con ella, ¡pobre criatura inocente!, es incontestablemente una consecuencia totalmente natural. Pues ni los hombres más eminentes han tenido suficiente fuerza para elevarse por encima de la atmósfera que los rodea, y, puesto que los prejuicios de la época han revestido con frecuencia el carácter de genialidad, debería tenerse indulgencia para un sexo que, como los reyes, ve siempre las cosas a través de un cristal deformante.

Siguiendo con estas reflexiones, fácilmente puede explicarse el gusto evidente que tienen las mujeres por los vestidos, sin llegar a imaginar que ello proviene de un deseo de agradar al sexo del que ellas dependen. En resumen, el absurdo que supone creer que una muchacha es por naturaleza coqueta y que hay un deseo vinculado al instituto natural de reproducción que aparece antes incluso que una educación inadecuada la haya producido prematuramente una imaginación calenturienta es tan poco filosófico que un observador tan sagaz como Rousseau no la habría hecho suya ni hubiera tenido la costumbre de dejar que su deseo de originalidad no invadiera la razón y hubiera preferido la verdad a una paradoja que le agrada.

No obstante, el hecho de conferir un sexo a la inteligencia no es muy consecuente con los principios del hombre que tan calurosamente se discutían, ni tampoco con las ideas sobre la inmortalidad del alma. Pero, ¡qué barrera tan precaria es la verdad cuando se alza en el camino de una hipótesis! Rousseau respetaba, adoraba casi, la virtud y, sin embargo, se dejaba ir hasta manifestar el amor con una ternura sensual. Su imaginación atizaba continuamente sus sentidos inflamables, pero, intentando conciliar su respeto por la abnegación, el coraje y esas virtudes heroicas que un espíritu como el suyo no podía admirar fríamente, se esforzó en invertir la ley de la naturaleza, y desarrolló una doctrina de consecuencias embarazosas que atentaban contra la suprema inteligencia.

Sus historias ridículas en las que se esfuerza por demostrar

que las mujeres están *por naturaleza* preocupadas en su persona, sin considerar el ejemplo que se les ofrece diariamente, son las más despreciables. Y la historia de la jovencita de gusto delicado que renunció a escribir la letra «o» por la sencilla razón de que había observado que ello le daba una actitud poco graciosa es digna de las anécdotas del cerdito sabio.

Con más frecuencia que Rousseau, he tenido ocasión de observar a las pequeñas –puedo acordarme de mis propias reacciones– y he mirado atentamente todo lo que ocurría alrededor mío; sin embargo, lejos de compartir su opinión relativa al despertar del carácter femenino, me arriesgaría a afirmar que si su personalidad no ha sido ahogada por la inactividad ni su inocencia tachada de falsa vergüenza, una niña será siempre turbulenta, y no prestará atención a su muñeca a menos que esté encerrada y sin otra distracción. En resumen, los niños y las niñas jugarían juntos sin problemas si la distinción de los sexos no se les inculcara antes de que la naturaleza haya marcado la diferencia. Iría más lejos y afirmaría como hecho indiscutible que la mayoría de las mujeres que he podido observar, que se comportan de manera racional, o que han dado muestras de una sólida inteligencia, afirman haber sido educadas como peleles tal y como preconizan ciertos educadores elegantes del bello sexo.

Las nefastas consecuencias que entraña la negligencia manifiesta con respecto a la salud de los hijos durante su juventud van más lejos de lo que cabe suponer: la dependencia física engendra, naturalmente, dependencia intelectual. ¿Cómo puede una muchacha llegar a ser una buena esposa y una buena madre cuando pasa la mayor parte de su tiempo enferma o protegiéndose contra la enfermedad? No puede esperarse que una mujer intente resueltamente fortalecer su cuerpo y evite dejarse decaer si se le inculcan desde la infancia nociones artificiales sobre la belleza y se le ofrece una falsa concepción de la sensibilidad. Muchos hombres se ven

obligados a veces a padecer sufrimientos físicos y soportar de vez en cuando el rigor de los elementos, pero las mujeres de buena familia son, literalmente hablando, esclavas de su cuerpo y además se enorgullecen de esta sujeción.

He conocido hace tiempo una débil mujer mundana extraordinariamente orgullosa de su delicadeza y de su sensibilidad. A sus ojos, el colmo de la perfección humana consistía en tener un gusto delicado y un apetito escaso y se comportaba consecuentemente. He visto cómo este ser endeble y sofisticado descuidaba todos los deberes de la vida para tenderse complacientemente sobre un sofá pavoneándose de su falta de apetito como prueba de esa delicadeza a la que ella debía su exquisita sensibilidad (o que quizá era más bien la consecuencia, pues resulta difícil creer tan ridícula jerga). Sin embargo, entonces, vi cómo insultaba a una respetable anciana que se había visto obligada, por inesperadas desgracias, a vivir de su generosidad ostentosa y que, en días mejores, habría podido expresar su gratitud. ¿Cómo una criatura humana puede llegar a ser tan abúlica y tan vil y como los sibaritas perdidos entre tanta lujuria acaso se habían borrado en ella todo rastro de virtud o quizá jamás le habían inculcado algún precepto moral, pobre sustituto, es cierto, de la cultura intelectual, mientras la protegen del vicio?

Una mujer como ésta no es más monstruo irracional de lo que eran algunos emperadores romanos, corrompidos por el poder arbitrario. Sin embargo, desde que los reyes están mucho más sometidos a la ley y a las normas, aunque ligeras, del honor no hallamos en los anales de la historia ejemplos tan antinaturales de locura y de crueldad, ni ese despotismo que mata la virtud y la inteligencia en embrión reina ya en Europa con este furor destructivo que desoló Turquía y arrasó sus hombres y sus tierras.

Las mujeres de todo el mundo viven en este deplorable estado de cosas, pues, a fin de preservar su inocencia, se les oculta la ver-

dad y se les hace asumir un carácter superficial antes de que sus facultades hayan logrado la fortaleza necesaria. Educadas desde la infancia en la creencia de que la belleza es el centro de toda mujer, la mente se modela sobre el cuerpo y, dando vueltas continuamente en su jaula dorada, se esfuerza en adorar su prisión. Los hombres tienen actividades variadas que ocupan su atención y que proporcionan a su mente en desarrollo una personalidad. Las mujeres, por el contrario, se ven confinadas a una sola ocupación, y sus pensamientos son desviados continuamente hacia lo más insignificante; de este modo, raramente ven más allá del triunfo momentáneo. Pero si su inteligencia se emancipara un día de la esclavitud a la que viven sometidas por el orgullo y la sensualidad del hombre, por su ambición inmediata, semejante a la sed de dominación de los tiranos, probablemente leeríamos con sorpresa los argumentos que hablan de su debilidad. Pero sigamos con el razonamiento un poco más allá.

Supongamos la existencia de un ser maligno, que, usando el lenguaje alegórico de la Biblia, fuera a la búsqueda de presas que devorar: el mejor método que podría hallar para degradar a la personalidad humana sería darle al hombre el poder absoluto.

Este argumento requiere varias observaciones. El origen, la riqueza y todas las ventajas exteriores que sitúan a un hombre por encima de sus semejantes sin necesidad de hacer un esfuerzo intelectual en realidad lo que hacen es situarle por debajo de sus semejantes. Las intrigas que rodean a este hombre estarán a la altura de su debilidad hasta que este monstruo ampuloso haya perdido todo rasgo humano. Y la explicación de que tribus enteras sigan pasivamente a tales jefes, como rebaño de ovejas, es una incógnita que sólo puede explicarse por el deseo de gozar el presente y por la estrechez de mente. Educados en una dependencia servil y ablandados por el lujo y la ociosidad, ¿dónde hallaremos hombres dispuestos a afirmar los derechos de la humanidad o a reivindicar el privilegio de los seres

morales que deberían seguir sólo un camino hacia la perfección? Hará falta que pase mucho tiempo antes de que el mundo deje de someterse a monarcas, o ministros, antes de que sea abolida esta esclavitud cuya mortal empresa paraliza el progreso de la mente humana.

Que los hombres, orgullosos de su poder, dejen de utilizar los mismos argumentos que los reyes tiránicos y los ministros venales, que no afirmen engañosamente que la mujer debe ser sumisa porque siempre lo ha sido. Cuando el hombre, gobernado por leyes racionales, goce de su libertad natural, que desprecie entonces a la mujer si ésta no comparte con él esa misma libertad; y antes de que esta hora gloriosa llegue, que no cierre sus ojos a su propia estupidez discurriendo sobre la de las mujeres.

Cierto es que las mujeres que toman el poder por medios injustos, practicando o permitiendo el vicio, pierden evidentemente el rango que la razón les asigna y se convierten en esclavas abyectas o tiranas caprichosas. Pierden toda su ingenuidad, toda su dignidad espiritual al conquistar el poder y actúan como actúan los hombres cuando han sido educados en los mismos métodos.

Ya es hora de que se haga una revolución en las costumbres femeninas, ya es hora de devolver a las mujeres su dignidad perdida, y que contribuyan en tanto que miembros de la especie humana a la reforma del mundo, cambiando ellas mismas.

....

Parece natural que el hombre busque la perfección y que la halle en el objeto al que adora o que ciegamente se invista con la perfección, como si de un manto se tratara. Pero ¿qué efecto positivo puede tener la última moda en materia de adoración sobre la conducta moral de un ser racional? Se inclina ante el poder, adora a una nube negra que lo mismo puede abrirle brillantes perspectivas

que desencadenar una espantosa tempestad sobre su inclinada frente, sin que logre explicarse por qué. Y si la Divinidad actúa siguiendo los vagos impulsos de una voluntad caprichosa, el hombre debe también seguir su propia voluntad o acogerse a ciertas reglas, deducidas de unos principios que él rechaza por irreverentes. En este dilema se hallan los más exaltados y los más serenos filósofos cuando intentan liberar a los hombres de las sanas restricciones que impone una justa concepción de la Divinidad.

Nada hay de impío en intentar descifrar los atributos del Todopoderoso; de hecho, todo aquel que ejerza sus facultades no puede dejar de hacerlo. Pues amar a Dios en tanto que fuente de sabiduría, de bondad y de poder parece ser el único culto a seguir por aquellos que desean adquirir la virtud o el conocimiento. Una ciega e inestable adoración puede, como ocurre con las pasiones humanas, ocupar la mente y encender el corazón hasta el punto de hacer olvidar la justicia, la misericordia y la humildad ante Dios. Todavía diría más, considero la religión desde un punto de vista opuesto al del doctor Gregory que la trata como una cuestión de sentimiento o de gusto.

Dejando a un lado esta aparente disgresión, sería deseable que las mujeres sintieran por sus maridos un afecto basado en el mismo principio sobre el que debe reposar la devoción. Es la única base sólida que existe; que las mujeres desconfían, pues, de la falaz iluminación del sentimiento, utilizada demasiado a menudo para referirse veladamente a la sensualidad. Según mi opinión, se desprende de esto que las mujeres, desde su infancia, deberían vivir encerradas, como las princesas orientales, de tal modo que puedan pensar y actuar por sí mismas.

¿Por qué los hombres dudan entre dos opiniones y esperan lo imposible? ¿Por qué esperan la virtud de una esclava, de un ser que tal y como está constituida la sociedad es débil, cuando no viciosa?

De todas formas, sé que será necesario un lapso de tiempo

considerable para extirpar esos prejuicios tan sólidamente enraizados que los sensualistas han implantado; será necesario también algún tiempo para convencer a las mujeres de que actúen ampliamente contra su verdadero interés cuando disfrazan la debilidad bajo el nombre de delicadeza, para convencer al mundo de que la envenenadora fuente de los vicios y locuras de las mujeres (son sinónimos en un sentido amplio) han sido los halagos y homenajes a la belleza física. Pues, como un escritor alemán ha subrayado oportunamente, una mujer hermosa es por lo general objeto de deseo para los hombres de todo tipo, mientras que una mujer distinguida cuya belleza intelectual inspira las emociones más sublimes puede ser mirada con indiferencia por los hombres que sólo encuentran felicidad en la satisfacción de sus instintos. Ya imagino la evidente respuesta que se me dará. Me dirán que mientras el hombre permanezca en la imperfección en la que hasta ahora ha vivido siempre será esclavo de sus instintos y que aquellas mujeres que obtienen mayor poder en la satisfacción del apetito predominante del hombre degradan inexorablemente al sexo femenino por una necesidad física, cuando no por una necesidad moral.

....

Además, si la educación de las mujeres las prepara para la dependencia, es decir, para actuar conforme a la voluntad de otro ser falible y a someterse, tenga o no razón, al poder, ¿a dónde iremos a parar? ¿Deberán considerarse como virreyes a los que se les permite reinar en un pequeño territorio y que son responsables de su conducta ante un tribunal superior, pero no infalible?

No será difícil demostrar que en semejante situación, las mujeres actuarán igual que los hombres dominados por el terror, y que harán padecer a sus hijos y a sus sirvientes su tiránica opre-

sión. Sometidas sin razón, carentes de normas que definan su conducta, serán amables o crueles según el humor del momento y no deberá extrañarnos si a veces, irritadas por su pesado yugo, intentan traspasarlo a otras espaldas aún más débiles que las suyas.

Pero, supongamos a una mujer, educada en la obediencia y casada con un hombre sensato que guía su juicio sin hacerla sentir la servidumbre de su dependencia y que la enseña a actuar de manera conveniente bajo esta luz indirecta, cosa que cabe esperar cuando la razón se utiliza de segunda mano: esta mujer nunca podrá, sin embargo, estar segura de que su protector vivirá siempre; puede morir y dejarla con una gran familia a su cargo.

Esta mujer tiene, pues, una doble tarea: educarlos como un padre y una madre al mismo tiempo, formar sus principios y preservar sus bienes. Pero, desgraciadamente, jamás ha pensado ni actuado por sí misma; tan sólo le han enseñado a agradar[2] a los hombres, a depender graciosamente de ellos, pero con tantos niños a su cargo, ¿cómo va ella a encontrar otro protector, un marido que supla su falta de inteligencia? Por más que un hombre racional –pues no hablamos en un sentido romántico– pueda considerarla una criatura agradable y dócil, no querrá casarse con *toda una familia* por amor, cuando en el mundo hay numerosas criaturas mucho más hermosas. ¿Qué será de ella entonces? O bien se convierte en la víctima fácil de cualquier vil cazadotes, que despojará a sus hijos de la herencia paterna y la hará desgraciada, o bien sucumbe al descontento y a una ciega debilidad. Incapaz de educar a sus hijos o de inspirarles respeto (pues no hago un juego de palabras cuando afirmo que jamás se respeta a quien no es respetable, aun cuando ocupe una posición relevante), se verá desolada por la an-

---

[2] Cfr. *Emilio* de Rousseau (Libro V. LXXIV.)

Mi único comentario a tan ingenioso pasaje es observar que se trata de una filosofía de la lascivia.

gustia de un sentimiento de impotencia e inutilidad. El veneno de la serpiente penetra en su alma y los vicios de la juventud licenciosa la harán morir de dolor cuando no de miseria.

Éste no es un cuadro nada exagerado; al contrario, se trata de una situación plausible y que cualquier observador atento habrá encontrado en casos semejantes.

No obstante, doy por seguro que esta mujer estaba bien dispuesta, aunque la experiencia demuestra que los ciegos pueden ser encaminados tanto hacia el precipicio como hacia un sendero llano y fácil. Pero, supongamos (conjetura de lo más real) que un ser instruido tan sólo en el arte de agradar debe continuar agradando para ser feliz, ¡qué ejemplo de estupidez, por no decir de vicio, será para las jóvenes inocentes! La madre se desdibujará tras la presumida coqueta, y en lugar de ver en sus hijas a unas amigas las observará malévolamente como a unas rivales –rivales más crueles que cualquier otra, pues invitan a la comparación y pueden destronarla a ella que pensó ocupar el estrado de la razón.

No hace falta pincel ágil ni trazo preciso para describir las desgracias domésticas y los sórdidos vicios que puede propagar una madre de familia de este género. Sin embargo, ella actúa tan sólo como puede actuar una mujer educada en los principios de Rousseau. Jamás podrá reprochársele que es masculina o que se sale de su esfera; es más, puede observar otra de las reglas de este escritor y, protegiendo cuidadosamente su reputación de toda mancha, llegar a ser considerada como una señora honorable. Pero ¿en qué podrá basarse para decir que es honorable? Deberá abstenerse, es cierto, de cometer faltas graves, pero ¿cómo podrá cumplir con sus deberes? ¡Sus deberes! En realidad, bastante tiene con pensar en adornar su figura y cuidar su débil constitución física.

En lo que respecta a la religión, jamás tuvo libertad para juzgar por sí misma, pero, como ha de ser una criatura dependiente,

ha venido cumpliendo con las formalidades de la religión en la cual ha sido educada, creyendo de buena fe que cabezas más sabias que la suya habrían organizado ya la cuestión; para ella, el colmo de la perfección es no dudar jamás. Para eso paga ella sus diezmos en la iglesia y agradece a su Dios el no ser como las demás mujeres. ¡He aquí los felices efectos de una buena educación! ¡He aquí las virtudes de la compañera del hombre![3].

Describamos ahora un cuadro un poco más reconfortante:

Imaginemos ahora una mujer medianamente inteligente (pues quiero seguir con la medianía). Esta mujer ha conseguido, gracias al ejercicio físico, una saludable constitución. Su entendimiento se ha desarrollado al mismo tiempo, progresivamente, hasta saber cuáles son los deberes morales en la vida y en qué consisten la virtud y la dignidad humanas.

Formada así en el cumplimiento de sus deberes, de acuerdo con su posición, se casa por amor, aunque sin imprudencia, y mirando más allá de la felicidad conyugal se asegura el respeto de su marido antes de que sea necesario ejercer artificios mezquinos para agradarle y alimentar la llama que la naturaleza ha condenado a apagarse una vez pasado el atractivo de la novedad, cuando la amistad y la indulgencia ocupen el lugar de aquel otro sentimiento más ardiente. Es la muerte natural del amor y ningún esfuerzo para revivirlo turbará la paz del hogar. Supongo también que el marido es virtuoso, si no la mujer necesitaría aún más de su independencia.

Pero el destino rompe ese vínculo. Ella se queda viuda, quizá sin recursos suficientes, pero no se desespera. Permanece la desgracia que la naturaleza le ha infligido, pero una vez que el tiempo haya atenuado su dolor y haya transformado su pena en resignación me-

---

[3] Cfr. *Emilio* de Rousseau (Libro V. XCII.)

Me contentaría simplemente con preguntar: ¿cómo puede subsistir la amistad entre el maestro y su alumna cuando el amor ha muerto?

lancólica, su corazón se vuelca sobre los hijos con una ternura redoblada y, preocupada por atender a sus necesidades, cumple con sus deberes maternos con una entrega heroica y sagrada. Ella piensa que no sólo Dios, cuya mirada la reconforta y cuya aprobación la ayuda a vivir, vea sus virtuosos esfuerzos, sino que su imaginación, un poco distraída y exaltada por el dolor, acaricia la esperanza de que los ojos que su mano temblorosa ha cerrado puedan verla dominar sus pasiones rebeldes para cumplir con esa doble tarea que tiene de ser a la vez una madre y un padre para sus hijos. Empujada al heroísmo por sus desgracias, reprime la más mínima manifestación de afecto antes de que pueda llegar a transformarse en amor y, en la flor de la vida, olvida que es mujer, olvida el placer que proporciona una pasión que nace, una pasión que habría podido inspirar y compartir. No piensa ya en agradar y una dignidad consciente la impide sentirse orgullosa de los elogios que su conducta ejemplar provoca. Sus hijos tienen su amor, y sus esperanzas más vivas están más allá de la tumba adonde su imaginación va a deambular a menudo.

Me parece verla, rodeada de sus hijos, recogiendo la recompensa a su dedicación. Unas miradas inteligentes se encuentran con la suya, mientras la salud y la inocencia estallan en sus mejillas redondas; y cuando estas criaturas crezcan, su atenta gratitud atenuará las preocupaciones de su vida. Vive para ver cómo sus hijos practican las virtudes cuyos principios ha intentado inculcarles, los ve adquirir una fortaleza que les permitirá soportar la adversidad siguiendo el ejemplo de su madre.

Una vez cumplida la tarea de su vida, espera con calma el sueño de la muerte y, cuando llegue la resurrección podrá exclamar: «Miradme, me habéis dado un talento, aquí os traigo cinco.»

Me gustaría resumir en pocas palabras lo que hasta ahora he dicho, pues aquí tiro el guante y niego la existencia de virtudes propias de un sexo, incluida la modestia. La verdad, si comprendo

bien el sentido de esta palabra, creo que necesariamente tendrá que ser la misma para el hombre que para la mujer. No obstante, el sublime encanto de la mujer, según lo describen poetas y novelistas, exige que se le sacrifiquen verdad y sinceridad, la virtud se convierte entonces en una noción relativa, sin más fundamento que su utilidad, y esta utilidad es la que los hombres pretenden juzgar arbitrariamente, según su propia conveniencia.

Estoy de acuerdo en que las mujeres pueden tener deberes diferentes que cumplir, pero éstos son deberes humanos y los principios que deberían regir el cumplimiento de esos deberes son, insisto en creerlo, necesariamente los mismos para unos y otras.

Para llegar a ser respetables es necesario que las mujeres ejerciten su inteligencia; no hay otro fundamento para la independencia individual; quiero decir, explícitamente, que deberán inclinarse únicamente ante la autoridad de la razón, en lugar de ser modestas esclavas de la opinión.

En las capas superiores de la sociedad es raro encontrar un hombre de cualidades superiores o incluso de conocimientos medianos. La razón me parece evidente: la situación en la cual se hallan esos hombres ha venido formándose por las actividades que el individuo persigue o por la clase a la que pertenece; y si las facultades no se agudizan por la fuerza de las cosas permanecerán necesariamente obtusas. Podemos, con justicia, extender este argumento a las mujeres, pues como raramente se ocupan ellas de los asuntos serios, la búsqueda del placer proporciona a su carácter esa mediocridad que hace que la sociedad de los grandes sea tan insípida. El mismo deseo de firmeza producida por una causa semejante las empuja de los placeres ruidosos a las pasiones artificiales y entonces todos los sentimientos sociales ceden su lugar a la vanidad y apenas si puede discernirse en ellas las características de un ser humano. Los beneficios que procuran los gobiernos ci-

viles en su actual organización son tales que tanto la riqueza como la dulzura femenina contribuyen por igual a envilecer a la humanidad y son ambas resultado de las mismas causas; pero, al permitir a las mujeres que sean seres racionales, debería incitárselas a adquirir las virtudes que sean propiamente suyas, pues ¿cómo un ser racional puede ser valorado por algo que no ha obtenido por sus propios esfuerzos?

CAPÍTULO IV

Observaciones acerca del estado de degradación al que se ve reducida la mujer por diversas causas

....

Deploro que las mujeres se vean sistemáticamente degradadas por las triviales atenciones que los hombres consideran viril prodigarles, mientras que, de hecho, mantienen precisamente así su propia superioridad. Inclinarse ante un ser inferior no es condescendencia. Todas esas ceremonias me resultan tan ridículas que apenas si puedo controlar mi reacción cuando veo a un hombre recoger un pañuelo o cerrar una puerta con grave y afanosa solicitud, cuando la *dama* podría muy bien haberlo hecho ella misma con sólo dar uno o dos pasos.

Un deseo insensato sube de mi corazón a mi cabeza y no lo reprimiré aun cuando pueda provocar risas. Deseo sinceramente ver desaparecer de la sociedad la diferencia entre los sexos, salvo cuando se trate de relaciones amorosas, pues esta diferencia es, estoy firmemente convencida, el fundamento de la debilidad de carácter que se les atribuye a las mujeres, la razón por la cual se descuida su espíritu mientras se les obliga a adquirir todo tipo de habilidades con meticulosa atención. Por ello las mujeres prefieren la elegancia al heroísmo.

Todos los seres humanos, cualquiera que sean, desean ser amados y respetados por *algo,* y cualquier mortal tomará el cami-

no más corto para llegar a dar satisfacción a sus deseos. El respeto que se profesa a la riqueza y a la belleza es el más evidente, el menos equívoco, y por supuesto que atraerá siempre la mirada de los ojos vulgares. Las habilidades y virtudes son absolutamente necesarias para que los hombres con un tipo medio de vida puedan alcanzar la notoriedad. Consecuencia clara de eso es que las capas medias son las que tienen un mayor grado de virtud. Los hombres en cierta medida tienen por lo menos la ocasión de comportarse con dignidad y elevarse gracias a sus propios esfuerzos, lo único que puede hacer mejorar a cualquier criatura racional, pero las mujeres –en tanto no se haya mejorado su carácter– se encuentran en la misma situación que los ricos: tienen desde su nacimiento (y hablo del estado actual de la civilización) ciertos privilegios sexuales y mientras se les concedan gratuitamente raras serán las que intenten cumplir actos excepcionales para obtener la estimación de un pequeño número de personas superiores.

¿Acaso hemos oído hablar de mujeres que, saliendo de la oscuridad, reclamen respeto por sus especiales aptitudes o por sus virtudes heroicas? ¿Pueden hallarse tales mujeres? «¡Atraer las miradas, atenciones, simpatías, los halagos y la aprobación, son las únicas prerrogativas que buscan!» ¡Qué cierto es!, exclamarán probablemente mis lectores masculinos, pero que recuerden, antes de extraer ninguna conclusión, que esta frase no se escribió originariamente pensando en las mujeres, sino en los ricos. En la *Teoría de los sentimientos morales*, del doctor Smith, ha encontrado una descripción general de los aristócratas y los ricos que, a mi entender, podría muy bien haberse aplicado a las mujeres. Remito al lector avisado a que haga esta comparación, pero citaré un pasaje para sostener un argumento sobre el cual deseo insistir por ser uno de los más concluyentes para refutar la existencia de características sexuales. Pero si, exceptuando a los guerreros, jamás la no-

bleza produjo grandes hombres de cualquier naturaleza, ¿no podríamos concluir con razón que su situación particular ha ahogado al hombre que hay en ellos y ha creado una personalidad semejante a la de las mujeres que se *sitúan* (si es que puedo utilizar esta expresión) en el rango social en el que están por mera *cortesía?* Las mujeres, a quienes normalmente se define como damas, no deben ser replicadas públicamente, no tienen el derecho a ejercer su fuerza física y sólo se espera de ellas las virtudes negativas (si es que incluso se llega a esperar de ellas alguna virtud) tales como la paciencia, la docilidad, el buen humor y la complacencia, virtudes todas ellas incompatibles con un ejercicio intelectual vigoroso. Por otra parte, al vivir continuamente entre mujeres y encontrarse rara vez solas, son más sensibles a la influencia de los sentimientos que a la de las pasiones. La soledad y la reflexión son necesarias para proporcionar a los deseos la intensidad propia de la pasión y para que la imaginación pueda ampliar las cosas y hacerlas más deseables. Lo mismo puede decirse de los ricos que no se preocupan demasiado por las ideas generales, reunidas con pasión o en la serenidad de la reflexión, que tienen como fin adquirir esta fuerza de carácter que hace posible las grandes decisiones. Pero escuchemos lo que dice de los grandes un observador perspicaz:

«Los grandes parecen insensibles a la vista del poco esfuerzo que les cuesta obtener la admiración pública; o ¿acaso imaginan que deberán pagarlas como los demás, con el sudor o su sangre? ¿Qué cualidades esenciales enseñan a los jóvenes nobles para que demuestren ser dignos de su rango y merezcan esa superioridad de que gozan sobre sus conciudadanos gracias a la virtud de sus ancestros? ¿Conocimiento, laboriosidad, paciencia, abnegación o quizá otra virtud? Y como todas sus palabras y todos sus movimientos son cuidadosamente vigilados, aprende el joven a prestar atención a todos los detalles de su comportamiento cotidiano y estudia cómo

cumplir todos sus pequeños deberes con la más estricta corrección. Como es consciente de que está siendo observado y hasta qué punto la humanidad está dispuesta a favorecer sus inclinaciones, actúa, hasta en la ocasión más trivial, con esa libertad y esa dignidad que su pensamiento le inspira. Su aire, sus maneras, su comportamiento, todo manifiesta ese sentimiento elegante y gratuito de su propia superioridad, ésa que los que han nacido en una posición inferior difícil y duramente pueden llegar a obtener raras veces. ¡He ahí los artificios mediante los cuales se propone someter más fácilmente a la humanidad, y gobernar sus inclinaciones a su antojo! Y en este sentido, casi nunca se ven decepcionados. Esos artificios, los que se basan en el rango social y en el dominio, son generalmente suficientes para gobernar el mundo. Luis XIV, durante la mayor parte de su reinado, fue considerado, no sólo en Francia, sino en toda Europa, como el ejemplo más perfecto de lo que debía ser un gran príncipe. Pero ¿cuáles eran las virtudes y los talentos por los que adquirió tamaña reputación: acaso por la recta y escrupulosa justicia que presidió todas sus empresas, por los inmensos peligros y dificultades a los que se enfrentó, o por el celo infatigable e incesante con el que las persiguió? ¿Por sus amplios conocimientos, su amplitud de juicio o por su heroico valor? No fue por ninguna de esas cualidades, sino porque era, en primer lugar, el príncipe más poderoso de Europa y, por consiguiente, ostentaba el rango más elevado entre los reyes», y continúa el historiador: «Sobresalió entre sus cortesanos por la gracia de sus movimientos y por la belleza majestuosa de sus trazos. El tono de su voz, noble y penetrante, conquistó los corazones a los que su presencia intimidaba. Tenía una forma de caminar y un porte que sólo él y su rango emanaban y que habrían resultado ridículos en cualquier otra persona. La turbación que producía a quienes le hablaban halagaba secretamente la satisfacción que le procuraba el sentimiento de su propia superioridad.» To-

dos esos frívolos talentos, favorecidos por su rango y sin duda también por otras cualidades y virtudes cuyo nivel no parece, sin embargo, haber sobrepasado la mediocridad, le valieron a este príncipe la estima en su tiempo y un gran respeto en la posteridad. Mientras él vivió, ninguna otra virtud, al parecer, tenía el menor mérito. El saber, la laboriosidad (diligencia), el coraje y la beneficencia, temblorosas y confundidas, perdieron todo valor.

Lo mismo ocurrió con las mujeres «perfectas en sí mismas» y en posesión de todos esos frívolos talentos, cambiaron la naturaleza de las cosas de tal modo que

Cuanto ella hace o dice
Parece lo más juicioso, más virtuoso y discreto, lo mejor;
Todo conocimiento superior se degrada en su presencia.
La prudencia desconcertada se pierde en su discurso
y se muestra semejante a la Tontería.
La autoridad y la razón están a sus órdenes.

¡Y todo eso está basado en su belleza!

En las capas medias de la sociedad, para seguir con la comparación, los hombres se preparan durante su juventud para una profesión, y el matrimonio no se considera como el gran objetivo de sus vidas, mientras que en la mujer, por el contrario, no hay otro proyecto que estimule sus facultades. Ni los negocios, ni los proyectos generales, ningún impulso ambicioso ocupa su atención. No, sus pensamientos no se ocupan de tan nobles proyectos. Para ascender socialmente y tener libertad para correr de un placer a otro necesitan concertar un matrimonio ventajoso, y a este objetivo consagran todo su tiempo, prostituyendo su cuerpo la mayoría de las veces. Cuando un hombre se consagra a una profesión es porque ve en ello alguna ventaja futura (y su espíritu se fortalece

cuando concentra todos sus esfuerzos en un solo objetivo). Concentrado en sus propios asuntos, considera el placer como una simple distracción relajante, mientras que las mujeres buscan el placer como el fin único de su existencia. De hecho, dada la educación que reciben de la sociedad, podría decirse que el amor por el placer rige su vida; pero ¿acaso esto demuestra que el alma tiene un sexo? Sería igualmente racional declarar que los cortesanos franceses, formados en un sistema despótico y destructor, no eran hombres, puesto que habían sacrificado la libertad, la virtud y la humanidad al placer y a la vanidad, pasiones fatales que siempre han dominado a *toda* la especie humana.

El mismo amor por el placer que alienta la tendencia general de su educación proporciona a la conducta de las mujeres, en la mayoría de los casos, un toque frívolo. Así, por ejemplo, se preocupan siempre de cuestiones secundarias y buscan la aventura en lugar de consagrarse a sus deberes.

Cuando un hombre emprende un viaje generalmente piensa en su término; una mujer suele pensar más en los incidentes del trayecto, en las cosas extrañas que pueden acaecer en el camino, en la impresión que puede causar a sus compañeros de viaje y, sobre todo, vigila escrupulosamente su atuendo, que forma parte de sí misma, sobre todo cuando va a hacer su aparición en un nuevo escenario, cuando, para utilizar una linda expresión francesa, va a causar sensación. ¿Puede haber dignidad espiritual cuando se tienen preocupaciones tan triviales?

En resumen, las mujeres, por lo general, igual que los ricos, hombres y mujeres, han adquirido todas las locuras y todos los vicios de la civilización sin beneficiarse de sus frutos. No es necesario recordar que hablo del conjunto del sexo femenino, y dejo de lado las excepciones. Se excitan sus sentidos y se descuida su espíritu; por tanto, las mujeres son víctimas de sus propios sentidos,

denominados delicadamente «sensibilidad» y se ven abatidas por el menor contratiempo sentimental. Las mujeres civilizadas están, pues, tan debilitadas por falsos refinamientos que su condición moral es inferior a lo que podría ser si se las dejara en un estado más próximo al estado de la naturaleza. Una sensibilidad exacerbada no sólo proporciona a las mujeres, perpetuamente agitadas y nerviosas, un sentimiento de malestar, sino que las convierte en seres incómodos para los demás, por emplear una expresión moderada. Todos sus pensamientos se basan en aquello que puede suscitar emoción. Acudiendo al sentimiento en lugar de hacerlo a la razón, su conducta es inestable y sus opiniones cambiantes, no tanto debido a un cambio de puntos de vista sino a estados de ánimo contradictorios. Se entusiasman en un sinfín de actividades en un acceso, pero no perseveran jamás y pronto se cansan; a continuación surge la indiferencia, causada por este ardor o por la aparición de otra pasión pasajera a la que la razón jamás ha dado un poder específico particular. ¡Qué desgraciado ha de ser ese individuo cuya educación sólo ha intentado inflamar sus pasiones! Debería hacerse una distinción entre el hecho de inflamar y fortalecer. ¿Qué puede esperarse cuando se alientan de ese modo las pasiones sin formar convenientemente el juicio? ¡Indudablemente, una buena mezcla de locura y estupidez!

Esta observación no debería limitarse al *bello* sexo; no obstante, me limitaré por ahora a aplicarlo a las mujeres.

Tanto la novela como la música, la poesía o la galantería tienden a hacer de las mujeres unas criaturas de la sensación; de este modo, su carácter se forma en el molde de la estupidez durante ese tiempo en el que aprenden el arte de agradar, el único talento que están autorizadas a adquirir según su situación social. Esta sensibilidad exacerbada debilita naturalmente sus otras facultades intelectuales e impide a su espíritu que alcance esa soberanía que haría de ellas unas

criaturas racionales útiles a los demás y contentas con su situación, pues el ejercicio de la inteligencia con el paso de los años es el único método que la naturaleza indica para moderar las pasiones.

La sociedad tiene un efecto bien diferente, y yo me he visto frecuentemente impresionada por las enfáticas descripciones de la condenación eterna, en la que se representa al alma errando inútilmente en un cuerpo impuro al que acaba de abandonar, incapaz de gozar de nada sin los órganos de los sentidos. Sin embargo, las mujeres son esclavas de sus sentidos, porque gracias a su sensibilidad ellas obtienen su poder actual.

¿Se atreverán a afirmar los moralistas que ésa es la condición en la que debe permanecer la mitad de la humanidad, inactiva, apática, estúpida y sumisa? ¡Qué amables educadores! ¿Para qué fin fuimos creadas? Para mantenernos, podríamos decir, inocentes, lo que para ellos equivale a decir infancia. Podríamos muy bien no haber nacido, a menos que fuera necesario crearnos para así permitir al hombre conquistar el noble privilegio de la razón, la facultad de discernir el bien del mal, mientras que nosotras volveríamos al barro del que fuimos extraídas sin la menor esperanza de resurrección.

Sería tarea interminable describir las diversas desgracias, preocupaciones y mezquindades que padece la mujer por culpa de la creencia general según la cual fue creada para sentir las cosas más que para comprenderlas y que dice que todo su poder reside en sus encantos y su debilidad:

«Su debilidad es su belleza y su encanto.» Esta amable debilidad las sitúa enteramente a merced no sólo de la protección, sino también de los consejos del hombre, salvo cuando ellas llegan a ostentar algún poder ilícito. ¿Qué hay, pues, de extraño en que, descuidando los deberes que la razón designa y reculando ante las pruebas que fortalecen el espíritu, las mujeres no busquen otra cosa que dotar a sus defectos de un tono gracioso que les permiti-

rá acrecentar sus encantos a los ojos de seres voluptuosos, a pesar de que todo ello las rebaje en la escala de los valores morales?

Frágiles en todos los sentidos del término, se ven obligadas a contar en todo con el hombre para hallar su bienestar. En los menores peligros se agarran a él con la tenacidad de un parásito solicitando socorro con voz quejumbrosa; entonces su protector natural extiende su brazo o eleva su voz para proteger a la bella temblorosa; ¿protegerla de qué?, quizá de los cuernos de una vaca vieja o del inofensivo corretear de un ratón, pues si se tratara de una rata, entonces el peligro sería grave. En nombre de la razón e incluso del sentido común, ¿quién podría salvar a estos seres del desprecio, a pesar de toda su belleza y toda su dulzura?

Estos miedos, cuando no son afectados, pueden impresionar, pero revelan un grado de imbecilidad que degrada a cualquier criatura racional hasta un punto del que no son siempre conscientes las mujeres, pues el amor y la estimación son cosas muy diferentes.

Estoy plenamente convencida de que no se darían esos comportamientos pueriles si se les permitiera a las jóvenes hacer suficiente ejercicio, si no se las confinara en habitaciones sin ventilación, lo que atrofia sus músculos y destroza su sistema digestivo. Para ir más lejos, si en lugar de mantener o incluso crear en ellas el miedo, se tratara del mismo modo que la cobardía en los muchachos, no tardaríamos en ver a las mujeres comportarse con más dignidad. Es cierto que ya no podríamos decir con tanta razón que ellas son las flores que alegran el camino del hombre, pero a cambio serían ciudadanas mucho más respetables y podrían cumplir con los deberes importantes de su vida iluminadas por su propia razón. «Educad a las mujeres como a los hombres», dice Rousseau [1], «y de ese modo, cuanto más se nos parezcan, menos poder

[1] Cfr. Rousseau, *op. cit.* Cap. V.

tendrán sobre nosotros.» Ese es exactamente el objetivo que yo propongo. No deseo que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.

He visto cómo algunos hombres se rebelan del mismo modo contra la instrucción de los pobres, pues la aristocracia tiene muchas formas de manifestarse. «Enseñadles a leer y a escribir», dicen, «y los sacaréis de la situación a la que la naturaleza los ha destinado.» Un elocuente francés les ha respondido, y tomaré prestadas sus palabras: «Pero ellos no saben que cuando convierten a un hombre en una bestia debieran esperar en cualquier instante que se transformara en una bestia feroz, porque sin conocimiento no puede existir la moralidad.»

«La ignorancia es una base muy frágil para la virtud. Sin embargo, como se ha organizado a la mujer en base a esta condición, se ha insistido en ella por la mayoría de los escritores que se han manifestado vehementemente en favor de la superioridad del hombre; una superioridad no respecto a un grado determinado, sino como una ofensa. Sin embargo, para suavizar este argumento han intentado probar con generosa caballerosidad que los sexos no pueden compararse. El hombre fue creado para la razón y la mujer para el sentimiento, y que juntos, la carne y el espíritu, constituyen la unidad más perfecta al proporcionar a un único carácter la razón y la sensibilidad por medio de una síntesis feliz.

Pero ¿qué es la sensibilidad? «La debilidad de la sensación, la rapidez de percepción, la delicadeza.» Tal es como la ha definido el doctor Johnson, cuyas palabras únicamente me dan la idea del instinto más exquisito. No consigo discernir una sola huella de la imagen de Dios en una sensación o un asunto. Ellos tienen material para una infinidad de casos. El intelecto no conduce allí y tampoco el fuego conduce siempre al oro.

Vuelvo a mi viejo argumento: si una mujer tiene el derecho a

poseer un alma, debe tener una inteligencia que vaya mejorando en el transcurso de su vida. Y cuando, para rendir más perfecta esta situación, si bien todo indica que se trata sólo de una fracción de una suma importancia, se la incita por la gratificación del momento presente a olvidar su grandioso destino, se contraataca la naturaleza o, por el contrario, la mujer ha nacido exclusivamente para procrear y pudrirse. O si se concediera a las bestias, fueran del tipo que fueran, un alma, aunque no se tratase de un alma provista de razón, la práctica del instinto y de la sensibilidad deberían ser el sendero que las condujera, durante el transcurso de su vida, a adquirir un estadio de razón; de tal modo que, a través de toda la eternidad, irían a la zaga del hombre que, por razones que no podemos decir, ha tenido el poder de poseer la razón en su primer estadio de existencia.

Cuando comento los deberes peculiares de las mujeres, como debiera comentar los de un ciudadano o un padre, se verá que no pretendo insinuar, hablando de la mayoría, que han de ser alejadas de sus familias. «El que tiene mujer e hijos», dice lord Bacon, «ha tenido prendas que perder; porque ellos son los impedimentos de las grandes empresas, tanto virtuosas como dañosas. En verdad, las mejores obras y las de mayor mérito para el público han salido de hombres solteros o sin hijos.» Yo digo lo mismo de las mujeres. Pero el bienestar de una sociedad no se construye sobre esfuerzos extraordinarios; y si estuviera organizada de un modo más razonable, habría todavía menos necesidad de grandes habilidades o de virtudes heroicas.

En la regulación de una familia, en la educación de los hijos –entendiéndolo en un sentido carente de sofisticación–, se requiere particularmente fuerza, tanto corporal como mental; sin embargo, los hombres que a través de sus escritos han intentado con mayor tesón domesticar a las mujeres se han esforzado en debilitar sus cuerpos y anquilosar sus mentes con argumentos dictados

por un basto apetito que la saciedad ha llegado a convertir en fastidioso. Pero aunque hubieran llegado incluso a persuadir a las mujeres con estos métodos siniestros, insistiendo en sus sentimientos, en estar en casa, en cumplir con sus deberes de madre y ama de casa, yo opondría cautelosamente opiniones que condujeran a enderezar sus conductas, haciéndolas prevalecer por encima de tales importantes deberes como la ocupación principal de su vida, a pesar de que la razón se viese insultada. Sin embargo, y apelo a la experiencia, si despreciando la inteligencia, ellas fueran tanto, qué va, más desprendidas de estas labores domésticas que debieran suponer un alto interés intelectual, aunque ha de observarse que la masa de la humanidad no perseguirá nunca con vigor un objeto intelectual[2], se me debe permitir inferir que la razón es absolutamente necesaria para capacitar a una mujer a cumplir cualquier deber de una manera adecuada, y debo repetir de nuevo que la sensibilidad no es la razón.

Todavía se me ocurre la comparación con el rico; porque cuando los hombres desprecien los deberes de la humanidad, las mujeres seguirán su ejemplo; una simple corriente empuja a ambos a lo largo de una celeridad insensata. Las riquezas y los honores impiden al hombre engrandecer su inteligencia y enervan todos sus poderes al trastocar el orden de la naturaleza que siempre ha hecho del premio del trabajo el verdadero placer. El placer –el enervante placer– está, de la misma manera, al alcance de las mujeres sin merecérselo. Pero mientras no se liquiden las propiedades hereditarias, ¿cómo podremos aspirar a que los hombres estén orgullosos de la virtud? Y mientras sea así, las mujeres les gobernarán por los medios más directos, olvidando sus aburridos deberes domésticos, para conseguir el placer que pomposamente se asienta sobre los vientos del tiempo.

---

[2] La masa de la humanidad es más esclava de sus apetitos que de su razón.

«El poder de las mujeres», dice un autor, «es su sensibilidad»; y los hombres, no conscientes de las consecuencias, hacen todo lo posible para que su poder destaque por encima de cualquier otro. Aquellos que empleen constantemente su sensibilidad tendrán más; por ejemplo, poetas, pintores y compositores[3]. Sin embargo, cuando se incrementa de este modo la sensibilidad, a expensas de la razón, e incluso de la imaginación ¿por qué protestan los filósofos de su veleidad? La atención sexual de un hombre actúa particularmente sobre la sensibilidad de la hembra y se ha ejercitado dicha simpatía desde la juventud. Un marido no puede pagar por mucho tiempo esas atenciones con la pasión necesaria para excitar emociones fuertes, y el corazón, acostumbrado a éstas, se dirige a un nuevo amante, o acusa en secreto a la víctima de la virtud o la prudencia. Me refiero a cuando el corazón se ha hecho verdaderamente susceptible y se ha formado el gusto; porque me siento capaz de concluir, por cuanto he visto en la vida actual, que la vanidad es a menudo fomentada por la forma de educación más que la sensibilidad y el intercambio entre los sexos que he reprobado, y que la coquetería procede con mayor frecuencia de la vanidad que de la inconstancia que produce la sensibilidad forzada de una manera natural.

Otro argumento que ha tenido gran peso para mí, pienso, debe tener alguna fuerza para cualquier corazón considerado benevolente. Las niñas que han sido educadas de esta manera tan débil han sido, muy a menudo, abandonadas cruelmente por sus padres sin hacer ningún tipo de provisión y, naturalmente, dependen no sólo de la razón, sino también de la generosidad de sus hermanos.

---

[3] Los hombres de tal descripción derraman sensibilidad en sus composiciones, para amalgamar los materiales en bruto; y moldeándolos con pasión, dan un alma al cuerpo inerte; pero en la imaginación de las mujeres, el amor sólo se concentra sobre bases etéreas.

Estos hermanos son, observando la parte más favorable de la cuestión, un tipo de gente que considera un favor que hijos de los mismos padres tengan derechos iguales. En esta situación equívoca y humillante, una mujer dócil puede permanecer durante algún tiempo con un cierto grado de comodidad. Pero cuando el hermano se casa –una circunstancia probable– pasa a ser considerada de ama de casa a una intrusa, con miradas de aversión; como una carga innecesaria a la benevolencia del amor de la casa y de su nueva acompañante.

¿Quién puede hacer recuento de la miseria que muchos seres desafortunados, cuyos cuerpos y mentes son igualmente débiles, sufren en tales situaciones, incapaces de trabajar y con vergüenza para pedir limosna? La esposa, una mujer de corazón frío y mente estrecha –y esto no es una suposición injusta, ya que el actual modo de educación no tiende a engrandecer el corazón más que la inteligencia–, se siente celosa de las pequeñas amabilidades que su marido dispensa a sus parientes, y como su sensibilidad no llega a alcanzar humanidad, se siente disgustada al ver que la propiedad de sus hijos se prodiga sobre una hermana inútil.

Estas son situaciones que, de hecho, se me han presentado personalmente una y otra vez. La consecuencia es obvia: la esposa recurre a la astucia para minar ese afecto habitual al que teme oponerse abiertamente, y no se regatean lágrimas ni caricias hasta que no se consigue echar al espía de su hogar y expulsarlo a un mundo sin preparación para afrontar sus dificultades; o enviar a esta mente sin cultivar a la soledad más triste, con un pequeño estipendio y como un enorme esfuerzo de generosidad, a fin de salvaguardar la propiedad.

Estas dos mujeres deben ser muchas más de un par en lo que respecta a la razón y la humanidad y, cambiando los papeles, pueden actuar exactamente con el mismo egoísmo. Pero si hubieran

sido educadas de un modo diferente, el resultado habría sido bien distinto. La esposa no habría tenido esa sensiblería en la que el yo es el centro y la razón la hubiera enseñado a no esperar e incluso a no sentirse adulada por el cariño de un marido, si ello le conducía a violar deberes contraídos con anterioridad. Ella desearía amarle no porque él la amase, sino por sus virtudes, y la hermana podría haber sido capaz de luchar por sí misma en lugar de comer el amargo pan de la dependencia.

Estoy persuadida, en efecto, de que el corazón, igual que la inteligencia, se abre cuando se cultiva y cuando –que puede no aparecer con tanta claridad– se refuerzan sus órganos. No me estoy refiriendo ahora a fogonazos instantáneos de sensiblidad, sino de afectos. Y quizá la tarea más difícil en la educación de los dos sexos es ajustar la instrucción de tal modo que no consista en empequeñecer la inteligencia mientras se calienta con los jugos generosos de la primavera, crecidos, justamente, por la fermentación eléctrica de la estación; ni en atrofiar los sentimientos empleando la mente en tareas alejadas de la vida real.

En lo que respecta a las mujeres, cuando reciben una educación esmerada, pueden ser tanto damas elegantes, repletas de sensibilidad y abundando en caprichosas fantasías, como mujeres notables. Las últimas son a menudo amigables, criaturas honestas, y poseen una forma astuta de buen sentido, unido a un hablar prudente que a menudo las convierte en miembros de la sociedad más útiles que las elegantes y sensibleras damas, aunque no posean grandeza de mente ni de gusto. Sáquenlas de sus familias o barrios y sabrán mantenerse. La mente no encuentra empleo ni ocupación porque la literatura aborda un fondo de diversión que ellas nunca habían pensado alcanzar y que desprecian con frecuencia. Los sentimientos y el gusto de las mentes más cultivadas aparecen como algo ridículo, incluso en aquellas cuya inteligencia y conexiones

familiares les habría llevado a apreciar. Pero cuando se refiere a meras amistades, piensan que todo es afectación.

Un hombre de sentido común sólo puede amar a una mujer a cuenta de su sexo y porque es una criada fiel. Él le permite, para preservar su propia paz, regañar a los sirvientes e ir a misa con vestidos de las mejores telas. Un hombre con la inteligencia de su misma medida probablemente no podría llevarse tan bien con ella porque podría desear traspasar sus prerrogativas y manejar algunos asuntos domésticos personalmente; sin embargo, las mujeres cuyas mentes no han sido engrandecidas por la educación o debido al egoísmo natural de la sensiblería que se mueve por reflejos son incapaces de llevar una familia, ya que, por unas posibilidades de poder que no les corresponden, están siempre tiranizando para mantener una superioridad que sólo descansa en distinciones arbitrarias de la naturaleza. El diablo es algunas veces más serio; se priva a los criados de favores inocentes obligándoles a trabajar más allá de sus fuerzas, a fin de que la mujer notable pueda disponer de una mesa mejor y eclipsar a sus vecinos en elegancia y distinción. Si ella se cuida de sus hijos, es norma general vestirlos de un modo costoso, y si su cariño nace de la vanidad y la afición, es pernicioso también.

Y además, cuántas mujeres de este tipo pasan sus días, o al menos sus veladas, descontentas. Sus maridos reconocen que hacen bien su trabajo y que son esposas sencillas, pero abandonan el hogar para buscar una más agradable –se me permite usar una palabra francesa llena de sentido– sociedad *piquant;* y la paciente esclava del trabajo, que cumple su tarea como un caballo ciego en su molino, se ve defraudada en su justa medida, porque los pagos que se le deben son las caricias de su marido, y las mujeres que tienen tan pocos recursos en sí mismas no soportan muy pacientemente esta privación de un derecho natural.

Una mujer fina, por el contrario, ha sido enseñada a contem-

plar con desprecio las ocupaciones vulgares de la vida, aunque se la haya incitado únicamente a adquirir talentos que sobrepasen los meros sentidos; porque incluso los talentos naturales no pueden adquirirse con un grado de perfección a menos que se haya reforzado la inteligencia con la práctica. Sin una base de principios, el gusto es superficial; la gracia debe salir de algo más profundo que la imitación. La imaginación, sin embargo, se calienta y los sentimientos se hacen fastidiosos, si no sofisticados, si no se adquiere un contrapeso de juicio cuando el corazón todavía permanece en su estado natural, aunque llegue a ser demasiado tierno.

Estas mujeres son a menudo vehementes, y sus corazones son realmente más sensibles a la benevolencia general, más vivos a los sentimientos que civilizan la vida, que la afanada familia de mente cuadrada; pero deseando una proporción correcta de reflexión y autogobierno sólo inspiran amor, y son las amantes de sus esposos mientras que tienen todo el dominio sobre sus afectos y las amigas platónicas de sus amistades varones. Éstos son los justos defectos de la naturaleza; las mujeres parecen haber sido creadas no para alegrar la compañía de un hombre, sino para salvarle de hundirse en la más absoluta brutalidad, limándole las aristas de su carácter y para dar algo de dignidad al apetito que le conduce a ellas, a través de una coquetería juguetona. ¡Soberano Creador de toda la raza humana! ¿Has creado Tú un ser como la mujer, que puede rastrear tu sabiduría en tus obras y sentir que tu solo arte, por tu naturaleza, se alza por encima de ella para un fin que no sea mejor que el presente? ¿Puede creer ella que fue creada para someterse al hombre, su igual, un ser que, como ella, fue enviado al mundo para adquirir virtud? ¿Puede consentir ocuparse simplemente en agradarle –adornar la tierra solamente– cuando su alma es capaz de dirigirse a Ti? ¿Y puede permanecer dependiendo supinamente del hombre en lo que se refiere a la ra-

zón, cuando debiera remontar con él los difíciles escalones del conocimiento?

Sin embargo, si el bien supremo es el amor, haced que las mujeres sean educadas únicamente para inspirarlo y que se cuide cada encanto para que no intoxique los sentidos; pero si ellas son seres morales, dadles la oportunidad de llegar a ser seres inteligentes y haced que el amor sea para el hombre únicamente una parte de esa llama ardiente del amor universal que, tras abrazar a la humanidad, se remonta hacia Dios como incienso en acción de gracias.

....

La humanidad parece estar de acuerdo en que los niños deberían dejarse al cuidado de las mujeres durante su infancia. Ahora, tras todas las observaciones que he podido hacer, las mujeres llenas de sensiblerías son las que peor llevan a cabo esta tarea, porque infaliblemente se dejarán llevar por sus sentimientos y destruyen el temperamento del niño. El cuidado del temperamento, la primera y más importante rama de la educación, requiere el ojo soberbio y firme de la razón; un plan de conducta igualmente distante de la tiranía y de la indulgencia; sin embargo, éstos son los extremos en los que la gente sensiblera cae alternativamente disparando siempre fuera de la diana. He seguido este orden de razonamiento mucho más allá, hasta concluir que una persona de genio es la menos apropiada para dedicarse a la educación, pública o privada. Las mentes de estas raras especies ven las cosas más en masa y raramente, si alguna vez, tienen un buen temperamento. Esta alegría habitual, llamada buen humor, quizá tan raramente unida a los grandes poderes mentales como a los sentimientos fuertes. Y esa gente que sigue, con interés y admiración, lós vuelos de los genios, o que, con una aprobación menor, se alimentan

de la instrucción que cuidadosamente ha sido preparada para ella por el pensador profundo, no debiera disgustarse si encuentra a los anteriores coléricos y a los últimos morosos; porque la vivacidad de la fantasía y una compresión tenaz de la mente son difícilmente compatibles con esa urbanidad sumisa que conduce al hombre, al menos, a doblegarse a las opiniones y prejuicios de los otros en lugar de confrontarlas violentamente.

Pero tratándose de la educación o las maneras no deben considerarse las mentes de clase superior, sino que se pueden dejar a su suerte; es la multitud, con habilidades moderadas, la que clama educación y la que adquiere el color de la atmósfera que respira. Sostengo que en este concurso respetable, las mujeres y los hombres no debieran intensificar sus sensaciones en la ardiente cama de la indolencia lujuriosa a expensas de su inteligencia, porque mientras sea un lastre de su inteligencia nunca llegarán a ser virtuosos ni libres: una aristocracia, fundada sobre la propiedad o los talentos genuinos, barrerá siempre por delante los esclavos de los sentimientos, ora tímidos, ora feroces.

....

Siendo tan alto el respeto que siento por el matrimonio, que lo considero la base de todas las virtudes sociales, no puedo evitar sentir una gran compasión por esas desafortunadas mujeres a las que se las aparta de la sociedad y que por un error se alejan de aquellos afectos y relaciones que engrandecen la mente y el corazón. Y este hecho no siempre merece el nombre de error, porque muchas mujeres inocentes son víctimas de un corazón sincero y apasionado, y aún más, como puede denominarse de una manera enfática, se *arruinan* antes de que lleguen a conocer la diferencia entre la virtud y el vicio, de tal modo que, educadas a través de la

infamia, se hacen infames. Asilos y Marías Magdalenas no son, desde luego, los remedios idóneos contra los abusos. ¡Es la justicia, no la caridad, lo que clama el mundo!

Una mujer que ha perdido su honor piensa que ya no puede caer más bajo, y que resulta imposible recobrar su estado anterior, y que ningún esfuerzo puede llegar a limpiar la mancha. De este modo, perdiendo el timón y careciendo de cualquier otro medio para sostenerse, la prostitución se convierte en su único refugio y el carácter se deprava rápidamente por las circunstancias sobre las que la pobre desgraciada poco poder tiene, a no ser que posea una porción poco habitual de sentido común y elevación de espíritu. La necesidad nunca hace que la prostitución sea la ocupación de los hombres, y, sin embargo, son innumerables las mujeres que de este modo se hacen sistemáticamente viciosas. La prostitución, sin embargo, alcanza un alto grado debido al estado enfermizo en que se educa a las mujeres, a las que siempre se las enseña a buscar un hombre que las mantenga y a considerar sus cuerpos como el pago apropiado a los esfuerzos de ellos por mantenerlas. Los aires meretricios y toda la ciencia de la vanidad tienen entonces unos estímulos mucho más poderosos que cualquier apetito o frivolidad, dando fuerza a la opinión muy extendida de que todo se pierde con la castidad y que es algo respetable en las mujeres. Su carácter depende de la observancia de una sola virtud, aunque la única pasión que lata en su corazón sea el amor. Y es más, ni siquiera el honor de una mujer se hace para que dependa de sus propios deseos.

Cuando Richardson[4] hace que Clarisa diga a Lovelace que la ha robado su honor, debe tener unas extrañas nociones de lo que es la virtud y el honor. Porque ¡miserable más allá de todos los

---

[4] El doctor Young sostiene la misma opinión, en su obra de teatro, cuando habla del infortunio al que volvió la espalda la luz del día.

nombres es la condición de un ser que puede sufrir la degradación sin su propio consentimiento! He oído vindicar este exceso de rigor como un error saludable. Responderé con las palabras de Leibniz: «Los errores son a menudo útiles, pero generalmente remedian otros errores.»

Muchos de los demonios de la vida afloran de un deseo de goce presente que se excede a sí mismo. La obediencia que se exige de las mujeres en el matrimonio cae bajo esta descripción; la mente, debilitada naturalmente por depender de una autoridad, nunca ejercita sus propios poderes y la esposa obediente se convierte de este modo en una débil e indolente madre. O suponiendo que no siempre sea ésta la consecuencia, raramente se puede tomar en cuenta la posibilidad de un nuevo estado de existencia cuando sólo se cultivan las cualidades negativas. Porque hablando de moralidad, particularmente cuando se alude a las mujeres, los escritores la han considerado muy a menudo desde un punto de vista muy limitado, basándose *únicamente* en la utilidad mundial; es más, todavía se le ha dado a esta estupenda fábrica una base más frágil, ya que se han considerado como el patrón de la virtud los sentimientos descarriados y fluctuantes de los hombres. Sí, la virtud, como la religión, se ha sometido a decisiones de gusto.

Produciría casi una sonrisa de desprecio si las vanas absurdidades de los hombres no nos golpearan por todos los lados, observar con cuánta pasión los hombres degradan el sexo del que pretenden conseguir el máximo placer vital. Frecuentemente he respondido con absoluta convicción utilizando el sarcasmo de Pope sobre ellos; o, para hablar con mayor claridad, se me ha parecido aplicable a todas las razas de la humanidad. Parece que lo que divide a la humanidad es un deseo de placer o de dominio, y el marido que reina en su pequeño harén únicamente piensa en su propio placer y conveniencias. En efecto, a tales extremos condu-

ce un deseo intemperado de placer de algunos hombres prudentes o severos, que se casan para asegurarse una compañera de lecho y que seducen a sus propias mujeres. El himen destierra la modestia y el amor casto emprende el vuelo.

El amor, si lo consideramos un apetito animal, no puede alimentarse en sí mismo sin expirar. Y esta extinción de su propia llama puede ser denominada la muerte violenta del amor. Pero la mujer, que de esta forma se ha hecho licenciosa, se esforzará en cubrir el hueco dejado por la falta de atenciones de su esposo, porque no puede contentarse con ser una criada tras haber sido tratada como una diosa. Si todavía es bella, en lugar de transferir su cariño hacia sus hijos, sueña únicamente en gustar los placeres de la vida. Y además, existen muchos maridos tan carentes de sentido común y de cariño paterno, que durante la primera efervescencia de sus gustos voluptuosos no permiten que sus esposas amamanten a sus hijos. Ellas sólo existen para vestirse y agradarles, y el amor, incluso el amor inocente, pronto se hunde en la lascivia cuando se sacrifica el ejercicio de un deber a su propia indulgencia.

La atracción personal es una base feliz para la amistad; sin embargo, cuando se casan dos jóvenes virtuosos serán felices si ciertas circunstancias ponen a prueba su pasión; si el recuerdo de alguna atracción anterior o de un cariño desilusionado por parte de un lado sólo es, al menos, un equipo fundado en la estimación. En ese caso, ellos mirarán más allá del momento presente e intentarán que toda la vida sea respetable, formándose un plan para regular la amistad que sólo la muerte puede disolver.

La amistad es un cariño muy serio, y es el más sublime porque se funda sobre principios y el tiempo pone sus cimientos. Y lo contrario puede llamarse amor. El amor y la amistad no pueden subsistir en un alto grado en un mismo seno; incluso cuando se inspiran por objetos diferentes que se debilitan entre sí sólo pue-

den sentirse en sucesión por el mismo objeto. Los miedos vanales y los celos de cariño, los vientos que pueden apagar la llama del amor cuando se temperan juiciosa e ingeniosamente son incompatibles con la tierna confianza y el respeto sincero de la amistad.

El amor, como ha trazado la apasionada pluma del genio, no existe en la tierra, sino que reside en aquellas imaginaciones exaltadas que han bosquejado tales visiones peligrosas. Peligrosas porque no pueden abordar una excusa plausible al voluptuoso que disfraza una ligera sensualidad bajo un velo sentimental. La virtud, como la misma palabra impone, debe tener una apariencia de seriedad, si no de austeridad, para esforzar a la mujer a salirse de las apariencias placenteras, porque se ha usado el epíteto como otro nombre de la belleza, exaltándola sobre las arenas movedizas, esto es, el intento más insidioso de hacerla caer con un respeto aparente. La virtud y el placer no están de hecho tan unidos en la vida como algunos escritores brillantes han intentado probar. El placer prepara la corona de guirnaldas marchita y mezcla la copa intoxicante, pero el fruto que da la virtud es la recompensa del trabajo y, viendo cómo avanza gradualmente, sólo proporciona calma y satisfacción; es más, pareciendo ser el resultado de la tendencia natural de las cosas, raramente se observa. El pan, el medio común de vida, raramente es considerado una bendición, y, sin embargo, sostiene nuestra constitución y preserva la salud. Y además, regala placer al corazón del hombre, aunque la enfermedad e incluso la muerte acechen en la copa de los manjares que excitan la vivacidad o divierten al paladar. De la misma manera, la imaginación ardientemente vivaz para aludir a una comparación colorea el cuadro del amor, como colorea cualquier otro cuadro, con esos colores brillantes que una mano osada robará de la mirada que la mente dirige, condenada en un mundo como éste a probar su origen noble pintando con una perfección inalcanzable, siempre persiguiendo aquello que reconoce no ser más que un sueño efímero. Una

imaginación de una casta tan vigorosa puede dar existencia a formas insustanciales y estabilidad a los sueños en sombras que la mente naturalmente construye cuando las realidades se le aparecen insípidas. Puede entonces describir el amor con encantos celestiales y colocarlos sobre el gran objeto ideal –se puede imaginar un grado de afecto mutuo que refinará el alma y no expirará cuando haya servido como «una escalera hacia el cielo»; y, como la devoción, hacer absorber cada afecto más mezquino o deseo.

....

Pero dejando que las mentes superiores se corrijan a sí mismas, y paguen con su experiencia, es necesario observar que no es contra las fuertes y perseverantes pasiones, sino contra los sentimientos románticos y oscilantes, contra lo que deseo resguardar el corazón de la mujer ejercitando su inteligencia, porque estos ensueños paradisíacos son más a menudo el resultado de una enfermedad que de una fantasía vivaz.

Las mujeres tienen rara vez capacidad suficientemente seria para silenciar sus sentimientos; se convierten de una manera natural en simples objetos del sentido, a través de un círculo de pequeñas caricias o vanos intentos que desperdigan poco a poco toda la fuerza de la mente y de los órganos. Resumiendo, todo el tono de la educación de la mujer (la educación de la sociedad) tiende a disponerlas lo más posible como seres románticos e inconstantes, y lo que queda, vano y mezquino. En el estado presente de la sociedad difícilmente puede remediarse el mal de este demonio, me temo, como no sea en un grado muy ligero; debiera existir una ambición más laudable que ganara siempre terreno para que fueran acercándose más y más a la naturaleza y a la razón, y convertirse en seres virtuosos y útiles a la vez que más respetables.

Pero me aventuraré a afirmar que su razón nunca adquirirá fuerza suficiente que las capacite a regular sus conductas, mientras sea el primer deseo de la humanidad el aparentar en el mundo. Se sacrifican a este débil deseo los efectos naturales y las virtudes más útiles. Las chicas se casan para *mejorarse a sí mismas,* por utilizar una frase vulgar pero significante, y para poseer un poder tan perfecto sobre sus corazones que no las permita *enamorarse* hasta que no aparezca un hombre que ofrezca una fortuna superior a la de los restantes. Pretendo extenderme más sobre este asunto en un capítulo posterior; sólo es necesario dar un toque ahora, ya que las mujeres se ven a menudo tan degradadas por sufrir la prudencia egoísta de la edad para abatir el ardor de la juventud.

De esta misma fuente fluye la opinión de que las chicas jóvenes debieran dedicar gran parte de su tiempo a la costura; sin embargo, esta ocupación contrae sus facultades más que cualquier otra que se pudiera haber escogido para ellas, al confiar todos sus pensamientos en sus personas. Los hombres encargan hacer sus trajes y han dado con el asunto; las mujeres cosen sus propios vestidos, necesarios o de adorno, y se pasan el tiempo hablando continuamente de ello, y sus pensamientos siguen los pasos de sus manos. No es ciertamente que el hacer cosas necesarias debilite la mente, sino las frivolidades del vestido. Porque cuando una mujer de la clase más baja hace a su marido y a sus hijos ropas cumple con su deber, porque es una parte de las necesidades de la familia; pero cuando las mujeres trabajan únicamente para vestirse mejor de lo que pueden afrontar es peor que desviar la pérdida de tiempo. Para que los pobres sean virtuosos debieran ser empleados, como las mujeres de un rango medio; si no imitan las costumbres de la nobleza y no adquieren su desenvoltura podrían ser empleados por ellas, mientras ellos mismos se las arreglaban para llevar sus propias familias, cuidar de sus hijos y ejercitar sus mentes. La jardinería, la filosofía

experimental y la literatura les proporcionaría temas en los que pensar y conversar y ejercitaría sus inteligencias en un cierto grado. La conversación de las mujeres francesas, que no están sujetas con tanta rigidez a sus sillas para tejer tapices y anudar lazos, es frecuentemente superficial. Pero sostengo que su vida no es ni la mitad de insípida que la de las mujeres inglesas, que gastan su tiempo haciendo capas, sombreros y toda clase de adornillos, por no citar las compras, los regateos, etc. Y es la mujer decente y prudente la que se degrada más con estos hábitos porque su motivo es simplemente la vanidad. El libertino que incita sus gustos para conseguir su pasión tiene siempre algo más en mente.

Estas observaciones parten todas de una general, que ya he hecho antes, y sobre la que no puede insistirse demasiado a menudo porque, hablando de hombres, mujeres o profesiones, se encontrará que el empleo de los pensamientos refleja el carácter tanto general como individual. Los pensamientos de las mujeres siempre se mueven alrededor de sus personas y, por tanto, ¿sorprende acaso que sus cuerpos sean considerados lo más valioso? Sin embargo, es necesario alguna dosis de libertad para formar la persona, y ésa puede ser la razón por la que algunas esposas gentiles tengan tan pocos atractivos además del del sexo. Y añadiéndolo a esto, las ocupaciones sedentarias convierten a las mujeres en enfermizas, y falsas nociones de las excelencias de las mujeres las hacen orgullosas de su delicadeza, aunque otro impedimento, el de llamar la atención sobre el cuerpo continuamente, distorsione la actividad de sus mentes.

Las mujeres de calidad rara vez hacen ninguna de las partes manuales de su vestido; consecuentemente, se ejercita su gusto y adquieren, pensando menos en las finuras, cuando las tareas de arreglarse se han cumplido ya, esa desenvoltura, que raramente aparece en la conducta de las mujeres que se visten únicamente

por el gusto de vestirse. De hecho, la observación con respecto al rango medio, en donde los talentos se medran más, no se extiende a las mujeres, porque aquellas de una clase superior, al tomar, al menos, un barniz literario y conversando más con los hombres sobre temas generales, adquieren más conocimientos que las mujeres que imitan sus costumbres y sus faltas sin compartir sus ventajas. Respecto a la virtud, para usar la palabra con un sentido comprensible, he visto la mayor parte de ella en las clases bajas. Muchas mujeres pobres mantienen a sus hijos con el sudor de su frente y mantienen unidas a familias que los vicios de los padres habrían disuelto; pero las mujeres gentiles son demasiado indolentes para ser activamente virtuosas y son suavizadas más que refinadas por la civilización. En efecto, el buen sentido que me he encontrado entre las mujeres pobres que carecen de las ventajas de la educación, y que, sin embargo, han actuado con heroicidad me confirma fuertemente la opinión de que las ocupaciones frívolas crean mujeres frívolas. El hombre, al tomar el cuerpo de ella[5], deja que su mente se enmohezca a un lado; de tal modo, que mientras que el amor físico enardece al hombre, como si fuera su recreación favorita, él intentará esclavizarla; y, quién puede decirlo, ¿cuántas generaciones pueden ser necesarias para revigorizar la virtud y los talentos de la posteridad liberada de esclavos abyectos?[6]

Al trazar las causas que, en mi opinión, han degradado a la mujer, he limitado mis observaciones a aquellas que actúan universalmente sobre las morales y las maneras de todo el sexo, y se me aparece como algo claro que todas ellas claman por un deseo

[5] «Tomo su cuerpo», dice Ranger.

[6] Safo, Eloísa, la señora Macaulay, la emperatriz de Rusia, la señora d'Eon, etcétera. Estas, y muchas más, pueden ser contadas como excepciones; ¿y no son todos los héroes o heroínas excepciones a las reglas generales? Deseo ver a mujeres que no sean ni heroínas ni brutas, sino criaturas razonables.

de inteligencia. Si esto aflora de una debilidad física o accidental, el tiempo lo dirá. Porque no pretendo poner ningún acento sobre los ejemplos de unas pocas mujeres[7] que, habiendo recibido una educación masculina, han adquirido coraje y resolución. Yo sólo afirmo que los hombres que se han encontrado en situaciones similares han adquirido un carácter similar –hablo de los cuerpos varoniles– y aquel carácter de hombres de genio y talento que ha iniciado una clase en la que las mujeres nunca se han situado.

[7] «Suponiendo que las mujeres son voluntariamente esclavas, la esclavitud de cualquier tipo es siempre desfavorable para la felicidad humana y el progreso.» *(Ensayos,* de Knox.)

CAPÍTULO V

Críticas de ciertos autores que han considerado a la mujer un objeto de piedad, casi de menosprecio

Quedan ahora por examinar las opiniones que sobre el carácter de la mujer y de su educación se han expuesto en algunas publicaciones modernas y que dan el tono de la mayoría de las observaciones realizadas precipitadamente sobre el sexo.

PARTE I

Empezaré con Rousseau y, basándome en sus propias palabras, presentaré un boceto de su opinión sobre el carácter de la mujer, intercalando comentarios y reflexiones. Cierto es que mis comentarios brotarán de unos pocos y sencillos principios, que pueden deducirse de cuanto ya he dicho, pero la estructura artificial de Rousseau ha sido construida con tanto ingenio que se me hace necesario atacarla de una manera más minuciosa, y realizar yo misma su estudio.

Sofía, dice Rousseau, debiera ser a la mujer lo que en perfección es Emilio al hombre, y, para llegar a ello, es necesario examinar el carácter que la naturaleza ha dado a su sexo.

Procede entonces a demostrar que la mujer debe ser débil y pasiva, porque posee una fuerza corporal menor que el hombre; y de ahí deduce que ha sido creada para proporcionarle placer y so-

meterse a él, y que su deber es ofrecerse a su dueño como un ser grato, siendo éste el gran fin de su existencia [1]. No obstante, para cubrir con un ridículo manto de dignidad a la lujuria insiste en que el hombre no ha de servirse de su fuerza cuando busca el placer, sino que debe someterse a los deseos de ella.

«De aquí deducimos una tercera consecuencia de la distinta constitución de los sexos y es que el más fuerte debiera, en apariencia, ser el dueño y depender, de hecho, del más débil; y esto es así, no por una utilización frívola de la galantería, la vanidad y el espíritu de protección, sino por una ley inmutable de la naturaleza, la cual, favoreciendo a la mujer con una mayor facilidad para excitar deseos que al hombre para satisfacerlos, convierte a este último en un ser dependiente de la primera en lo que respecta al placer, y le incita a esforzarse en proporcionárselo en contrapartida, para obtener su consentimiento de que él es el más fuerte [2]. En estas ocasiones, la circunstancia más deliciosa que el hombre encuentra en su victoria es dudar si fue la debilidad de la mujer que se rindió a su fuerza superior o, simplemente, si ella se inclinó a su favor. Las mujeres son, por lo general, lo suficientemente hábiles para dejar esta cuestión en duda. La inteligencia femenina responde, a este respecto, perfectamente a su constitución. Lejos de sentirse avergonzadas de su debilidad, se enorgullecen de ella; sus músculos tiernos no ofrecen resistencia: aparentan ser incapaces de cargar con los más pequeños bultos y se sonrojarían si se las considerase robustas y fuertes. ¿A qué se debe todo esto? No sólo a la intención de parecer delicadas, sino por hábil precaución. De este modo, se procuran una excusa de antemano y un derecho a ser débiles cuando lo consideran oportuno.»

---

[1] Pasaje ya citado en la página 64. Rousseau, *Emilio*, libro V.

[2] ¡Qué estupidez!

He anotado este pasaje para que mis lectores no sospechen que he falseado el razonamiento del autor en beneficio de mis propios argumentos. Ya he afirmado que educar a las mujeres bajo estos principios fundamentales conduce a un comportamiento artificioso y lascivo.

La conclusión es justa si se supone que la mujer ha sido creada únicamente para dar placer y someterse al hombre. Y si se demostrase que ése era su triste destino debería entonces sacrificar cualquier otra consideración para rendirse al hombre con agrado y permitir que este deseo brutal de supervivencia se convirtiera en el resorte principal de todas sus acciones, para lo cual tendría que ajustar su carácter, ampliándolo o empequeñeciéndolo, sin tener en cuenta ninguna distinción física o moral. Pero si se demuestra, como pienso, que incluso los propósitos de esta vida, observándola en su totalidad, fueran la subversión de toda una serie de reglas prácticas elaboradas a partir de esta base innoble, entonces, permítaseme dudar que la mujer fue realmente creada para el hombre. Y aunque se alcen sobre mí acusaciones de irreligiosa y atea, declararé simplemente que si viniera un ángel de los cielos para decirme que la bella y poética cosmogonía de Moisés y los relatos de la caída del hombre eran literalmente ciertos, no podría creer lo que la razón me había dicho que es injusto que provenga del Ser Supremo. Y sin temor a enfrentarme con el Diablo, me atrevo a llamar a todo esto una alucinación de la razón, en lugar de dejar reposar la debilidad de mi desgraciado sexo sobre los hombros del primer seductor.

«Una vez demostrado», continúa, «que el hombre y la mujer no son ni deben constituirse con igual temperamento y carácter, se sigue que no deben ser educados del mismo modo. Deben, en efecto, actuar conjuntamente siguiendo las directrices de la naturaleza, pero no deben, sin embargo, comprometerse con las mis-

mas tareas; la meta final de sus empeños deberá ser la misma, pero los medios de que se sirvan para llegar a ella y, en consecuencia, sus gustos e inclinaciones han de ser distintos.»

....

«Cuando considero el destino peculiar de cada sexo y observo sus inclinaciones o señalo sus deberes, todas las cosas concurren del mismo modo a delimitar un método específico de educación que se adapte lo mejor posible a cada uno de ellos. El hombre y la mujer fueron creados el uno para el otros, pero su dependencia mutua no es la misma. El hombre depende de la mujer en relación a sus deseos; la mujer del hombre tanto en relación a sus deseos como a sus necesidades. Nosotros podríamos subsistir mejor sin ellas que ellas sin nosotros.»

....

«Por este motivo, la educación de las mujeres debiera ser siempre relativa a los hombres. Complacernos, sernos útiles, hacer que las amemos y estimemos, que nos eduquen cuando somos jóvenes y nos cuiden cuando seamos viejos, nos aconsejen, nos consuelen, para que así nuestras vidas sean fáciles y agradables; éstos son los deberes de las mujeres de todos los tiempos y para lo que debieran ser enseñadas durante la infancia. Tan pronto como dejemos de recurrir a tales principios, nos alejaremos ampliamente de las normas, y todos los preceptos que se les ofrezcan no contribuirán ni a su felicidad ni a la nuestra.»

....

«Las niñas se aficionan a los vestidos desde su más tierna infancia. No contentas con ser bonitas, están deseosas de ser consideradas como tales, y vemos, por todos sus ademanes, que este pensamiento les obsesiona. Difícilmente son capaces de entender lo que se les dice mientras no tengan la seguridad de saber lo que la gente con la que están hablando piensa de ellas. Esto mismo, experimentándolo indiscretamente con los muchachos, no obtiene los mismos resultados. Poco les importa lo que la gente piense de ellos si están seguros de que pueden proseguir con sus diversiones o juegos. Tiempo y disgustos cuesta adoctrinar a los muchachos en este principio.»

....

«Derive de donde derive esta primera lección sobre las muchachas, es sin duda muy buena. Como de alguna manera el cuerpo nace antes que el alma, nuestra primera ocupación debe ser cultivar el primero. Este orden es común a los dos sexos, pero el objeto de cultivo es distinto; en un sexo es el desarrollo de sus poderes corporales; en el otro, el de sus encantos personales. La calidad de la fuerza o de la belleza no deben confinarse exclusivamente a un solo sexo, pero debe observarse un orden de preferencias. Las mujeres, en efecto, requerirán la fuerza suficiente que las permita moverse y actuar graciosamente, y los hombres necesitarán una cierta destreza que les cualifique para actuar con agilidad.»

....

«Los niños de ambos sexos poseen una gran cantidad de diversiones en común. Y deben tenerlas. ¿No tienen acaso muchas en común cuando son mayores? A este respecto, cada sexo tiene

también un gusto particular. Los muchachos adoran los deportes, el ruido y la actividad: tocar el tambor, jugar a las peonzas, arrastrar sus carritos por todas partes. Las niñas, por el contrario, sienten afición por los utensilios de gracia y ornamento, tales como los espejos, las chucherías y las muñecas. Las muñecas son la diversión principal de las niñas y de ahí vemos que su gusto se encuentra totalmente adaptado a su destino. La parte física del arte de agradar está vinculada al vestido. Y esto es todo cuanto los niños están capacitados para cultivar de ese arte.»

....

«Vemos aquí, por tanto, una propensión primaria firmemente asentada que sólo necesitamos seguir y estimular. La pequeña deseará saber indudablemente cómo vestir a su muñeca, hacerle los lazos de las mangas, los volantes, los sombreros, etc. Para ello necesitará recurrir siempre a los mayores y será mucho más agradable para ella saber cómo hacérselo por sí misma. Y aquí tenemos un buen motivo para las primeras lecciones que se enseñan generalmente a las niñas y con las que no apareceremos como imponiéndoles una tarea, sino favoreciéndosela al instruirlas en algo que les es útil de una manera inmediata. Y de hecho, casi todas aprenden con desgana a leer y escribir, pero se manejan muy pronto con las agujas. Se imaginan a sí mismas ya adultas y piensan con placer que ello las habilitará para adornarse personalmente.»

Ciertamente, esto no es más que la educación del cuerpo. Pero Rousseau no es el único hombre que indirectamente ha dicho que la mera *persona física* de una mujer joven, sin intelecto, a no ser que la vivacidad se incluya bajo esa descripción, es muy agradable. En aras de la debilidad y de lo que algunos llaman belleza, se desprecia la inteligencia, y se obliga a las muchachas a sentarse silen-

ciosas, jugar con muñecas y escuchar conversaciones estúpidas. Se insiste en el efecto del hábito como si fuera una indicación indudable de la naturaleza. Sé que la opinión de Rousseau era que los primeros años de la juventud debían emplearse en la educación del cuerpo, aunque a la hora de educar a Emilio se desvía de su plan. Con todo, la distancia que hay entre fortalecer el cuerpo, de lo que en gran medida depende la fuerza del intelecto, y proporcionarle sólo movimientos gráciles es enorme.

Conviene indicar que las observaciones de Rousseau fueron expuestas en un país en el que el arte del placer era refinado sólo para extraer la grosería del vicio. O bien él no se reencontró a sí mismo, o bien su apetito imperioso distorsionó las funciones de la razón; porque si hubiera sido de otro modo, no podría haber llegado a unas conclusiones tan crudas.

Los niños y niñas en Francia (especialmente las últimas) son educados para agradar, para saber cómo moverse y cómo regular su comportamiento externo; y ya a muy temprana edad, sus mentes están corrompidas por las advertencias mundanas y devotas de que se guarden de la inmodestia. Hablo de tiempos pasados. La multitud de confesiones que los chiquillos tenían que hacer y las preguntas que les hacían los sacerdotes –y hablo de hechos bien comprobados– fueron suficientes para imprimir un carácter sexual. Y la educación de la sociedad era la escuela de la coquetería y del artificio. A la edad de diez u once años, ¡qué va!, a menudo mucho antes, las niñas empezaban a coquetear, y hablaban, sin que se las reprobara, de establecerse en el mundo con un buen marido.

Resumiendo, eran tratadas como mujeres casi desde que nacían y no escuchaban más que cumplidos en lugar de recibir instrucción. En este debilitamiento de la mente se suponía que la naturaleza había actuado como una madrastra, cuando configuró esta segunda idea de creación, la de la mujer.

No estándoles permitido comprender era, sin embargo, necesario someterlas a algún tipo de autoridad independiente de la razón. Y para prepararlas a esta dependencia, Rousseau ofrece los siguientes consejos:

«Las niñas deben ser activas y diligentes, pero eso no es todo; desde muy temprano han de ser propensas a saber contenerse. Esta desventura, en caso de que lo sea realmente, es inseparable de su sexo, y nunca se han librado de ella sino para soportar infortunios mayores. Deben someterse al decoro durante toda su vida, que es el freno más severo y más constante. Es necesario, por tanto, acostumbrarlas desde pequeñas a esta limitación, no sea que después les cueste demasiado caro. En lo que respecta a la supresión de caprichos, deben estar dispuestas a aceptar el deseo de los demás. Si, por ejemplo, les gusta estar siempre trabajando, hay que impulsarlas a que lo dejen de vez en cuando. Demasiada indulgencia las corrompe y pervierte con la disipación, la vanidad y la inconstancia, que son los vicios a los que son más propensas. Para prevenir estos abusos debemos enseñarlas, ante todo, a saber mantenerse en los límites debidos. La vida de una mujer modesta se reduce, debido a todas nuestras instituciones absurdas, a un perpetuo conflicto consigo misma. Pero esto es justamente porque de alguna manera deben participar en los sufrimientos que su sexo demoniaco nos ha causado.»

¿Y por qué la vida de una mujer modesta es un perpetuo conflicto? Contestaría que porque este sistema concreto de educación lo hace así. La modestia, la temperancia y la abnegación son los vástagos más sensatos de la razón. Pero cuando se alienta a la sensualidad a expensas de la inteligencia, y se reprime a estos seres débiles con medios arbitrarios sometiéndolos continuamente a conflictos, deberíamos entonces abrir las puertas a unos horizontes más amplios para la actividad mental y entonces sus ins-

tintos y sentimientos se gobernarían por pasiones y propósitos más nobles.

«El apego y la estimación comunes de una madre, y ni siquiera eso, el simple hábito, la convertirán en un ser querido por sus hijos, siempre que ella no haga nada en contra de ellos. Incluso la obediencia que ella les imponga, si va bien dirigida, aumentará su cariño en lugar de aminorarlo. Y esto es así porque ellas mismas perciben la dependencia natural de su sexo, y se sienten nacidas para la obediencia.»

Esto ya vuelve a plantear la cuestión. No sólo deshonra al individuo su servilismo, sino que hasta parece que sus efectos son transmitidos a la posteridad. Pero, considerando la gran cantidad de tiempo que las mujeres han sido sometidas. ¿No sorprende que algunas de ellas anhelen las cadenas y sean zalameras como perros de aguas? «Estos perros», observa un naturalista, «conservan en un principio sus orejas erguidas; pero la costumbre ha reemplazado a la naturaleza, y un gesto de temor ha llegado a ser símbolo de belleza.»

«Por la misma razón», añade Rousseau, «las mujeres tienen, o deben tener, muy poca libertad. Son capaces de darse gusto en exceso con lo que les está permitido. Son aficionadas a los extremismos, y se entusiasman más por sus juegos que los muchachos.»

La respuesta es muy simple. Los esclavos y el pueblo se han dejado llevar siempre por los mismos excesos cuando conseguían aflojar el lazo de la autoridad. La curvatura de un arco se retira con violencia cuando la mano que lo sostenía firmemente se relaja de pronto. Y la sensualidad, que es el juguete de los momentos superficiales, debe someterse a la autoridad y moderarse a través de la razón.

«De esta contención habitual resulta», continúa, «la docilidad que las mujeres adoptan durante toda su vida, ya que permanecen constantemente sometidas a los hombres o a las ideas de la huma-

nidad. La primera cualidad y la más importante de una mujer es la benignidad o la suavidad de temperamento: habiendo sido creadas para obedecer a un ser tan imperfecto como es el hombre, a menudo lleno de vicios y siempre de defectos, deben aprender con tiempo a sufrir las injusticias y aguantar los insultos de su marido sin rechistar. Esta disposición mansa no es por el bien del marido, sino por el suyo propio. La malignidad de las mujeres sólo les sirve para agravar sus infortunios y mantener la mala conducta de sus maridos. Pueden percibir claramente que por esos medios no ganarán la superioridad.»

Creadas para vivir con un ser tan imperfecto como es el hombre deben aprender, utilizando sus facultades, la necesidad de la paciencia: pero todos los sagrados derechos de la humanidad se violan al insistir en la obediencia ciega, a no ser que los derechos más sagrados de la humanidad sólo pertenezcan al hombre.

Aquel que pacientemente soporte la injusticia y aguante los insultos en silencio se convertirá muy pronto en un ser injusto, incapaz de discernir entre lo correcto y lo erróneo. Además, niego este hecho; no es éste el camino para formar o mejorar el temperamento. Los hombres, como sexo, poseen mejor temperamento que las mujeres porque se ocupan de tareas que interesan tanto a la cabeza como al corazón. Y la estabilidad de la cabeza proporciona una temperatura saludable al corazón. La gente sensual raramente posee un buen temperamento. La formación del temperamento es el trabajo frío de la razón cuando, en el transcurso de la vida, lo va mezclando con artificios alegres y elementos vibrantes. Nunca he conocido una persona débil o ignorante que tuviera buen temperamento, a pesar de que la docilidad y el buen humor que el miedo imprime al comportamiento obtengan ese nombre. Digo comportamiento porque la mansedumbre genuina nunca alcanzó al corazón ni a la mente, a menos que sea como efecto de la

reflexión; y este simple sometimiento produce numerosos caracteres corrompidos en la vida doméstica: lo admitirán muchos hombres sensatos que han encontrado en estas criaturas irritables unas compañeras muy problemáticas.

«Cada sexo», argumenta más adelante, «debiera preservar su tono y maneras peculiares; un marido manso puede convertir a su mujer en un ser impertinente. Pero la disposición mansa de la mujer siempre hará retornar la razón al hombre, a menos que éste sea un animal salvaje, y pronto o tarde triunfará sobre él.»

Quizá puede tener a veces este mismo efecto la templanza de la razón. Pero el miedo miserable siempre inspira desprecio. Y las lágrimas sólo tienen sentido cuando resbalan sobre unas mejillas justas.

¿De qué materiales puede nutrirse un corazón que sea capaz de enternecerse cuando se ve insultado y en lugar de rebelarse contra la injusticia besa el látigo? Es injusto deducir que sus virtudes se basan en el egoísmo y en la estrechez de miras, porque ¿quién es capaz de acariciar a un hombre, con verdadera suavidad femenina, en el mismo instante en que él la trata tiránicamente? La naturaleza jamás dictó tal falta de sinceridad. Y aunque pudiera considerarse virtuoso algún acto de dependencia como éste, la moralidad se difumina cuando alguna de las partes descansa sobre la falsedad. Pero esto son meros recursos, y los recursos sólo son válidos en el momento.

Que el marido se guarde de confiar demasiado implícitamente en esta obediencia servil porque, si su mujer puede acariciarle con encantadora dulzura cuando está enfadada, o cuando debiera estarlo (a no ser que el desprecio haya ahogado su efervescencia natural) puede hacer perfectamente lo mismo después con su amante. Todo esto no es más que la antesala del adulterio; o ¿podría todo el miedo del mundo, o el temor al infierno, reprimir su deseo de

complacer a otros hombres cuando ya no puede complacer a su marido? ¿Qué sustituto puede encontrarse para un ser que sólo ha sido creado por la naturaleza y la artificiosidad para complacer al hombre? ¿Qué recompensa puede ofrecérsele? ¿Por dónde puede buscar un empleo saludable? ¿Dónde puede encontrar la capacidad de decisión suficiente para comenzar a investigar, cuando sus hábitos se hallan anquilosados y la vanidad ha dominado su mente durante largo tiempo?

Pero este moralista parcial recomienda sistemática y plausiblemente todas las astucias.

«Las hijas deben ser siempre sumisas; pero sus madres no han de ser inexorables. Para hacer a una persona tratable no se la debe hacer infeliz; para hacerla modesta, no ha de convertírsela en estúpida. Al contrario, no me disgutaría que se la permitiera valerse de alguna artimaña para librarse de la necesidad de obedecer, aunque no así para eludir el castigo. No es necesario hacerle su dependencia molesta, basta con hacérsela sentir. La sutileza es un talento natural de su sexo. Y como estoy convecido que todas sus inclinaciones naturales son justas y buenas en sí mismas, soy de la opinión de que debiera ser cultivada tanto como las otras. Es un requisito para prevenir su abuso.»

«Sea lo que sea, es justo», deduce a continuación triunfalmente. Concedido. Es probable que nunca un aforismo haya contenido una afirmación más paradójica que ésta. Respecto a Dios, es una solemne verdad. Él –hablo reverentemente– observa toda la realidad de una sola vez y contempla sus proporciones justas en las entrañas de los tiempos. Pero el hombre, que sólo puede examinar partes inconexas, encuentra muchas cosas equivocadas. Y es parte del sistema y, por tanto, justo que se esfuerce en modificar lo que se le aparece como erróneo, aunque al mismo tiempo se incline ante la sabiduría de su Creador y, respetando la oscuridad, pretenda alejarla de sí.

La conclusión que sigue es correcta, suponiendo que llegara a pronunciarse este principio. «La superioridad de sus ardides, típicos del sexo femenino, es una compensación justa a su inferioridad física. Sin ella, la mujer no podría ser la compañera del hombre, sino su esclava; y gracias a este arte superior y a su ingenio preserva su igualdad y le regula a la vez que ama obedecerle. La mujer tiene todo en contra suya, tanto nuestras propias faltas como su timidez y su debilidad; no tiene nada a su favor más que la sutileza y la belleza. ¿No es razonable, por tanto, que cultive ambas?» La grandeza de espíritu no puede nunca anidar en los disimulos y las artimañas. No tengo intención de retroceder sobre palabras cuyo significado directo es la mentira y la falsedad y me contentaré con observar que si cualquier tipo de sociedad se construye de tal modo que se haga necesaria una educación basada en reglas no estrictamente deducibles de la verdad, la virtud es entonces cuestión de costumbre. ¿Cómo pudo Rousseau atreverse a afirmar, tras haber dado este consejo, que el objetivo de ambos sexos sería el mismo al final de la existencia, cuando sabía perfectamente que la mente, formada según sus propósitos, se expande por inmensos panoramas, alejándose de los pequeños porque si no, ella misma se resumiría en muy poco?

Los hombres poseen mayor fuerza corporal que las mujeres; pero si no fuera por unos conceptos equivocados de la belleza, las mujeres adquirirían fuerza suficiente que las capacitase para ganar su propia subsistencia, que es la verdadera definición de independencia, y podrían soportar todas las inconveniencias y esfuerzos corporales que son requisito previo para fortalecer la mente. Que se nos permita, por tanto, llegar a la perfección del cuerpo practicando los mismos ejercicios que los muchachos, no sólo durante la infancia, sino también durante la juventud, y entonces podremos conocer realmente hasta dónde llega la superioridad natural del hom-

bre. Porque ¿qué razón o virtud puede esperarse de una criatura cuando se descuida el tiempo de siembra de la vida? Ninguna. No en vano los vientos celestiales esparcieron sobre los barbechos multitud de fértiles semillas.

«La belleza puede adquirirse gracias al vestido, y la coquetería no es un arte que se alcance pronto ni con celeridad. Sin embargo, mientras las niñas son todavía jóvenes, están capacitadas para estudiar maneras agradables, una bella modulación de la voz, un talante y un comportamiento complaciente, y a la vez, pueden aprovechar las ventajas de saber adaptar con gracia sus miradas y actitudes a la ocasión, el lugar y el momento. Sus estudios, por tanto, no debieran reducirse únicamente a las agujas y la costura, ya que pueden desarrollar otros talentos cuya utilidad es manifiesta.»

«Por mi parte, educaría a una joven inglesa en el cultivo de sus agradables talentos, para complacer a su futuro marido, con tanto cuidado y asiduidad como un joven Circasio cultiva a sus jóvenes para que ingresen en el harén de un rajá del Oriente.»

Para rebajar a las mujeres a algo absolutamente insignificante, añade: «La lengua de la mujer es mucho más voluble. Habla más, con mayor disposición y gracia que el hombre; se la acusa de hablar mucho más, pero si es así, estaría en verdad muy dispuesto a convertir este reproche en un cumplido. Sus labios y sus ojos experimentan la misma vivacidad y esto es así por la misma razón. Un hombre habla de lo que conoce, una mujer de lo que le gusta. El uno requiere conocimientos, la otra gusto; el objeto principal de conversación de un hombre debiera versar sobre lo que es útil, el de una mujer sobre lo que es agradable. Sus discursos, distintos, no deben tener nada en común más que la verdad.»

«No debemos, por tanto, reprimir las charlas de las muchachas, aunque sí debemos hacerlo con las de los muchachos, preguntándoles severamente *¿qué pretendes con tus conversaciones?*,

y con esta otra que no es menos difícil de responder *¿cómo serán recibidas tus palabras?* Durante la infancia, como todavía no son capaces de discernir lo bueno de lo malo, deberían observar como regla no decir nunca nada que pudiera resultar desagradable a quienes se dirigen. Lo que se deduce de esta regla, que es la más difícil, es que siempre deben subordinarse a lo anterior, esto es, no hablar nunca con falsedad ni decir una mentira.» Desde luego se requiere una gran habilidad para dominar de este modo la lengua, y lo cierto es que tanto hombres como mujeres la utilizan en demasía. ¡Qué pocos hablan lejos de la exuberancia del corazón! Son tan pocos que yo, que amo la sencillez, renunciaría de corazón a la buena educación por una cuarta parte de la virtud que se ha sacrificado en aras a una cualidad equívoca, que a lo mejor sólo era el barniz de la virtud.»

Pero, completemos el boceto. «Es fácil concebir que, si no tienen capacidad para formarse ninguna noción verdadera de la religión, estas ideas deben estar muy encima de las concepciones de las muchachas. Y por esta misma razón, comenzaría a hablarles antes de este asunto, porque si tuviéramos que esperar a que adquirieran capacidad para discutir metódicamente tales profundos asuntos, correríamos el riesgo de no hablarles en su vida de esta materia. La razón en las mujeres es una razón práctica, que las capacita para descubrir hábilmente los medios para alcanzar un fin concreto, pero nunca las hará capaces de descubrirlo en sí mismo. Las relaciones sociales entre los sexos son sin duda verdaderamente admirables: de su unión resulta una persona moral, a la que la mujer habrá aportado sus ojos y el hombre sus manos, con recíproca independencia los unos de las otras; esto es, que la mujer conoce lo que ve gracias al hombre y él lo que debe hacer gracias a la mujer. Si la mujer recurriera a los primeros principios como hace el hombre, y el hombre estuviera capacitado para formar parte de sus *mi-*

nutiae como la mujer, vivirían en discordia perpetua porque una cosa es independiente de la otra, y su unión no podría subsistir. Pero en la armonía presente que habrá de manera natural entre ellos, sus diferentes facultades tienden hacia un mismo fin: es difícil decir cuál de los dos impulsa más a éste: cada uno sigue el impulso del otro; cada uno es obediente, y los dos son maestros.»

«Como la conducta de la mujer está subordinada a la opinión pública, su fe en asuntos de religión debiera someterse a la autoridad. *Cada niña tendrá que tener la misma religión que su madre, y cada esposa la misma que su marido porque, aunque tal religión fuera falsa, esta docilidad que induce a la madre y a la hija a someterse al orden de la naturaleza aleja, a la vista de Dios, la criminalidad de su error* [3]. Como no tienen capacidad de juzgar por sí mismas, deben aceptar la decisión de sus padres y maridos con tanta confianza como las de la Iglesia.»

«Como la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no es tan necesario explicarles las razones de su creencia como establecer los dogmas que tienen que creer: porque el credo que sólo presenta ideas oscuras a la mente es fuente de fanatismo; y aquello que presenta necedades conduce a la infidelidad.»

Parece que la autoridad absoluta e incontrovertida subsiste por todas partes: ¿No es esto una apropiación directa y exclusiva de la razón? Los derechos de la humanidad se han confiado, de este modo, a los varones desde Adán hasta nuestros días.

Rousseau llevará todavía más lejos su aristocracia del hombre,

---

[3] ¿Cuál sería la consecuencia de esto si casualmente la opinión de la madre y la del marido no concordasen? A una persona ignorante no se la puede razonar su error, y cuando se la persuade para que abandone un prejuicio por otro, su mente se perturba. Puede darse el caso, también, de que el marido no tenga ninguna religión que enseñarle, en cuyo caso ella se encontrará con la gran necesidad de un sostén para su virtud, independientemente de consideraciones mundanas.

ya que insinúa que reprobaría a aquellos que porfían en dejar a la mujer en el estado de la más profunda ignorancia, si no fuera necesario, en orden a preservar su castidad y justificar la elección del hombre a los ojos del mundo, inculcarla ciertos conocimientos sobre los hombres y las costumbres que producen las pasiones humanas. Además, podría propagar su inteligencia en casa, sin que se la considerase menos voluptuosa e inocente, excepto, claro, durante su primer año de matrimonio, que debiera emplearlo en vestirse como Sofía. «Su vestido es extremadamente modesto en apariencia, pero de hecho lleno de coquetería: no hace exhibición de sus encantos, sino que los disimula. Pero al ocultarlos sabe cómo impresionar vuestra imaginación. Cualquiera que la vea dirá he aquí una mujer modesta y discreta. Pero mientras estéis cerca de ella, vuestros ojos y vuestras inclinaciones divagarán sobre toda su figura y no podréis apartaros; y concluiréis que cada prenda de su vestido, tan simple como parece, sólo fue colocada de aquel modo para que, con vuestra fantasía, lo desbarataseis en piezas.» ¿Es esto modestia? ¿No es acaso antesala de la inmoralidad? De nuevo, ¿qué opinión vamos a formarnos de un sistema de educación en el que el autor dice de su heroína «para ella, hacer las cosas bien no es más que un asunto secundario; lo principal es hacerlas con claridad»?

Secundarias son, de hecho, todas sus virtudes y cualidades porque, en lo relativo a la religión, hace que sus padres la acostumbren de este modo a la sumisión. «Tu marido te instruirá en el momento oportuno.»

Después de encadenar la mente de la mujer, y para que este hecho parezca justo, no la abandona en una laguna absoluta de conocimientos, sino que la aconseja meditar sobre lo que un hombre reflexivo no puede sincerarse en su compañía, cuando está cansado de acariciarla. ¿Qué puede meditar sobre la persona a la que debe obedecer? ¿Y no sería un refinamiento cruel abrir su mente

sólo para hacerle visible la oscuridad y la miseria de su destino? Pero aun estas consideraciones son sensatas. El lector puede opinar sobre la consistencia de lo que acabo de decir para tener una visión justa del problema.

«Ellas, que pasan todas sus vidas amasando el pan de cada día, no tienen ideas más allá de sus ocupaciones o sus intereses. Esta ignorancia no es perjudicial ni para su integridad ni para su moral; a menudo les es útil. A veces, gracias a la reflexión, nos vemos inducidos a capitular de nuestro deber y terminamos por legar una jerga de palabras al cuarto de los trastos. Nuestra propia conciencia es el filósofo más inspirado. No hay necesidad de familiarizarse con las oficinas de Tully para hacerse un hombre de bien. Y quizá la mujer más virtuosa del mundo es la que menos familiarizada está con la definición de virtud. Pero no es menos cierto, sin embargo, que una inteligencia cultivada sólo puede rendir a la sociedad afabilidad. Y es una realidad que un padre de familia, al que le gusta su hogar, se vea obligado a encerrarse en sí mismo y no tener a nadie alrededor con quien compartir sus sentimientos.

Por lo demás, ¿de qué modo podría educar a sus hijos una mujer incapaz de reflexionar? ¿Cómo podría inclinarles hacia aquellas virtudes con las que no está familiarizada y aquellos méritos que desconoce? Ella sólo puede calmarles o regañarles; hacerlos insolentes o tímidos. Los convertirá en mequetrefes formales o en zopencos ignorantes, pero nunca podrá hacerlos afables. ¿Cómo podría, en efecto, si su marido no está siempre a su lado para darle sus razones? Cuando están juntos crean un ser moral. Un deseo ciego, «ojos sin manos», recorrerá un camino muy corto. Y tal vez debiera emplear su razón abstracta, que debiera reunir los elementos dispersos de su razón, en elegir el vino apropiado, o discurrir qué salsas son las más convenientes para acompañar un guiso de tortuga. O, en un intento más profundo sobre una mesa de jue-

go, podría apostar su fortuna esparciendo sus ideas, y dejando todas las *minutiae* de su educación a su compañero, o arriesgarse.

Pero suponiendo que una mujer ha de ser bella, inocente y tonta para ofrecerse a un compañero más atractivo e indulgente. ¿Para qué se sacrifica su inteligencia? ¿Y para qué es necesaria toda esa preparación, de acuerdo con el relato del propio Rousseau, de convertirla en amante de su marido durante un tiempo tan breve? Porque ningún hombre ha insistido más en la naturaleza pasajera del amor. Así dice el filósofo: «Los placeres sexuales son pasajeros. El estado habitual de los efectos siempre se diluye con su gratificación. La imaginación, que adorna el objeto de nuestros deseos, se difumina en el goce. Exceptuando al Ser Supremo, nada es más bello que aquello que es ideal.»

Pero vuelve de nuevo a sus ininteligibles paradojas cuando arenga a Sofía: «Emilio, al convertirse en tu marido se transforma en tu maestro y reclama tu obediencia. Tal es la orden de la naturaleza. Sin embargo, cuando un hombre se casa con una mujer como Sofía, ella debe dirigirle. Esto concuerda también con la orden de la naturaleza. Se trata, por tanto, de ofrecer su autoridad sobre tu sexo como tú se la ofreces sobre su corazón. Te puede costar, quizá, algún sacrificio desagradable, pero tendrás la certeza de mantener tu imperio sobre él si eres capaz de preservarlo sobre ti misma. Me consta que lo que acabo de decir, este difícil intento, no sobrepasa tu coraje.»

«Si tienes a tu marido constantemente a tus pies, mantenlo a cierta distancia de tu persona. Y si sabes cómo hacer tus favores raros y valiosos, mantendrás durante largo tiempo tu autoridad en el amor. Y así, puedes emplear las artes de la coquetería al servicio de la virtud y las del amor al servicio del amor.»

Terminaré mis estractos con una descripción justa de la pareja adecuada. «Y de este modo, no debes imaginarte que estas ges-

tiones bastan siempre. Cualesquiera que sean las precauciones tomadas, el placer rebajará gradualmente los límites de la pasión. Pero cuando el amor ha perdurado todo lo posible se reemplaza por un hábito placentero, y a los viajes de la pasión sucede el enlace de una confianza mutua. Los niños a menudo forman un lazo permanente entre las personas casadas, más incluso que el amor en sí. Cuando dejes de ser la amante de Emilio, continuarás siendo su mujer y su amiga, serás la madre de sus hijos.»[4]

Observa certeramente que los hijos forman una unión más permanente entre la gente casada. La belleza, afirma, no será valorada, ni siquiera advertida, hasta que la pareja no haya vivido seis meses junta. La gracia artificial y la coquetería se desvanecerán también frente a los sentimientos. ¿Por qué, dice entonces, una niña ha de ser educada para un marido con el mismo celo que si fuera para un harén oriental?

Apelaré ahora al buen sentido de la humanidad para saber si el objeto de la educación que prepara a las mujeres para que sean esposas virtuosas y madres sensatas, a partir del embelesamiento de la razón y la inmoralidad refinada –el método plausiblemente recomendado en el boceto anterior–, es el que mejor se ha estudiado para alcanzar aquellos fines. ¿Se admitirá que el camino más seguro para hacer a una esposa virtuosa es enseñarle el ejercicio de las mañas descocadas de una amante, a las que se denomina coquetería virtuosa en boca de este sensualista que ya no puede paladear los encantos de la sinceridad sin artificios, o saborear el placer que resulta de la dulce intimidad, cuando la confianza no se confronta con la sospecha y se hace interesante gracias a la razón?

El hombre que se contenta viviendo con una mujer bella y servicial, sin opiniones, pierde el gusto de los placeres más refinados

---

[4] Rousseau, *Emilio*.

en medio de gratificaciones voluptuosas; nunca puede sentir la plácida satisfacción de ser amado por aquella que le comprende, que refresca su corazón abrasado como un rocío silencioso y celestial. En el mundo de la mujer el hombre está solo, a menos que disminuya en brutalidad. «El encanto de la vida», dice un serio y filosófico razonador, «es la simpatía; nada nos agrada más que observar en otros hombres un sentimiento de compañerismo con todas las emociones que crecen en nuestro propio pecho.»

A tenor del razonamiento por el que se les oculta a las mujeres el árbol de la ciencia, todo, los mejores años de la juventud, las ventajas que proporciona la edad, las esperanzas racionales en el futuro, todo se sacrifica para hacer de la mujer un objeto de placer durante un breve tiempo. Además, ¿cómo podría Rousseau esperar que fueran virtuosas y constantes cuando no admitía la razón como fundamento de la virtud, ni la verdad como objeto de sus preguntas?

Pero todos los errores de Rousseau parten de la sensualidad y las mujeres están muy dispuestas a perdonar la sensualidad a sus encantos. Cuando razonó, se hizo desapasionado y la reflexión inflamó su imaginación en lugar de iluminar su inteligencia. Incluso sus virtudes se descarriaron aún más lejos porque, nacido con una constitución sensual y vitalmente fantasioso, la naturaleza le condujo hacia el otro sexo con tal gusto que cayó en la lascivia. Si hubiera dado paso a sus deseos, el fuego se habría extinguido de manera natural, pero la virtud y su tipo romántico de naturaleza le hicieron asumir la abnegación; sin embargo, cuando el miedo, la delicadeza y la virtud le reprimieron, dio rienda suelta a su imaginación, y, volviendo sobre las sensaciones que la imaginación fortalecía, las trazó con los colores más resplandecientes y las sumergió en lo más profundo de su alma.

Él entonces buscó la soledad, no para dormir junto al hombre natural, o investigar sosegadamente las causas de las cosas bajo la

sombra en la que Isaac Newton se abandonaba a la contemplación, sino para dar rienda suelta a sus sentimientos. Y pintó con tanto calor aquello que él sentía con fuerza, que, interesando el corazón e inflamando la imaginación de sus lectores en proporción a la amplitud de su fantasía, llega a pensar que sus mentes se convencen cuando lo único que sucede es que simpatizan con un escritor poético, el cual presenta hábilmente los objetos del sentido sombreados de la manera más voluptuosa o tenuemente velados, y de esta forma, haciéndonos creer que razonamos mientras realmente estamos soñando, se asientan conclusiones erróneas en nuestra mente.

¿Por qué la vida de Rousseau se dividió entre éxtasis y miseria? Sólo puede responderse que la efervescencia de su imaginación produjo ambas; pero si hubiera habido posibilidad de que su fantasía se enfriase, es muy posible que hubiese adquirido mayor fuerza de mente. Es más, si el fin de la vida es educar la parte intelectual del hombre, todo respecto a él es correcto; si la muerte no le hubiera conducido a un escenario de acción más noble, es probable que habría disfrutado en la tierra más igualadamente y que habría sentido las sensaciones tranquilas del hombre natural, en lugar de prepararse para otro estadio de existencia alimentando las pasiones que agitan al hombre civilizado.

Pero ¡paz a sus sombras! No me peleo con sus cenizas, sino con sus opiniones. Lucho solamente contra la sensibilidad que le condujo a degradar a la mujer haciéndola ser una esclava del amor.

...Cursed vassalage,
First idolised till love's hot fire be o'er,
Then slaves to those who courted us before. (Dryden)[5].

---

[5] ¡Maldito vasallaje! Primero fuimos idolatradas hasta que la llama del amor se extinguió; después esclavas de aquellos que antes nos cortejaran. *(N. de las T.)*

. . . .

PARTE IV

No pretendo aludir a todos los autores que han escrito sobre el tema de las costumbres femeninas ya que, en general, todos han escrito en la misma línea y sería dar vueltas sobre lo ya conocido; pero, al atacar las cacareadas prerrogativas del hombre, a las que categóricamente podemos denominar como el cetro de hierro de la tiranía y el pecado original de los déspotas, me declaro en contra de todo poder basado en prejuicios, por muy nimios que éstos parezcan.

. . . .

Mientras que la razón eleva al hombre por encima de los animales y la muerte es rica en promesas, quienes no tienen confianza en sus propias fuerzas son sometidos solitariamente a una autoridad ciega. Son libres, ¡quién ansía ser libre![6] Aquel que puede gobernarse no tiene miedo a la vida; pero si se estima algo más que el respeto a sí mismo, ha de pagarse el precio hasta la última gota. La virtud, como cualquier cosa valiosa, ha de ser amada en sí misma, porque si no, no residirá en nosotros. No nos ofrecerá esa paz que «rebasa el entendimiento» si uno sólo se sirve de ella para defender su reputación o si se la respeta con celo farisiaco porque «la honestidad es la mejor política».

No se puede negar que el plan de vida que nos capacita para que podamos aportar algo de virtud y conocimiento al otro mun-

---

[6] «Ese es el hombre libre, a quien la *verdad* hace libre.» (Cowper.)

do es el que mejor está calculado para asegurar nuestra felicidad en el presente; no obstante, a pesar de que esto se admite universalmente sin discusión, es muy poca la gente que actúa de acuerdo con este principio. Los placeres o el poder del momento alejan estas convicciones grandiosas; y el hombre pacta la felicidad de un día y no la de toda la vida. Qué pocos, qué poquísimos poseen la prevención o la resolución suficiente para soportar una pequeña tentación momentánea y evitar así una mayor más adelante.

Las mujeres en particular, cuya virtud[7] se edifica sobre prejuicios mutables, raramente alcanzan esta grandeza de espíritu; y de este modo, convirtiéndose en esclavas de sus propios sentimientos, pueden ser fácilmente sojuzgadas por los de los otros. ¡Hasta tal punto se ha degradado su razón, su nebulosa razón, que la emplean más en dar brillo a sus cadenas que en intentar hacerlas estallar en mil pedazos!

He oído con indignación argüir a mujeres en el mismo tono que los hombres y adoptar los mismos sentimientos que las embrutecen con toda la terquedad de su ignorancia.

Debo ilustrar mi aseveración con algunos ejemplos. La señora Piozzi, que a menudo repetía mecánicamente lo que no entendía, se expresa con el acento de la época de Johnson.

«No busques la felicidad en la originalidad; y teme el refinamiento de la sabiduría como si fuera una desviación de la locura.» De esta manera se dirigía dogmáticamente al joven casado. Y para aclarar este pomposo preámbulo, añade: «Te he dicho que los encantos de tu esposa no aumentarán pero, por favor, no le hagas sospechar nunca que disminuyen: bien es sabido que una mujer perdonará mucho antes un insulto a su inteligencia que a su cuer-

---

[7] Entiendo este concepto en un sentido más amplio que la castidad o virtud sexual.

po; y ninguno de los dos vamos a contradecir esta afirmación. Todos nuestros talentos, todas nuestras artes, sirven para ganar y conservar el corazón del hombre, y ¿qué otra mortificación puede superar el desencanto de no obtener dicho fin? No hay reproche, por doloroso que sea, ni castigo severo que una mujer de espíritu prefiera no olvidar; y si es capaz de soportarlo sin protesta, esto prueba simplemente que pretende compensar los desaires de su marido con la atención de otros.»

La verdad es que éstos son verdaderos sentimientos masculinos. «Todas nuestras *artes* se emplean en ganar y conservar el corazón del hombre» –¿Y cuál es la conclusión?– si su persona caía en el olvido. (¿Y hubo alguna vez persona, por muy bien proporcionada que estuviera, que no fuera despreciada?), entonces se consolaba esforzándose en complacer a otros hombres. ¡Bonita moralidad! Pero es así como se insulta a la inteligencia de todo el sexo femenino y se despoja a la virtud de sus bases comunes. Una mujer debe saber que su cuerpo no puede ser tan agradable a su marido como a su amante, y si se ofende con él, por ser una criatura humana, puede lamentarse también de perder su corazón como cualquier otra cosa estúpida. Y esta falta de discernimiento o esta cólera irracional demuestra que él no podría convertir la ternura que siente por su persona en cariño por sus virtudes o respeto por su inteligencia.

Cuando las mujeres comulgan y actúan en consecuencia con tales opiniones, sus inteligencias merecen, al menos, el desprecio y la maledicencia que los hombres, *que nunca* insultan a sus cuerpos, han proporcionado sutilmente a la mente femenina. Y son los sentimientos de estos hombres educados, que no desean abrumarse con la mente, los que las mujeres adoptan sin pensarlo. Sin embargo, ellas debieran saber que la sola razón difamada de la mujer puede darle este pudor *sagrado* a su persona que permita que los

afectos humanos –que siempre tienen una base aleatoria– sean tan permanentes como coherentes con el gran fin de su existencia: la obtención de la virtud.

La baronesa de Staël habla el mismo lenguaje que la dama que acabo de citar, aunque con mayor entusiasmo. Casualmente cayó en mis manos su elogio de Rousseau, y sus sentimientos, los sentimientos de muchas de mi sexo, pueden servir de base para algunos comentarios. «Aunque Rousseau», observa, «se ha esforzado en prevenir a las mujeres de interferirse en asuntos públicos y tomar parte brillante en el teatro de la política. ¡Cuánto ha hecho para su satisfacción al hablar de ellas! Si quiso privarlas de algunos derechos ajenos a su sexo, ¡cuánto les ha restituido para siempre! Y al intentar disminuir su influencia en las deliberaciones de los hombres ¡cómo ha restablecido sagradamente el imperio que poseen sobre sus felicidades! Ayudándolas a descender de un trono usurpado, las ha aposentado firmemente sobre aquél que la naturaleza les ha destinado. Y a pesar de que se llena de indignación cuando intentan parecerse a los hombres, su respeto a sus personas físicas linda casi en la adoración cuando se le acercan con todos los *encantos, debilidades, virtudes y errores* de su sexo.» ¡Cierto! Porque nunca hubo sensualista que pagara mayor ferviente adoración al santuario de la belleza. Fue tan devoto, en efecto, en su respeto por la figura femenina que, exceptuando por razones obvias la virtud de la castidad, sólo deseó verla embellecida por encantos, debilidad y errores. Tenía miedo que la austeridad de la razón distorsionara el retozar del amor. El maestro prefirió tener a una esclava meretricia para mimarla que fuera totalmente dependiente de su razón y generosidad. No quería una compañera a la que debiera verse impulsado a apreciar, o una amiga a quien pudiera encargar la educación de sus hijos si la muerte les privase del padre antes de que hubiera podido terminar su sagrada tarea. Niega la razón de la mujer, la aleja del

conocimiento y la mantiene aparte de la verdad; y, sin embargo, todo se le perdona porque «admite la pasión del amor». Se necesitaría bastante ingenio para demostrar por qué las mujeres necesitan mantenerse bajo tales obligaciones respecto a él para de este modo admitir el hecho del amor; cuando lo que está claro es que él lo admite sólo para su relajación y para la perpetuación de la especie. Pero se expresó apasionadamente y este poderoso hechizo hizo mella en la sensibilidad de una joven encomiasta. «Lo que significa», dice esta rapsoda, «para las mujeres es que su razón se disputa el imperio con las razones de ellas, mientras que su corazón les pertenece enteramente a ellas.» No es un imperio, sino igualdad, lo que debieran pretender. Y aun, si ellas desearan ampliar sus soberanías, no debieran confiar enteramente en sus figuras, porque la belleza puede ganar un corazón, pero no conservarlo, incluso cuando esté en pleno esplendor, a no ser que la mente las apoye con algunos atractivos, al menos.

Cuando las mujeres estén lo suficientemente preparadas para descubrir sus verdaderos intereses en gran escala, estoy segura de que estarán dispuestas a relegar todas las prerrogativas del amor, que no son mutuas, y hablar de ellas como prerrogativas secundarias, a cambio de la plácida satisfacción de la amistad y la tierna confianza de un cariño cotidiano. No asumirán ninguna actitud insolente antes de casarse para ceder abyectamente después; porque al esforzarse en actuar, en ambas situaciones, como criadas racionales, no serán arrojadas de un trono para sentarse en un taburete.

La señora Genlis ha escrito varios libros entretenidos para niños; y sus *Letters on Education* abordan muchas sugerencias útiles, de las que todos los padres sensatos ciertamente se valdrán. Pero sus puntos de vista son estrechos y sus prejuicios tan fuertes como irracionales.

Pasaré por encima de su vehemente argumento en favor de los

castigos porque me avergüenza pensar que un ser humano puede argüir con tanta vehemencia en un caso así, y haré sólo algunos comentarios sobre su absurda manera de hacer que la autoridad paterna suplante a la razón. Por todas partes inculca no sólo la sumisión *ciega* a los padres, sino a la opinión general del mundo[8].

Cuenta la historia de un joven prometido a una joven de fortuna por deseo de su padre. Antes de que se llevara a cabo la boda, ella pierde su fortuna y se encuentra sola en el mundo, sin un amigo. El padre lleva a cabo las artimañas más infames para separar a su hijo de ella, y tan pronto como el joven se percata de su villanía, sigue los dictados de su honor y se casa con ella. No le sobrevienen más que miserias porque ¡en efecto! se había casado sin el consentimiento paterno. ¿En qué tierra puede descansar la religión o la moralidad cuando se desafía a la justicia hasta tales extremos? Con la misma visión representa a una joven y distinguida mujer dispuesta a casarse con aquel que su madre desee recomendar. Y al casarse finalmente con el joven escogido, no sintió ninguna emoción o pasión, porque esta niña tan bien educada no tuvo tiempo de enamorarse. ¿Es posible sentir mucho respeto por un sistema de educación que insulta de este modo a la razón y a la naturaleza?

Se suceden muchas opiniones similares en sus escritos, entremezcladas con los sentimientos que el honor crea en su cabeza y en su corazón. Sin embargo, se mezcla tal superstición en sus

---

[8] Una persona no puede actuar en tal o cual forma aunque esté convencida de que actúa correctamente, porque algunas circunstancias equívocas pueden conducir al mundo a sospechar que actuaba por diferentes motivos. Esto no es más que sacrificar la sustancia por una sombra. Permitid a la gente contemplar sus propios corazones y actuar correctamente tanto como puedan juzgar, y podrán guardar pacientemente a que la opinión del mundo se aproxime. Es mejor ser dirigido por un motivo simple; y es que la justicia ha sido muy a menudo sacrificada a la propiedad, o dicho de otro modo, a las conveniencias.

ideas religiosas y tal sabiduría mundana en su moralidad, que no permitiría a ninguna persona joven leer sus libros, a menos que pudiera después hablar sobre los temas tratados y clarificar las contradicciones.

La señora Chapone ha escrito sus cartas con tanto sentido común como desafectada humildad, y contienen tantas observaciones útiles, que sólo las mencionaré para pagar a esta valiosa escritora el tributo de mi respeto. No puedo, ciertamente, coincidir siempre con su opinión, pero la respeto siempre.

Justamente la palabra respeto me trae el recuerdo de la señora Macaulay. Es, sin duda, la mujer de más talento que este país ha tenido nunca. Y, sin embargo, ha tenido que sufrir muriendo sin el debido respeto que hubiera debido pagarse a su memoria.

La posteridad será, sin embargo, más justa y recordará a Catherine Macaulay como un ejemplo de logros intelectuales que se suponían incompatibles con la debilidad de su sexo, que no se manifiestan pomposamente en su estilo, sino que éste aparece tan fuerte y claro como los significados que transporta.

No calificaré su inteligencia de masculina porque no admito una asunción tan arrogante de la razón, pero sostengo que pudo parecerlo, y que sus juicios, frutos maduros de un pensamiento profundo, fueron la prueba de que una mujer puede adquirir juicio en el sentido más extenso de la palabra. Poseyendo más penetración que sagacidad, más inteligencia que fantasía, escribe con soberbia energía y gran rigor argumental; sin embargo, su simpatía y su benevolencia proporcionan tanto interés a sus sentimientos, y tal ardor vital a sus argumentos, que obligan al lector a considerarlos[9].

---

[9] Coincidiendo con la opinión de la señora Macaulay en las diferentes ramas de la educación, me remito a su valiosa obra, en lugar de anotar sus sentimientos para apoyar los míos propios.

Cuando pensé por primera vez escribir estas notas, quise obtener la aprobación previa de la señora Macaulay, con un poco de aquella vivacidad adolescente que he debido reprimir toda la vida, pero pronto oí, con la conciencia dolorida de una esperanza perdida y la gravedad de una pena que aún existe, que ella ya no estaba en el mundo.

....

CAPÍTULO VII

La modestia, considerada desde un punto de vista amplio y no como virtud sexual

La pureza de mente, o sea, genuina delicadeza, que es el único soporte virtuoso de la castidad, se encuentra muy cerca de aquel refinamiento del humanismo que sólo reside en las mentes cultivadas. Es algo más noble que la inocencia, es la delicadeza de la reflexión, no la timidez de la ignorancia. La cautela de la razón, que como el aliño habitual, raramente se manifiesta ostentosamente a menos que el alma sea activa, puede distinguirse fácilmente de la timidez rústica o de la desenvoltura exagerada; y, lejos de resultar incompatible con el conocimiento, es su más bello fruto. ¡Qué idea tan burda de la modestia tenía el escritor de la siguiente observación! –«La señorita que preguntó si las mujeres podían instruirse en el sistema de la botánica moderna de una manera consecuente con la delicadeza femenina fue acusada de mogigatería ridícula; no obstante, si me lo hubiese preguntado a mí le habría contestado sin ninguna duda: no puede»–. ¡De este modo ha de cerrarse el maravilloso libro del conocimiento con un sello sempiterno! Al leer pasajes similares, he alzado reverentemente mis ojos y mi corazón hacia El que vive por los siglos de los siglos, y he dicho: «¡Oh, Padre mío!, ¿acaso has prohibido a Tu hijo contemplarte en las serenas formas de la verdad por la constitución que la naturaleza le donó? ¿Acaso puede mancharse su alma con el conocimiento que poderosamente la llama hacia Ti?»

Y entonces, he ido siguiendo filosóficamente estas reflexiones

hasta que he inferido que las mujeres que han perfeccionado más su razón son las que poseen mayor modestia, aunque la compostura dignificante de la conducta pueda haber reemplazado a la vergüenza juguetona y encantadora de la juventud [1].

Y de este modo he argüido. Para dar castidad a la virtud, de la que fluirá naturalmente una modestia sin sofisticación, hay que alejar la atención de aquellas ocupaciones que sólo ejercitan la sensualidad, y que el corazón lata con humanismo más que palpitar por amor. La mujer que haya dedicado una porción considerable de su tiempo en tareas puramente intelectuales, y cuyos afectos se hayan ejercitado para alcanzar objetivos humanos de utilidad, debe tener, como consecuencia natural, una pureza mayor de mente, que la de los seres ignorantes que han entretenido su tiempo y sus pensamientos en alegres placeres o en proyectos para conquistar corazones [2]. La regulación del comportamiento no es la modestia, aunque aquellas que estudian las reglas del decoro son denominadas con frecuencia mujeres modestas. Limpiad el corazón; dejadlo expandirse y sentir por todo lo que sea humano, en lugar de estrecharlo entre pasiones egoístas: y dejad que la mente

---

[1] La modestia es la hermosa calma de la virtud madura; el recato es el encanto de la juventud vivaz.

[2] He conversado, como de hombre a hombre, con médicos sobre asuntos de anatomía, y he comparado las proporciones del cuerpo humano con artistas, y encontré, sin embargo, tal modestia, que nunca se me recordó mi sexo por una mirada o una palabra, ni las absurdas reglas que hacen de la modestia un disimulo farisaico de debilidad. Y estoy convencida de que las mujeres que buscan el conocimiento nunca serán insultadas por los hombres sensatos, y raramente por hombres de cualquier tipo, a no ser que una falsa modestia les recuerde que son mujeres, actuando con el mismo espíritu que las damas portuguesas, que consideran un insulto a sus encantos si un hombre, a solas con ellas, no intenta ser groseramente familiar con sus personas. Los hombres no son siempre hombres en compañía de mujeres, ni las mujeres debieran siempre recordar que son mujeres, si se las permite adquirir más inteligencia.

se detenga con frecuencia en asuntos que ejerciten su inteligencia, sin calentar la imaginación, y la modestia natural dará los últimos toques a la obra.

....

Como sexo, las mujeres son más castas que los hombres; y como la modestia es la consecuencia de la castidad, pueden merecerse poseer adscrita esta virtud en un sentido muy apropiado. Sin embargo, se me debe permitir añadir una duda, porque dudo si la castidad producirá modestia, aunque pueda producir alguna cualidad en la conducta, cuando consiste meramente en el respeto por la opinión del mundo[3], y cuando la coquetería y los cuentos de amor de los novelistas ocupan todos los pensamientos. Es más, por la inexperiencia y la razón, se debiera esperar encontrar más modestia entre los hombres que entre las mujeres, simplemente porque los hombres ejercitan sus inteligencias más que las mujeres.

Pero, respecto a la calidad del comportamiento, exceptuando una clase de mujeres, las mujeres llevan evidentemente ventaja. ¿Qué puede haber más desagradable que esa basura impúdica del pensamiento galante que es tan típico de los hombres, y que les hace encararse insultantemente a cada mujer con la que se topan? ¿Puede denominarse a eso respeto por el sexo? No, este comportamiento disoluto muestra tal depravación cotidiana, tal debilidad mental, que es vano esperar mucha virtud pública o privada hasta que los hombres y mujeres no se desarrollen con mayor modestia, hasta que los hombres, refrenando ese gusto sensual por el sexo, o esa afectación de seguridad masculina, que hablando con mayor

---

[3] El comportamiento falto de modestia de muchas mujeres casadas, que, sin embargo, se mantienen fieles a los lechos de sus esposos, ilustrará esta observación.

propiedad yo llamaría impudicia, no se traten recíprocamente con respeto, porque si no, el apetito o las pasiones darán un tono extraño a su comportamiento. Me refiero al respeto personal, el respeto por el humanismo y la simpatía, y no esa representación falsa y libidinosa de la galantería, ni la condescendencia insolente de quien ejerce un protectorado.

Para llevar esta observación aún más lejos diré que la modestia debe rechazar de todo corazón y rehuir habitar con ese libertinaje mental, que conduce fríamente al hombre a preferir alusiones indecentes sin avergonzarse o chistes obscenos, en la presencia de un semejante; las mujeres están ahora fuera del asunto, porque si no sería una brutalidad. Respecto al hombre como hombre, la modestia es la base de cualquier sentimiento noble. ¡Cuánto más modesto es el libertino que obedece las llamadas del apetito o de la fantasía que el jugador deshonesto que se sienta a la mesa de juego estrepitosamente!

Es éste uno de los muchos ejemplos en los que la distinción sexual respecto a la modestia se ha probado como algo fatal para la virtud y la felicidad. Se lleva, sin embargo, más lejos todavía, y se requiere a la mujer –a la mujer débil, que la educación ha convertido en una esclava de la sensualidad– que resista tal sensualidad en las ocasiones más peligrosas. «¿Puede ser algo más absurdo», dice Knox, «que guardar a la mujer en un estado de ignorancia e insistir vehementemente en que resista las tentaciones?» De este modo, cuando la virtud o el honor pueden hacer apropiado refrenar una pasión se carga el peso sobre los hombros más débiles, lo que es contrario a la razón y a la verdadera modestia, ya que al menos se podría hacer que la abnegación fuera mutua, por no hablar de la generosidad de la bravura, suponiendo que fuera una virtud masculina.

En el mismo sentido van los consejos de Rousseau y del doctor Gregory sobre la modestia, como curiosamente la nombran inapro-

piadamente, ya que ambos desean que la esposa mantenga en duda si fue la sensualidad o la debilidad lo que la condujo a los brazos de su marido. La mujer que es capaz de dejar la sombra de tal duda en la mente de su esposo durante sólo un instante carece de modestia.

Pero, para considerar el asunto bajo una luz diferente, el deseo de modestia, que yo principalmente añoro como revolucionario de la moralidad, se alza sobre un estado de guerra tan estruendosamente mantenido por los hombres voluptuosos como la verdadera esencia de la modestia, aunque de hecho es un castigo porque se trata de un refinamiento de la codicia en el que caen los hombres que carecen de la virtud suficiente para saborear los placeres inocentes del amor. Un hombre con delicadeza lleva aún más lejos sus nociones de modestia porque ni la sensualidad ni la debilidad le gratificarán tanto como el afecto.

De nuevo los hombres alardean de sus triunfos sobre las mujeres. ¿De qué presumen? Verdaderamente, el hijo de la sensualidad se sorprendió ante la sensualidad de ella en la locura y en el vicio[4]; y el horrible ajuste de cuentas cae pesadamente sobre su débil cabeza, cuando la razón despierta. Porque, ¿dónde, miserable y desdichada, esperabas encontrar bienestar? Él, que debiera haber dirigido tu razón y soportar tu debilidad, te ha traicionado. En un sueño de pasión aceptaste errar por los prados en flor, y lanzándote negligentemente sobre el abismo al que ellos guían, en lugar de advertirte del peligro, te tentaron; saliste de tu sueño sólo para encontrar después la burla, el mundo hostil, y hallarte sola en un desierto, porque aquel que había triunfado sobre tu debilidad está ahora buscando nuevas conquistas. ¡Pero no hay rendición para ti a este lado de la fosa! ¿Y qué recursos posee una mente enervada para revitalizar un corazón humillado?

---

[4] La pobre polilla, revoloteando alrededor de una vela, se quema las alas.

Pero si los sexos han de vivir realmente en un estado de guerra, si la naturaleza lo ha decidido así, dejadles actuar noblemente, o dejad que el orgullo les susurre que la victoria es mezquina cuando conquista meramente la sensualidad. La verdadera conquista es aquella que se gana sobre el afecto sin ser por sorpresa, cuando, como Eloísa, una mujer renuncia al mundo deliberadamente por amor. No considero ahora la sabiduría o la virtud de un sacrificio como ése, sólo sostengo que se trató de un sacrificio por afecto, y no únicamente por la sensualidad, aunque tuviera su parte. Y se me debe permitir denominarla mujer modesta, antes de que abandone ya esta parte del asunto, diciendo que, mientras los hombres no sean más castos, las mujeres carecerán de modestia. ¿Dónde, en efecto, podrían encontrar las mujeres modestas esposos a los que no se dirigieran continuamente con disgustos? La modestia debe ser cultivada igualitariamente por ambos sexos, o si no siempre permanecerá como una planta enfermiza de invernadero; aunque hacer gala de ella –la hoja de parra prestada por la impudicia– puede ser un aliciente para los placeres voluptuosos.

Los hombres insistirán probablemente en que las mujeres debieran ser más modestas que los hombres; pero no son los que razonan desapasionadamente los que con más seriedad se opondrán a mi opinión. No, son los hombres fantasiosos, los caprichosos del sexo que hacia fuera respetan y hacia dentro desprecian a las débiles criaturas con las que se recrean. No pueden someterse a resignar de la gratificación sensual más grande, ni siquiera abandonar el epicureísmo de la virtud-abnegación.

....

Después de las anteriores observaciones es casi superfluo añadir que considero que todos aquellos aires femeninos de madurez que

acompañan a la actitud recatada, por la que se sacrifica la verdad, para asegurar el corazón del marido, o más bien para forzarle a ser el amante mientras la naturaleza pueda, si a ella no se le han interrumpido sus operaciones, han hecho que el amor dé lugar a la amistad, como si se tratara de algo inmodesto. La ternura que un hombre puede sentir por la madre de sus hijos es un sustituto excelente para el ardor de una pasión insatisfecha; pero prolongar el ardor es poco delicado, por no decir falto de modestia, ya que las mujeres fingen una frialdad antinatural de constitución. Las mujeres, igual que los hombres, debieran tener los apetitos comunes de su naturaleza, que sólo son brutales cuando la razón no las controla; pero el hombre debe de controlarlas, es el deber de la humanidad, no es un deber sexual. A la naturaleza, por tanto, se la puede dejar que actúe por sí misma; permitid que las mujeres adquieran conocimientos y humanismo y el amor las instruirá en la modestia[5]. No hay ninguna necesidad de falsedades, tan desagradables como fútiles, porque las reglas estudiadas del comportamiento sólo se imponen a los observadores superficiales; un hombre de sentido común pronto puede ver a través de aquéllas y desprecia la afectación.

El comportamiento de la gente joven, entre hombres y mujeres, es la última parte de la educación en la que debiera pensarse. De hecho, se piensa tanto actualmente en el comportamiento en la mayoría de las circunstancias que difícilmente se puede ver la sencillez de carácter: sin embargo, si los hombres sólo se preocupan de cultivar cada virtud y dejarlas afianzarse firmemente en la mente, la gracia resultante de ello, su marca exterior natural, despojaría

[5] El comportamiento de muchas mujeres recién casadas me ha disgustado muy a menudo. Parecen ansiosas de no permitir nunca que su marido olvide el privilegio del matrimonio y de que no encuentre placer en esta sociedad a no ser que actúe como amante. ¡Muy pequeño debe ser por cierto el reino del amor, cuando su llama es constantemente apagada, sin recibir ningún tipo de combustible!

muy pronto la afectación de sus ostentosas plumas; porque, ¡falaz e inestable es toda conducta que no se funde en la verdad!

¡Si vosotras, hermanas mías, realmente poseéis modestia, deberíais recordar que la posesión de la virtud, llámese como se llame, es incompatible con la ignorancia y la vanidad! Deberíais adquirir aquella sobriedad mental, que sola inspira la práctica de los deberes, y la busca del conocimiento, porque si no permaneceréis todavía en una dudosa situación de dependencia, y sólo seréis amadas mientras seáis bellas. La mirada baja, el rubor sonrosado, el rostro retraído, son apropiados en su momento; pero la modestia, que es la hija de la razón, no puede existir durante mucho tiempo si no se modula la sensualidad con la reflexión, consiste en nuestra única ocupación vital, nuestros corazones son demasiado débiles para afrontar la modestia y el retiro tranquilo en donde el amor desea habitar, en íntima unión con la humanidad.

CAPÍTULO VIII

La moralidad, minada por las nociones de la importancia de una buena recuperación

Ha transcurrido largo tiempo desde que se me ocurrió que los consejos respecto al comportamiento, y todas las distintas formas de conservar una buena reputación, que se han inculcado al mundo femenino con tanta energía eran venenos engañosos que, horadando la moralidad, devoran la sustancia. Y que esta medida de las sombras tenía como resultado un cálculo erróneo porque la longitud depende mucho de la altura del sol y de otras circunstancias adventicias.

¿De dónde surge ese falaz comportamiento, a flor de piel, de un cortesano? De su situación, sin duda; ya que al estar necesitado de subordinados se ve obligado a aprender el arte de negar sin ofender, y de cebar evasivamente la esperanza con el alimento del camaleón; así juguetea la cortesía con la verdad y, depurando la sinceridad y humanidad innata al hombre, da lugar al caballero refinado.

Las mujeres asimismo adquieren, partiendo de una supuesta necesidad, una forma de comportamiento igualmente artificial. Sin embargo, no se puede jugar con la verdad impunemente, ya que el disimulador avezado, convertido finalmente en víctima de sus propias artimañas, pierde esa sagacidad que ha sido arteramente denominada sentido común; a saber, una rápida percepción de las verdades comunes: que son constantemente recibidas como tales por la mente carente de sofisticación, aunque puede que no

haya tenido suficiente energía para descubrirlas cuando están oscurecidas por prejuicios locales. La mayoría de la gente adquiere sus opiniones con la confianza de evitarse el trabajo de ejercitar su propia mente, y estos seres indolentes naturalmente se adhieren más a la letra que al espíritu de una ley, divina o humana. «A las mujeres», dice un autor que no consigo recordar, «no les importa lo que sólo ve el cielo»; ¿por qué les debería importar? Es el ojo del hombre el que se les ha enseñado a temer –y si pueden sosegar su Argos hasta dormirlo, rara vez piensan en el cielo o en ellas mismas porque su reputación está a salvo; y es la reputación, no la castidad y todo su hermoso bagaje lo que hay que mantener libre de mancha, no como una virtud, sino para conservar su puesto en el mundo.

Para probar la verdad de esta observación no necesito hacer referencia a las intrigas de las mujeres casadas, particularmente de la alta sociedad, y en los países donde los padres casan convenientemente a las mujeres jóvenes con el rango que les corresponde. Si una chica inocente se convierte en víctima del amor se ve degradada para el resto de sus días, aunque su mente no esté contaminada por las artimañas que las mujeres casadas practican, bajo la oportuna cobertura del matrimonio; no ha violado ningún deber –sino el deber de respetarse así misma–. La mujer casada, por el contrario, rompe su compromiso más sagrado y se convierte en una madre cruel cuando es una esposa falsa e infiel. Si su marido todavía la quiere las artimañas que debe utilizar para engañarle la convertirán en el más despreciable de los seres humanos; y de todas formas, los artificios necesarios para guardar las apariencias mantendrán su mente en ese tumulto infantil o vicioso que destruye toda energía. Además, con el tiempo, como esa gente que habitualmente se muestra cordial para levantar su espíritu, necesitará una intriga que dé vida a sus pensamientos, habiendo

perdido todo gusto por los placeres que no están sazonados de esperanza o de temor en grandes proporciones.

A veces las mujeres casadas llegan a actuar de una forma aún más audaz. Mencionaré un ejemplo.

Una mujer refinada, célebre por sus galanteos, aunque, como todavía vivía el marido, nadie optaba por situarla en la categoría que debería haber sido situada, insistió en no dejar de tratar con el más insultante desprecio a una pobre criatura tímida, avergonzada por una debilidad que cometió con un caballero de la vecindad que la había seducido y luego desposado. La mujer había confundido virtud con reputación; y, creo yo, se valoraba a sí misma según la rectitud de su comportamiento anterior al matrimonio, a pesar de que una vez establecida a satisfacción de la familia, ella y su esposo fueron igualmente infieles, de tal manera que su raquítico vástago, heredero de una inmensa fortuna vino ¡Dios sabe de dónde!

Para examinar este tema desde otro punto de vista.

He conocido algunas mujeres que, si no amaban a sus maridos, tampoco amaban a nadie más, entregándose por entero a la vanidad y disipación, y descuidando toda obligación doméstica; más aún, incluso despilfarraban todo el dinero que deberían haber ahorrado para sus indefensos hijos, no obstante haberse ornado a sí mismas con su inmaculada reputación, como si todo el objetivo de su obligación como esposas y madres fuera sólo conservarla. Mientras, otras mujeres indolentes, descuidando toda obligación personal, opinaban que merecen todo el cariño de sus maridos porque actuaron con decoro.

Las mentes débiles son siempre amigas de apoyarse en el ceremonial del deber, pero la moralidad ofrece motivos mucho más simples; y sería de desear que los moralistas superficiales hubieran dicho menos respecto al comportamiento y las observancias exter-

nas, ya que a menos que se establezca la virtud, de cualquier tipo, en el conocimiento dará sólo lugar a una forma insípida de decencia. El respeto por la opinión del mundo ha sido, sin embargo, considerado la principal obligación de la mujer con las palabras más categóricas, ya que Rousseau afirma «que la reputación no es menos indispensable que la castidad». «Un hombre», añade, «seguro de su propia buena conducta, depende sólo de sí mismo y puede desafiar la opinión pública; pero una mujer, comportándose correctamente, cumple sólo con la mitad de su obligación; ya que lo que se piensa de ella es tan importante para ella como lo que en realidad es. De aquí se deduce que el sistema de educación de una mujer debería ser, por tanto, directamente contrario al nuestro. La opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, pero su trono entre las mujeres.» Es rigurosamente lógico deducir que la virtud que se apoya en la opinión es meramente prolija, y que es la virtud de un ser al que se le ha negado la razón, pero, incluso en lo referente a la opinión del mundo, estoy convencida de que esta clase de pensadores están equivocados.

Este respeto a la reputación, independientemente de ser una de las recompensas naturales de la virtud, tuvo, sin embargo, su origen en una causa que ya he deplorado por ser fuente continua de la depravación de la mujer, la imposibilidad de recobrar la respetabilidad mediante una vuelta a la virtud, aunque los hombres conserven la suya durante la satisfacción del vicio. Era, por tanto, normal en la mujer esforzarse en conservar lo que una vez perdido estaba perdido para siempre; hasta tal punto que esta preocupación por el reconocimiento de su castidad prevaleciera sobre las demás y llegara a convertirse en lo único importante para ella, pero vanos son los escrúpulos de la ignorancia, ya que no la religión ni la virtud, cuando residen en el corazón, requieren una atención tan pueril en las meras ceremonias, porque el

comportamiento debe ser correcto, sobre todo cuando el motivo es puro.

....

Los principios rectores que se extienden a lo largo de toda mi disertación harían innecesario alargarse en este tema, si a menudo no se inculcara como suma total de la obligación de la mujer el mantener el barniz de un carácter fresco y en buenas condiciones; simples reglas para que la regulación del comportamiento y conservación de la reputación no sustituyeran demasiado frecuentemente a las obligaciones morales, pero en lo que respecta a la reputación, la atención se limita a una sola virtud: la castidad. Si el honor de una mujer –como absurdamente se denomina– está a salvo, puede descuidar toda obligación social; más aún, arruinar a su familia mediante el juego y las extravagancias; incluso presentar una apariencia desvergonzada, ya que, efectivamente, ¡es una mujer honorable!

La señora Macaulay ha observado muy acertadamente que «no hay sino una falta que una mujer de honor no debe cometer con impunidad». Después añade muy justa y humanamente: «Esto ha dado lugar a la estúpida y vulgar observación de que la primera falta contra la castidad de una mujer tiene el poder radical de depravar el carácter, pero tales seres frágiles no salen de las manos de la naturaleza. La mente humana se halla constituida de materiales más nobles como para ser fácilmente corrompidos; y con todas las desventajas de situación y educación, las mujeres rara vez llegan a estar completamente abandonadas hasta que se ven lanzadas a un estado de desesperación por el rencor venenoso de su propio sexo.»

Pero mientras que las mujeres aprecian esta estimación de reputación de la castidad, los hombres la desprecian en grado pro-

porcional y los dos extremos son igualmente destructivos para la moralidad.

Ciertamente, los hombres están más bajo la influencia de sus apetitos que las mujeres; y que sus apetitos se ven más depravados por la satisfacción desenfrenada y los delicados artificios de la sociedad. El lujo ha introducido un refinamiento en la comida que destruye la constitución; y un grado de glotonería tan desagradable que la percepción de un comportamiento decoroso se pierde antes de que un ser llegue a comer en exceso en presencia de otro, y después quejarse de la presión que su intemperancia le produjo de una manera natural. Algunas mujeres, las mujeres francesas en particular, han perdido también el sentido de la decencia, ya que hablan tan tranquilamente de una indigestión. Sería de desear que no se permitiera que la ociosidad diera lugar, en el exuberante campo de la riqueza, a esos enjambres de insectos veraniegos que se alimentan de lo putrefacto; entonces no sentiríamos repulsión por la contemplación de tales excesos.

Hay una regla relativa al comportamiento que creo que debería regular todas las demás; y es, simplemente, tener un respeto tan habitual por el género humano que pueda impedirnos disgustar a nuestros compañeros por el simple hecho de una satisfacción presente. La vergonzosa indolencia de muchas mujeres casadas y otras un poco avanzadas en la vida a menudo las lleva a pecar contra la delicadeza. Ya que, aunque convencidas de que la persona es el nexo de unión entre los sexos, sin embargo, ¿cuántas veces se disgustan de pura indolencia para disfrutar un deseo insignificante?

La depravación del apetito que une a los sexos ha tenido un efecto más fatal todavía. La naturaleza debe ser siempre la norma del gusto, la medida del apetito, con todo lo que a menudo el voluptuoso insulta a la naturaleza. Dejando los refinamientos del amor fuera de duda; la naturaleza, haciendo de la satisfacción de

un apetito, al igual que de todos, una ley natural e imperiosa para la conservación de las especies, exalta el apetito, y mezcla un poco de inteligencia y de cariño con el gusto sensual. Los sentimientos de un padre, mezclándose con un instinto meramente animal, le dan dignidad, y a menudo, el hombre y la mujer uniéndose por el hijo, promueven un interés y cariño mutuos por el ejercicio de una simpatía común. Las mujeres, entonces, teniendo una obligación necesaria que cumplir, más noble que adornar su persona, no serían con satisfacción esclavas de una lujuria casual; que es ahora la situación de un número muy considerable que son, literalmente hablando, platos de glotonería a los que todos los glotones pueden tener acceso.

Se puede objetar que tamaña enormidad sólo afecta a una parte del sexo, dedicada a la salvación del resto, pero es falsa, como puede probarse, cualquier afirmación que recomiende sancionar un mal pequeño para producir un bien mayor; el daño se detiene aquí, ya que el carácter moral y la paz de la mente, la parte más casta del sexo, se ve minada por la conducta de las mismas mujeres a las que no se les permite refugio en la culpa: a las que inexorablemente se confía al ejercicio de las artes que atraen a sus maridos; no se permite a las mujeres modestas empezar a asumir, hasta cierto punto, el mismo carácter. Me aventuraría, pues, a afirmar que todas las causas de la debilidad femenina, al igual que la depravación, de las que he hecho mención extensamente, son ramificaciones de una sola causa, el deseo de castidad en los hombres.

Esta intemperancia, tan prevaleciente, deprava el apetito hasta tal punto que es necesario un estímulo desenfrenado para provocarlo; pero se ha olvidado el designio paterno de la naturaleza y la misma persona, y eso sólo por un momento, ella sola absorbe los pensamientos. A menudo el lujurioso se vuelve tan voluptuoso que se refina en la suavidad de la mujer. Busca entonces algo más sua-

ve que las mujeres; incluso en Italia y Portugal los hombres acuden a recepciones de seres equívocos para suspirar por algo más que la languidez femenina.

Para satisfacer a este género de hombres, las mujeres se hacen sistemáticamente voluptuosas, y aunque es probable que no todas lleven su libertinaje a la misma altura, este despiadado intercambio con el sexo, que ellas mismas se permiten, deprava a ambos, porque el gusto de los hombres está viciado; y las mujeres de todas las clases, naturalmente conforman su comportamiento para satisfacer el gusto, con el que obtienen placer y poder. Las mujeres volviéndose, en consecuencia, más débiles en cuerpo y mente de lo que deberían ser no tienen suficiente fuerza para desempeñar la primera obligación de una madre, parir y criar hijos que es uno de los grandes fines para ser tomados en consideración; y sacrifica el cariño paterno que ennoblece el instinto, a la lascivia, que destruye el embrión en el útero o lo abandona cuando nace. La naturaleza exige respeto a todo, y todo aquel que viola sus leyes rara vez las viola impunemente. Las mujeres débiles que atraen la atención principalmente de los libertinos no son aptas para ser madres, aunque puedan concebir; de manera que el rico sensualista que ha cometido excesos entre las mujeres, extendiendo la depravación y la miseria, cuando desea perpetuar su nombre, recibe de su mujer una criatura sólo medio formada que hereda la debilidad de su padre y de su madre.

Contrastando la humanidad de la época presente con la barbarie de la antigüedad se ha hecho hincapié en la costumbre salvaje de abandonar a los hijos que sus padres no podían mantener; sin embargo, el hombre sensual que así, quizá, se queja, produce con sus amoríos promiscuos una esterilidad más destructiva y una atrocidad contra las costumbres más contagiosas. Seguramente la naturaleza nunca intentó que las mujeres, mediante la satisfacción

de un apetito, frustraran el propósito mismo para el que fue implantado.

He observado anteriormente que los hombres deberían mantener a las mujeres a las que han seducido; esto sería un medio de reformar las costumbres femeninas, y poner fin a un abuso que tiene un efecto igualmente fatal en la población y en la moral. Otro, no menos obvio, sería volver la atención de la mujer hacia la virtud real de la castidad; ya que poco respeto tiene la mujer por una demanda, en consideración a la modestia aunque su reputación pueda ser blanca como la nieve, que favorezca al libertino mientras desdeña las víctimas de sus apetitos desordenados y su propio desatino.

Además, aunque ella se considere pura, comete la misma tontería cuando concienzudamente adorna su persona sólo para que la vean los hombres, para provocar suspiros respetuosos y todo el homenaje frívolo de lo que se llama galantería inocente. Si las mujeres realmente respetaran la virtud por su propio valor no buscarían recompensa en la vanidad, por la abnegación que se ven obligadas a practicar para conservar su reputación, ni la asociarían a los hombres que basan la reputación en el desafío.

Los dos sexos se corrompen y se mejoran mutuamente. Creo que esto es una verdad indiscutible, extensible a cada virtud. El género humano debería comprender y cultivar la castidad, la modestia, el espíritu público y toda la noble lista de virtudes, sobre las que se levanta la virtud social y la felicidad, o si no se cultivarán con escasos resultados. Y en vez de proporcionar al vicioso o al ocioso un pretexto para violar algún deber sagrado, dándole el calificativo de sexual, sería más prudente mostrar que la naturaleza no ha establecido ninguna diferencia ya que el hombre impúdico vence doblemente el propósito de la naturaleza tornando a la mujer estéril y destruyendo su propia constitución, aunque evite la vergüenza

que sigue al delito en el otro sexo. Estas son las consecuencias físicas, las morales son también más alarmantes; ya que la virtud es sólo una distinción nominal cuando los deberes de los ciudadanos, maridos, esposas, padres, madres y directores de familias se convierten simplemente en lazos egoístas de conveniencia.

¿Por qué entonces los filósofos buscan el espíritu colectivo? El espíritu colectivo se debe alimentar de la virtud privada, o se parecerá al sentimiento ficticio que hace a las mujeres esmerarse en la conservación de su reputación y a los hombres de su honor. Es un sentimiento que a menudo existe sin base en la virtud, sin apoyo de la sublime moralidad que hace de la violación acostumbrada de un deber la violación de toda ley moral.

CAPÍTULO IX

Sobre los efectos perniciosos que se engendran de las diferencias antinaturales establecidas por la sociedad

La mayor parte de los males y los vicios que ofrecen un espectáculo deprimente del mundo al pensador fluyen como un manantial envenenado del respeto que se siente por la propiedad, porque es en la sociedad más refinada donde los reptiles y las serpientes más malignas acechan bajo las hierbas fétidas; y el hedor engorda la lujuria que relaja toda disposición sana antes de que llegue a madurar en virtud.

Una clase oprime a la otra, ya que todas aspiran a ganarse el respeto en razón a los bienes que poseen. Los hombres descuidan los deberes que incumben al hombre y, sin embargo, son tratados como si fueran semidioses. La religión se distancia de la moralidad por un velo ceremonial y aun así, los hombres se sorprenden de que el mundo es casi, literalmente hablando, una cueva de ladrones y opresores.

Existe un proverbio sencillo que dice una gran verdad y es que el diablo emplea a todo aquel que encuentre holgazaneando. ¿Y qué otra cosa pueden producir las riquezas hereditarias y los títulos sino una holgazanería cotidiana? Porque el hombre está constituido de tal manera que sólo puede atender a un uso apropiado de sus facultades cuando las ejercita y no lo hará a menos que una necesidad concreta impulse el movimiento de las ruedas. Asimismo, sólo puede alcanzarse la virtud con el desempeño de unos de-

beres pertinentes; pero la importancia de estos deberes sagrados será advertida a duras penas por aquel al que los halagos de los aduladores le priven de todo sentimiento humanitario. Debiera establecerse una mayor igualdad en la sociedad o si no la moralidad nunca ganará terreno, y esta moralidad virtuosa nunca descansará firmemente, incluso aunque se haya fundado sobre una roca, mientras la mitad de la humanidad permanezca encadenada al suelo por el destino, ya que estará socavándola de una manera constante con la ignorancia y la vanidad.

Es inútil esperar virtud de las mujeres hasta que no se hagan independientes de los hombres en algún grado; aún más, es inútil esperar que la fuerza de su afecto natural las convierta en buenas esposas y madres. Mientras dependan totalmente de sus maridos serán falsas, mezquinas y egoístas; y no poseen gran delicadeza los hombres que pueden gratificarse con una ternura servil como la de un perrito faldero, porque el amor no se compra; sus alas de seda se replegarían inmediatamente si hubiera que pagar algo a cambio. Además, mientras la riqueza debilite a los hombres y las mujeres vivan de algún modo de sus encantos, ¿cómo podemos esperar de ellas el desempeño de estos deberes ennoblecedores que requieren a partes iguales esfuerzos y abnegación? La propiedad hereditaria sofistica el entendimiento y sus desafortunadas víctimas, si se me permite decirlo así, enfajadas desde su nacimiento, ejercen muy raramente la facultad locomotriz del cuerpo o de la mente. De este modo, como contemplan todas las cosas a través de un medio que es falso, son incapaces de discernir en qué consiste el verdadero mérito y la felicidad. Falsa debe ser en verdad la luz, cuando los ropajes de la situación esconden al hombre y le hacen caminar majestuosamente disfrazado, arrastrando sus embotadas piernas que le cuelgan con indiferencia, de un escenario de disipación a otro, mientras su mirada vacía divaga alrededor y

nos indica plenamente que la inteligencia brilla por su ausencia.

Quiero deducir, por tanto, que la sociedad no está organizada apropiadamente porque no impulsa a los hombres y mujeres a que el desempeño de sus deberes respectivos sea el único camino válido para adquirir ese semblante que todo ser humano desea de alguna manera obtener de parte de sus semejantes. El respeto que consecuentemente ha de pagarse a la riqueza y a los meros encantos personales es un viento del noroeste que aja los tiernos capullos del cariño y la virtud. La naturaleza ha ligado sabiamente el cariño a los deberes para endulzar el trabajo y para ofrecer a los esfuerzos de la razón ese vigor que sólo el corazón es capaz de proporcionar. Uno de los vacuos cumplidos que el vicio y la locura pagan a la virtud y a la verdadera naturaleza de las cosas es el fingir cariño sólo porque es la insignia apropiada de un carácter, sin llegar a verificar sus deberes.

Para ilustrar mi opinión sólo necesito observar que cuando se admira a una mujer por su belleza y se deja intoxicar por la admiración que recibe hasta el punto de olvidar su deber indispensable de madre peca contra sí misma por olvidar el cultivo de un afecto que tendería igualmente a hacerle útil y feliz. La verdadera felicidad –quiero decir, todo el gusto y la satisfacción virtuosa que pueden alcanzarse en este estado imperfecto– debe surgir de una correcta regulación de los afectos, y el afecto incluye un deber. Los hombres no son conscientes de la miseria que causan ni de la debilidad viciosa que fomentan, cuando únicamente incitan a la mujer a que se les rinda placenteramente; no consideran que de este modo hacen que los deberes naturales y los deberes de la civilización se estrellen por sacrificar el bienestar y la respetabilidad de la vida de una mujer a las nociones voluptuosas de la belleza, cuando, en la naturaleza, todos armonizan.

Si el malvivir no desnaturaliza precozmente a un marido po-

dríamos considerarle insensible cuando no siente más placer al ver a la madre amamantar a su hijo que el que pudiera sentir con los inimaginables trucos eróticos. Además, la riqueza conduce a las mujeres a despreciar este camino natural de cimentar los vínculos matrimoniales y de fundar el cariño sobre recuerdos más tiernos para preservar su belleza y llevar la corona de flores efímera que les confiere el derecho a reinar durante un corto período de tiempo sobre el sexo, no se preocupan de imprimir sobre el corazón de sus maridos impresiones que pudieran ser recordadas con mayor cariño que todos sus encantos virginales, cuando los años blanqueen el cabello y el corazón comience a enfriarse. La solicitud maternal de una mujer razonablemente afectuosa es muy interesante y la dignidad mesurada con que una madre devuelve las caricias que ella y su hijo reciben de un padre que ha estado cumpliendo los importantes deberes de su puesto no sólo son respetables, sino que además constituyen un cuadro lleno de belleza. Son tan particulares, sin duda, mis sentimientos –que siempre he procurado que no fueran artificiosos– que tras aburrirme con la visión de la grandeza insípida y las ceremonias serviles que con pompas pesadas ocupaban el lugar que correspondía a las aficiones domésticas, he escogido otro escenario donde mis cansados ojos pudieran descansar y refrescarse sobre la hierba de cualquier lugar perdido de la naturaleza. He observado entonces con placer a una mujer cuidar de sus hijos y desempeñar los deberes de su estado con la única ayuda de una doncella para realizar los trabajos caseros más duros. La he visto prepararse a ella y a sus hijos con la única lujuria de la limpieza y recibir al esposo, cuando vuelve a casa al anochecer, cansado, con sonrisas y con la casa limpia. Mi corazón ha vagabundeado entre medias del grupo y ha palpitado emocionadamente con ellos cuando el rumor de unas pisadas bien conocidas ha suscitado una grata agitación.

Mientras mi benevolencia se gratifica al contemplar esta esce-

na sincera he pensado que la pareja de esta descripción, que mutuamente se necesita y son a la vez independientes el uno del otro, porque cada uno cumple con los deberes propios de su estado, poseían todo lo que la vida puede ofrecer. Suficientemente salvaguardados de la pobreza miserable para no tener que medir las consecuencias de cada céntimo que gastan, poseen lo suficiente para servir a un sistema económico frío, que estrecha el corazón y la mente. Yo declaro, y así de vulgares son mis concepciones, que poseo no aquello que se desea para que esta situación sea la más feliz y respetable del mundo, sino un gusto por la literatura, para dar algo de variedad e interés a las conversaciones de sociedad, y un poco de dinero extra para satisfacer los pequeños gastos y comprar libros, porque no es agradable, cuando el corazón se llena de compasión o la cabeza de actividad planeando cosas útiles, oír la voz de la conciencia representada en un granujilla que nos retira el brazo cuando pretendemos sacar algo de un bolso casi vacío a la vez que nos susurra alguna máxima prudente sobre la propiedad de la justicia.

Las mujeres están más degradadas y anquilosadas por los bienes y honores heredados –que tan destructivos son para el carácter humano– que los hombres, porque ellos pueden todavía, en alguna medida, desarrollar sus propias facultades haciéndose soldados u hombres de Estado.

....

Las absurdas distinciones de rango, que hacen de la civilización una maldición al dividir el mundo entre voluptuosos tiranos y astutos envidiosos subordinados, corrompen casi al mismo nivel a todas las clases, porque la respetabilidad no se liga al desempeño de los deberes relativos a la vida, sino al estado, y cuan-

do no se cumplen plenamente los deberes, las cualidades no pueden ganar la suficiente fuerza para fortificar la virtud de la que son la recompensa natural. Aún existen algunos caminos por los que el hombre puede arrastrarse y atreverse a pensar y actuar por sí mismo; pero ésta es una tarea hercúlea para una mujer porque posee las dificultades peculiares de su sexo para poder vencer, empresa que requiere casi poderes sobrehumanos.

Un legislador sincero y benevolente siempre debe procurar que los intereses de cada individuo sean virtuosos; y de este modo, convirtiendo la virtud privada en cimiento de la virtud pública, se consolida una totalidad ordenadamente, en la que todas las partes tienden a un centro común, pero la virtud pública o privada de una mujer es muy problemática, ya que Rousseau, y una numerosa lista de escritores, insisten en que toda su vida debiera someterse a una severa limitación de la propiedad. ¿Por qué someterla a la propiedad –ciega propiedad– si es capaz de actuar con unos móviles más nobles, si es heredera de la inmortalidad? ¿Se produce siempre azúcar en la sangre vital? ¿No están la mitad de las razas humanas, como los pobres esclavos africanos, sometidas a prejuicios que las brutalizan, cuando, sin embargo, los principios debieran ser los guardianes más seguros, con la única función de endulzar la copa del hombre? ¿No es esto indirectamente una negación de la razón de la mujer? Porque un regalo es una burla si carece de utilidad.

Las mujeres, junto con los hombres, se han convertido en seres débiles y lujuriosos, debido a los placeres relajantes que procura la riqueza; pero además de esto, se han hecho esclavas de sus personas y deben hacerlas fascinantes, a fin de que el hombre les ofrezca su razón para guiar rectamente sus titubeantes pasos. O si son ambiciosas, deben gobernar a sus tiranos con trucos siniestros, porque sin derechos no les pueden incumbir deberes. Las leyes que se refieren a la mujer, que discutiré más adelante, forman

una unidad absurda de un hombre con su mujer; y entonces, por la sencilla transición de considerarle a él únicamente responsable, se la reduce a un cero a la izquierda.

El ser que desempeña los deberes propios de su estado es un ser independiente; y hablando extensamente de las mujeres, su primer deber hacia sí mismas es en tanto en cuanto son criaturas racionales, y el siguiente en importancia, como ciudadanas, que incluye a su vez muchos otros, como el de madre. Este tipo de vida que las dispensa de desempeñar plenamente su deber las degrada necesariamente hasta convertirlas en simples muñecas. Y en lugar de interesarse por algo más importante que cubrir con ropajes una figura suave, sus mentes se ocupan únicamente de una devoción suave y platónica; o sus pensamientos se mantienen activos para la realización de alguna intriga; una que cuando olvidan sus deberes domésticos, no tienen el poder de escoger el campo para hacer marchas o contramarchas como los soldados, o de discutir en el senado, para evitar que sus facultades se debiliten.

Ya sé que, como prueba de la inferioridad de su sexo, Rousseau exclamó exultantemente: «¡Cómo pueden dejar el cuidado de los niños por el campo de batalla!» Y, sin embargo, muchos moralistas han demostrado que el campo de batalla ha sido la escuela de las virtudes más heroicas. A pesar de que pienso que para un agudo casuista le resultaría difícil probar la razonabilidad de la mayor parte de las guerras que han apellidado a los héroes. No pretendo considerar esta cuestión críticamente porque, habiendo visto con frecuencia estos antojos de ambición como primera forma natural de civilización, cuando se ha de arrancar la tierra y clarear los bosques con el fuego y el acero, no puedo atreverme a denominarlos plagas, pero seguramente el sistema actual de guerras tiene muy poco que ver con cualquier denominación de virtud, siendo más bien la escuela de la *finura* y del afeminamiento que de la fortaleza.

Sin embargo, si se tratase de una guerra defensiva, la única guerra justificable en el estado avanzado de la sociedad actual, donde la virtud puede mostrar su rostro y madurar en medio de los rigores que purifican el aire de las cumbres, donde se la puede adaptar sola como justa y gloriosa, pudiera ser que el verdadero heroísmo de la antigüedad animara de nuevo los corazones de las hembras, pero no te alarmes, imparcial y condescendiente lector, porque aunque he comparado el carácter de un soldado moderno con el de una mujer civilizada, no voy a aconsejar cambiar la rueca por el mosquetón, aunque desearía sinceramente ver la bayoneta transformada en un cuchillo de podar. Yo recreé la imaginación, fatigada como estaba de contemplar los vicios y las locuras que proceden de la corriente feculenta de la riqueza que enturbian los puros regatos del afecto natural, y supuse que en un momento o en otro la sociedad estaría constituida de tal modo que el hombre debería desempeñar plenamente sus deberes como ciudadano, o si no sería despreciado, y que mientras se ocupase de alguna de las funciones de la vida civil, su esposa, también ciudadana activa, intentaría de igual modo ocuparse de su familia, educar a sus hijos y ayudar a sus vecinos.

Pero para que ella sea realmente virtuosa y útil, y si desempeña sus deberes civiles, no debe desear de una manera individual la protección de las leyes civiles; su subsistencia no debe depender de la generosidad de su marido mientras él viva, ni que ésta sea su soporte cuando muera; porque, ¿cómo se puede ser generoso sin tener nada propio? ¿O virtuoso sin ser libre? La esposa que, en el estado actual de cosas, es fiel a su marido y no amamanta ni educa a sus hijos, difícilmente se merece el nombre de esposa, y no tiene derecho a ser ciudadana, porque si eliminamos los derechos naturales, desaparecen los deberes.

Sólo se puede considerar entonces a las mujeres como solaz

disoluto de los hombres con su mente y su cuerpo tan debilitados que no pueden esforzarse a menos que pretendan algún placer frívolo o inventar alguna moda banal. ¿Qué puede ofrecer una visión más melancólica a la mente reflexiva que observar el interior de los numerosos carruajes que atropelladamente pasan durante una mañana en esta ciudad, y ver sólo rostros demacrados de unas criaturas que intentan huir de sí mismas? He deseado a menudo, junto con el doctor Johnson, colocarlas en una pequeña tienda con media docena de chiquillos pidiendo ayuda a sus lánguidos semblantes. Estaría muy equivocada si no apareciera pronto una brizna de vigor latente que diera algo de salud y de vida a sus hijos, si algunas líneas dibujadas sobre sus blancas mejillas por el ejercicio de la razón, en las que antes sólo habían ondulado unos hoyuelos, pudieran restaurar la dignidad perdida de su carácter, o más bien capacitarlas para alcanzar la verdadera dignidad de su naturaleza. La virtud no puede alcanzarse a través de la especulación, pero, mucho menos, por la negativa dejadez que la riqueza genera de manera natural.

Además, cuando la pobreza es incluso más vergonzosa que el vicio, ¿no es moral cortar por lo sano? Sin embargo, para evitar malas interpretaciones, y aunque piense que las mujeres, en la mayoría de los casos, están llamadas a desempeñar los deberes de esposas y madres, por religión y razón, no puedo evitar lamentarme de que las mujeres de una clase superior no tengan un camino abierto por el que puedan buscar proyectos más amplios de utilidad e independencia, por la que pienso luchar en el futuro. Y es que pienso realmente que las mujeres han de tener representantes en lugar de ser gobernadas arbitrariamente, sin poder tener ninguna participación en las deliberaciones del Gobierno.

Pero tal y como está ahora el sistema de representación en este país, que no es más que un arma adecuada para ejercer el des-

potismo, no deben lamentarse porque están tan bien representadas como la numerosa clase de trabajadores mecánicos, que pagan para sostener la Corona mientras encuentran dificultades para acallar con pan las bocas de sus hijos. ¿De qué modo están representados aquellos cuyo duro sudor sostiene el espléndido puntal de un heredero forzoso, o abrillanta la carroza de una favorita que lleva la cabeza avergonzada? Los impuestos cargados en los productos más necesarios de la vida capacitan la existencia sin fin de un atributo de príncipes y princesas ociosas que se pasean con estúpida pompa frente a una muchedumbre desganada que casi devora con los ojos ese gran desfile que tan caro les cuesta. Esto no es más que mera grandeza gótica, algo así como la bárbara e inútil cabalgata de centinela a caballo en el Whitehall, y que nunca he podido dejar de mirar con una mezcla de desprecio e indignación.

¡De qué modo tan extraño puede llegar a sofisticarse una mente cuando se deja impresionar por una situación de este tipo! Pero mientras todos estos monumentos a la locura no sean arrasados, la muchedumbre seguirá corrompiéndose con locuras semejantes. Ya que reinará, en algún grado, el mismo carácter en el conjunto de la sociedad; y los refinamientos de la lujuria y las quejas viciosas de la pobreza llena de envidia proscribirán igualmente la virtud de la sociedad, y permitirán que la virtud sólo aparezca como una de las bandas de la camisa del arlequín, vestido por el hombre civilizado.

En las capas superiores de la sociedad cada trabajo es realizado por diputados, como si nunca se pudiera renunciar a los deberes, y aparecen tan seductores los placeres vanos, que la consecuente holgazanería obliga al rico a sacrificarlo todo en las numerosas contiendas, para alcanzar el rango siguiente. Se consideran entonces los cargos más sagrados como prebendas, porque se buscan por interés y se ven únicamente como posibilidad de que un hombre

disfrute de buena compañía. Las mujeres, en particular, sólo desean tener títulos, lo cual es simplemente no tener nada que hacer, sino ir indiferentemente adonde sea ya que con dificultad podrían saber decir lo que quieren.

Pero se me puede preguntar, ¿qué tienen que hacer las mujeres en la sociedad, sino deambular con gracia? Seguramente usted no las condenaría a todas a educar imbéciles y charlotear superficialmente. Por supuesto que no. Ciertamente, las mujeres han de estudiar el arte de ser médicos y curar, y ser buenas enfermeras. La decencia parece reservarles este oficio de comadronas a las mujeres aunque me temo que la palabra comadrona será muy pronto sustituida en nuestros diccionarios por la palabra *accoucheur,* lo que borraría de nuestro idioma una de las muestras de la tradicional delicadeza del sexo femenino.

Podrían también estudiar política y asentar su benevolencia sobre bases más amplias; porque el estudio de la historia difícilmente será más útil que la lectura de romances si se lee como meras biografías, si no se observa el carácter de los tiempos, los progresos políticos de las artes, etc. Resumiendo, si no se considera como la historia del hombre. Pero no la historia de hombres particulares que rellenaron un nicho en el templo de la fama y se lanzaron en la negra y ondulante corriente de los tiempos que silenciosamente va barriendo cuanto se encuentra a su paso en la laguna sin forma que llamamos eternidad. Porque, ¿cómo podemos llamar forma a «aquella forma que carece de ella»?

Podrían buscar sabiamente ocupaciones de varios tipos, si fueran educadas de una manera más ordenada, que pudiera salvar a muchas de la prostitución común y legal. No debieran entonces casarse para conseguir un sostén, de la misma manera que los hombres aceptan puestos en el Gobierno y se olvidan de los deberes que ello implica. Y el intento –¡tan laudatorio!– de procurar ga-

nar su propia subsistencia no les haría caer al nivel de aquellas pobres y abandonadas criaturas que viven en la prostitución. ¿Por qué no se clasifica a las modistas y costureras inmediatamente después de las prostitutas? Los pocos empleos abiertos a las mujeres son, lejos de ser liberales, domésticos; y cuando una educación superior las capacita para hacerse cargo de la educación de los niños como institutrices no se les trata como tutores de los hijos; ni siquiera los tutores clericales son siempre tratados de manera tal que se manifiesten a los ojos de sus pupilos, por no hablar de la inexistencia de un bienestar privado para el individuo, pero las mujeres que se han educado para ser damas nunca están destinadas a una situación humillante que la necesidad, a veces, les fuerza a aceptar; se consideran estas situaciones bajo la luz de una degradación y se conoce poco del corazón humano, que necesita que se le hable, pues nada más que una caída afila más dolorosamente la sensibilidad.

Muchas de estas mujeres pueden reprimir el casarse por un espíritu apropiado de delicadeza, pero otras puede que no lo tengan en su poder para escapar del servilismo por este penoso camino. ¿No es entonces el Gobierno muy defectuoso e inconsciente de la felicidad de la mitad de sus miembros, cuando no provee a las mujeres honestas e independientes animándolas a conseguir situaciones respetables? Pero para ofrecer su virtud privada a un beneficio público deben tener existencia civil en el Estado, casadas o solteras. Si no, continuamente veremos algunas de estas valiosas mujeres, cuya sensibilidad se ha hecho dolorosamente aguda por un menosprecio inmerecido, marchitarse como «las azucenas tronchadas por un arado».

Es una triste verdad. ¡Y ésta es la bendita consecuencia de la civilización! Las mujeres más respetables son las más oprimidas; y considerando a los dos sexos, a no ser que posean inteligencias su-

periores a las normales, no tienen más remedio que hacerse contemplativas a fuerza de ser tratadas como tales. Cuántas mujeres desperdician una vida que, lejos de caer víctimas del descontento, podrían haber ejercido como médicos, dirigir granjas, llevar la marcha de una tienda, y mantenerse erguidas, viviendo de su propio trabajo, en lugar de que sus cabezas colgaran sobrecargadas por el rocío de la sensibilidad que consume la belleza a la que antes dio brillo; y es más, dudo de que la compasión y el amor estén tan cerca consanguíneamente como fingen los poetas, porque muy raramente he visto aparecer compasión por el abandono de mujeres, aunque fueran justas; entonces, quizá, la compasión no era sino la suave doncella del amor o el heraldo de la codicia.

¡Cuánto más respetable que la belleza más perfecta es la mujer que gana su propio pan desempeñando algún deber! Dije belleza, porque me hago cargo de este modo de la belleza de los encantos morales o de la propiedad armoniosa que atenúa las pasiones de una mente bien regulada, y casi me sonrojo al hacer la comparación; sin embargo, suspiro al pensar que pocas mujeres se disponen a conseguir esta respetabilidad, apartándose del remolino vertiginoso del placer, o de la indolente calma que atonta a la mayoría de las mujeres que caen en ella.

Orgullosas de su debilidad, sin embargo, siempre deben ser protegidas y guardadas con cuidado de todas las ásperas tareas que dignifican la mente. Si esto es lo que manda el destino, si han de hacerse a sí mismas insignificantes y despreciables, para desperdiciar suavemente la vida, que no piensen que han de ser valoradas por sus caprichos de belleza, porque el destino de las más perfectas flores es que se las admire y después las deshaga en pedazos la mano descuidada que las arrancó del tallo. Cuánto deseo, desde mi benevolencia más pura, imprimir esta verdad en mi sexo; aunque temo que no querrán oír la verdad que una experiencia adquirida

ha hecho penetrar en más de un corazón atormentado, y que no querrán renunciar voluntariamente a los privilegios de la humanidad, privilegios que no se merecen aquellos que no desempeñan sus deberes.

En mi opinión, los escritores más útiles son aquellos que hacen sentir al hombre por el hombre, independientemente del estado social que tenga, o del ropaje de ficticios sentimientos; y entonces, convencería contenta a algunos hombres razonables de la importancia de mis comentarios; y les prevendría de pesar desapasionadamente el temor total de mis observaciones. Hago una llamada a sus inteligencias; como un semejante, clamo en nombre de mi sexo alguna muestra de interés en sus corazones. Les ruego que participen en la emancipación de su compañera para hacerla un auxiliar suyo.

¿Soltarían los hombres generosamente nuestras cadenas y se alegrarían de tener una compañera racional en lugar de una esclava obediente, encontrar en nosotras unas hijas más observadoras, hermanas más cariñosas, esposas más fieles, madres más razonables, en una palabra, ciudadanas?

Debiéramos entonces amarles con verdadero cariño, porque aprenderíamos a respetarnos a nosotras mismas; y la paz y la mente de un hombre valioso no se interrumpiría para la estúpida vanidad de su mujer, ni se enviaría a los recién nacidos a vivir junto a un regazo extraño, sin que pudieran encontrar nunca su hogar en el seno de su madre.

CAPÍTULO X

El amor paterno

El amor paterno es, quizá, la más ciega metamorfosis del egoísmo perverso; porque nosotros no tenemos, como los franceses [1], dos términos para distinguir la busca de un deseo natural y racional, de los tanteos ignorantes de la debilidad. Los padres aman a menudo a sus hijos de la manera más brutal y sacrifican cualquier deber relativo para promover su avance por el mundo, promover el bienestar futuro de aquellos seres cuya existencia actual amargan con las más despóticas manifestaciones de poder, tal es la perversidad de prejuicios que no se basan en ningún principio. El poder es, de hecho, verdadero a su principio vital porque reina sobre cada semblante sin controles ni preguntas. Se ha alzado su trono sobre un oscuro abismo que ningún ojo puede pretender explorar, no vaya a ser que el edificio sin cimentación se tambalee bajo una investigación. La obediencia, la obediencia incondicional, es el reclamo de cualquier clase de tirano, y para conseguir una «seguridad doblemente segura», un despotismo sostiene al otro. Motivos tendrían para temblar los tiranos si la razón se convirtiese en la regla del deber para cualquiera de las relaciones de la vida porque la luz puede propagarse hasta que amanezca el nuevo día. Y cuando apareciese, ¡cómo se reirían los hombres a la vista de espantapájaros que aparecieron durante la noche de la ignorancia o en el crepúsculo de una tímida pregunta!

---

[1] *L'amour prope. L'amour de soi-même.*

El amor paternal no es sino un pretexto de la mayoría de las mentes para tiranizar ahí donde quedan impunes, porque sólo los hombres sabios y buenos se complacen con el respeto que conlleva la discusión. Convencidos de que tienen razón en lo que propugnan no temen los razonamientos, ni se horrorizan de la criba de asuntos a que recurre la justicia natural: porque creen firmemente que la mente humana más iluminada se convierte en la raíz profunda que escogerá los principios simples y justos. No se detienen en expedientes ni aceptan que aquello que es metafísicamente verdadero pueda ser prácticamente falso, sino que desdeñando los caminos momentáneos esperan pacientemente a que el tiempo, que sanciona las innovaciones, silencie el silbido del egoísmo o de la envidia.

Si el poder de reflexionar sobre el pasado y de lanzar una penetrante mirada hacia el futuro son los grandes privilegios del hombre debe concederse que alguna gente disfruta en un grado muy limitado de esta prerrogativa. Cualquier cosa nueva se les aparece como mala; e incapaces de distinguir entre lo posible y lo monstruoso, sienten miedo donde no debieran sentirlo, y huyen de la luz de la razón como si se tratase de una tea ardiente; sin embargo, nunca se han definido los límites de lo posible para detener la vigorosa mano del innovador.

La mujer, sin embargo, al ser una esclava de los prejuicios en cada situación, raramente ejerce un cariño maternal ilustrado, porque, o se olvida de sus hijos o los malcría con excesiva indulgencia. El cariño que sienten algunas mujeres por sus hijos es, como ya hemos mencionado antes, con frecuencia muy brutal, porque destruye toda centella de humanismo. Estas Rebecas lo sacrifican todo, la justicia, el amor; y por amor a sus *propios* hijos violan los deberes más sagrados, olvidando la relación común que mantiene unida a la familia sobre la tierra. Sin embargo, la razón

parece decir que ellas, que sufren un deber o un afecto para absorber todos los restantes, no tienen un corazón o mente suficientes para desempeñar aquel de una manera consciente. Entonces, pierde su aspecto venerable de deber para asumir la forma fantástica de un capricho.

Como uno de los grandes deberes que van unidos al carácter de la mujer por su naturaleza es el cuidado de sus hijos durante su infancia, si se considera este deber de una manera apropiada se tendría que hacer frente a una multitud de poderosos argumentos para fortalecer su inteligencia.

La formación de la mente debe comenzar pronto y el temperamento en particular requiere una atención de lo más juicioso, una atención que no puede prestar una mujer que sólo ama a sus hijos porque son sus hijos, sin ver más allá de los sentimientos a la hora de fundar su deber. Es este deseo de razón en sus afectos lo que hace a las mujeres irse a los extremos y ser, o bien las madres más amantísimas o las más descuidadas y antinaturales.

Para ser una buena madre, una mujer debe poseer ese sentido común e independencia que muy pocas mujeres tienen porque han sido educadas para depender enteramente de sus maridos. Las esposas dóciles son por lo general madres estúpidas que desean que sus hijos las amen más que a nadie y que formen, en secreto, partido como ellas frente al padre, al que se considera un papanatas. Cuando el castigo se hace necesario es el padre quien debe infligirlo, aunque la ofensa haya sido hacia la madre; el padre ha de ser el juez en todas sus disputas, pero discutiré más profundamente esta cuestión cuando trate el tema de la educación privada. Ahora sólo quiero insistir que a menos que no se ensanche la inteligencia de la mujer y se proporcione mayor firmeza a su carácter, permitiéndole gobernar sus propios actos, nunca tendrá el suficiente sentido común o disposición temperamental para en-

tendérselas con sus hijos convenientemente. Difícilmente se merece el hombre amor materno si no amamanta a sus hijos porque el desempeño de un deber está calculado para que inspire igualmente amor materno y filial: y es deber indispensable de hombres y mujeres desarrollar plenamente aquellos deberes que engendran afecto porque es el preservativo más seguro contra el vicio. El afecto natural, tal y como se denomina, pienso que es un lazo muy tenue, porque el cariño debe crecer de la práctica habitual de una simpatía mutua. ¿Y qué simpatía ejerce una madre que envía a su hijo con una nodriza y lo recoge de ésta para enviarlo al colegio?

En el ejercicio de los sentimientos maternales, la Providencia ha proporcionado a las mujeres un sustituto natural del amor, cuando el amante pasa a convertirse en amigo y la confianza mutua toma el lugar que antes ocupaba una admiración excesiva –un niño– , entonces vibran las cuerdas relajantes y una atención mutua crea una nueva simpatía mutua, pero un niño, aunque brinde su afecto, no lo alentará si tanto el padre como la madre se contentan con transferir a su cargo a unos asalariados; y aquellos que delegan sus deberes no debieran murmurar si pierden el premio del deber, ya que sólo el amor paterno crea deberes filiales.

CAPÍTULO XI

Deberes para con los padres

Parece que existe una indolente tendencia en el hombre a que las reglas ocupen el lugar que corresponde a la razón, y a situar cada deber sobre un fundamento arbitrario. Los derechos de los reyes se deducen por línea directa del Rey de los reyes, y los de los padres derivan de nuestros primeros padres.

¿Por qué retrocedemos de este modo en busca de principios que siempre han descansado sobre la misma base, que tienen el mismo peso que tuvieron hace miles de años, ni una pizca más? Si los padres desempeñaran su deber tendrían un fuerte dominio y un derecho sagrado a la gratitud de sus hijos, pero muy pocos están dispuestos a recibir el respetuoso cariño de sus vástagos en tales términos. Exigen una obediencia ciega porque no se merecen un servicio razonable, y para hacer que estas exigencias de debilidad y obediencia sean más duraderas se cubren con una misteriosa santidad los principios más arbitrarios, porque, ¿de qué otro modo puede denominarse el deber ciego de obediencia a unos seres viciosos y débiles, simplemente porque obedezcan a un instinto poderoso?

La simple definición del deber recíproco que subsiste de una manera natural entre el padre y el hijo puede ofrecerse en unas pocas palabras. El padre que conceda una atención conveniente a la infancia desamparada tiene el derecho a exigir la misma atención cuando la debilidad de la vejez se cierna sobre él. Pero el hecho de someter a un ser racional al mero deseo del otro, cuando

ya tiene mayoría de edad para responder ante la sociedad, es la extensión más impropia y más cruel del poder, y quizá sea tan injurioso a la moralidad como aquellos sistemas religiosos que no admiten la existencia del bien y del mal sino únicamente la Voluntad Divina.

Nunca conocí a un padre que hubiera ofrecido algo más que una atención común a los hijos que eran despreciados[1]. Por el contrario, no es fácil liberarse del hábito precoz de contar casi implícitamente con la opinión de un padre respetable, incluso cuando la razón adulta convence al niño de que su padre no es el hombre más sabio del mundo. El hombre debe acorazarse frente a esta debilidad, aunque se la adorne con algún epíteto amable, ya que se le encadena a la mente y la prepara para una sumisión esclava a todos los poderes excepto la razón; es el absurdo deber, que tan a menudo se inculca, de obedecer al padre sólo porque es el padre.

Distingo entre deberes naturales y deberes accidentales para con los padres.

El padre que asiduamente procura formar el corazón de su hijo y engrandecer su inteligencia ha dado aquella dignidad al desempeño de un deber, que es común a todo el reino animal y que sólo la razón puede ofrecer. Es éste el cariño paterno de la humanidad, que deja muy atrás todos los afectos instintivos y naturales. Tal padre adquiere todos los derechos de la amistad más sagrada, y sus consejos siempre obligarán a una consideración futura cuando su hijo sea ya adulto.

Respecto al matrimonio, a pesar de que a partir de los veintiún años parece que el padre no tiene derecho a retener su consentimiento en ningún caso, esos veinte años de cuidados piden, sin embargo, algo a cambio y el hijo debiera prometerle al menos no

[1] El doctor Johnson hace la misma observación.

casarse en dos o tres años, si el objeto de su elección no hallaba la aprobación total de su primer amigo.

Pero respecto a los padres, hablando en general, se trata de un principio mucho más degradante; es el respeto egoísta por la propiedad. El padre que es obedecido ciegamente lo es desde una debilidad completa o por motivos que degradan el carácter humano.

Mucha de la desgracia que existe por el mundo bajo formas espantosas surge de la negligencia de los padres; y, sin embargo, son éstas las personas más tenaces con lo que ellos denominan un derecho natural, aunque se subvierta el derecho a actuar de acuerdo con los dictámenes de la propia razón.

A menudo he tenido ocasión de observar que la gente viciosa e indolente está siempre ansiosa de aprovecharse por la fuerza de privilegios arbitrarios, generalmente en la misma proporción en que olvidan el desempeño de los deberes que hacen de los privilegios algo razonable. Esto es, en definitiva, un dictado del sentido común, o del instinto de autodefensa, característico de la debilidad ignorante y que se parece al instinto que hace que un pez enturbie el agua en la que nada para eludir a su enemigo, en lugar de enfrentarse intrépidamente en las aguas claras.

En efecto, los que mantienen las normas huyen de la clara corriente de la argumentación, y refugiándose en la oscuridad, que en el sublime lenguaje poético se la supone rodeando el trono de la Omnipotencia, se atreven a exigir ese respeto implícito que sólo se debe a los inescrutables designios divinos. Pero que no se me tilde de presuntuosa; la oscuridad que nos esconde a nuestro Dios sólo es respecto a las verdades especulativas. Nunca oscurecen las verdades morales; ellas brillan con claridad porque Dios es la luz y nunca por la constitución de nuestra naturaleza, requiere el desempeño de un deber cuya razonabilidad no nos ciega cuando abrimos los ojos.

El padre indolente de alto rango, es cierto, puede obtener ciertas muestras de respeto de su hijo por la fuerza y las mujeres están especialmente sometidas, en este continente, a los puntos de vista de sus familias, a quienes nunca se les ocurre consultar sus indicaciones, o proveer de bienestar a las pobres víctimas de su orgullo. La consecuencia es notoria: estas hijas cargadas de deberes se hacen adúlteras, y olvidan la educación de sus hijos, a los que exigen, sin embargo, el mismo tipo de obediencia.

Es cierto que las mujeres de todos los países están demasiado dominadas por sus padres, y aunque el Cielo que gobierna todas las razas parece seguir unas directrices racionales, muy pocos padres piensan dirigir a sus hijos por ellas; te interesa obedecerme hasta que puedas juzga˜ por ti mismo; nuestro padre Omnipotente ha implantado en mí un cariño que te servirá de guardián mientras tu razón se va desarrollando, pero cuando tu mente alcance la madurez debes sólo obedecerme, o mejor, respetar mis opiniones, siempre y cuando coincidan con la luz que se está abriendo en tu propia mente.

Un cautiverio esclavista respecto a los padres impide cualquier facultad de la mente, y Locke observa muy juiciosamente que «si la mente se sujeta y se abate demasiado en los niños, si su vivacidad se acalla y se humilla por una mano demasiado estricta sobre ellas, pierden todo su vigor y laboriosidad». Esta mano estricta debe contar en algún grado sobre la debilidad de las mujeres porque las chicas, por diversas causas, están mucho más dominadas por sus padres que los muchachos. El deber que se espera de ellas es, como todos los deberes arbitrariamente impuestos a las mujeres, más del sentido de la propiedad y del decoro que de la razón y así, educadas servilmente para someterse a sus padres, se preparan para la esclavitud del matrimonio. Se me puede decir que algunas mujeres no son esclavas de su estado matrimonial. Cierto, pero en-

tonces se hacen tiránicas, porque no se trata de una libertad racional, sino de una clase de poder sin leyes, que se asemeja a la autoridad que ejercitaban las favoritas de los monarcas absolutistas, y que obtenían por medios degradantes. Asimismo, no sueño con insinuar que los niños y las niñas son siempre esclavos. Sólo insisto que cuando se les obliga a someterse ciegamente a la autoridad se debilitan sus facultades y sus temperamentos se hacen imperiosos y abyectos. También lamento que los padres, aprovechándose de un supuesto privilegio, desanimen las primeras manifestaciones de su balbuceante razón, haciendo del deber que están ansiosos de fortalecer un nombre vacío, porque no le dejarán descansar sobre la única base que un deber puede reposar con seguridad, porque a menos que se funde sobre el conocimiento, no puede ganar fuerza suficiente para resistir los arrebatos de la pasión o la silenciosa labor de zapa del amor que uno siente por sí mismo. Pero no son los padres quienes han dado la prueba más segura del cariño que sienten por sus hijos o, hablando con propiedad, quienes, colmando su deber, han permitido que un cariño paterno natural se alojara en sus corazones, esto es, el niño de ejercitada simpatía y razonamientos, y no la descendencia presuntuosa del orgullo egoísta que insiste vehemente en la sumisión de sus hijos a su voluntad simplemente porque es su voluntad. Por el contrario, el padre que da buenos ejemplos permite pacientemente que el ejemplo haga su labor y raramente falla en engendrar su natural efecto, es decir, la reverencia filial.

A los niños no se les puede enseñar demasiado pronto a someterse a la razón, la verdadera definición de aquella necesidad sobre la que tanto insistía Rousseau y que nunca llegó a definir; porque someterse a la razón es someterse a la naturaleza de las cosas, y Dios las ha formado para esto, para promover los intereses verdaderos.

¿Por qué han de torcerse las mentes infantiles justo cuando comienzan a expandirse, sólo para favorecer la indolencia de los padres que insisten en mantener un privilegio sin estar dispuestos a pagar el precio fijado por la naturaleza? Anteriormente he tenido ocasión de observar que un derecho implica siempre un deber, y pienso que también puedo inferir con justicia que quienes pierden el derecho son los que no cumplen el deber.

Es más fácil, admito, gobernar que razonar; pero de aquí no se deduce que los niños no puedan comprender la razón de por qué se han acostumbrado habitualmente a ciertas cosas; porque de una adherencia firme a unos pocos y sencillos principios de conducta se desprende el poder beneficioso que un juicioso padre va ganando sobre la mente de un niño. Y este poder se hace fuerte, en efecto, si se tempera con un despliegue de cariño que el corazón del niño lleva al hogar, porque creo, como regla general, que se debe admitir que el cariño que inspiramos siempre se asemeja al que nosotros cultivamos; de este modo, estos afectos naturales que se han supuesto casi diferentes de la razón se pueden hallar conectados mucho más cerca del entendimiento de lo que comúnmente se acepta. Y aún es más, como otra prueba de la necesidad de cultivar la inteligencia de la mujer basta observar que los afectos parecen poseer un tipo de actitud caprichosa cuando sólo residen en el corazón.

Es el arbitrario ejercicio de la autoridad paterna lo que insulta a la mente en primer lugar, y las niñas se encuentran más sometidas a estas arbitrariedades que los niños. El deseo de aquellos que nunca permiten que su voluntad se discuta, a menos que coincida con estar de buen humor, cuando se relajan proporcionalmente, es casi siempre irrazonable. Para eludir esta autoridad arbitraria, las niñas aprenden muy pronto aquellas lecciones que luego pondrán en práctica con sus maridos. He observado fre-

cuentemente a alguna niñita de rostro vivaz mandar en toda una familia excepto cuando la ira de mamá estalla por alguna nube pasajera; por cierto, su cabello estaba despeinado[2] o había perdido más dinero del previsto jugando a las cartas la noche anterior del que estaba dispuesto a gastar su marido; o alguna moral de este tipo fue la causa de su enfado.

Después de observar salidas de este tipo me he dejado llevar por una melancólica reflexión sobre las mujeres, concluyendo que cuando su primer afecto las conduce por un camino erróneo, o hace que sus deberes se hundan hasta descansar sobre meros caprichos y costumbres, poco puede esperarse de ellas según van avanzando en la vida. ¿Cómo puede remediar este mal el instructor? Porque enseñarles una virtud basada en cualquier principio sólido es enseñarles a desobedecer a sus padres. No se puede, no se debe enseñar a los niños a hacer concesiones a las faltas de sus padres porque cada concesión debilita la fuerza de la razón en sus mentes; y les hace sentirse más indulgentes respecto a sus propias faltas. Una de las virtudes más sublimes de la madurez es la que nos lleva a ser severos con nosotros mismos y a reprimirnos respecto a los demás, pero a los niños se les debiera enseñar sólo las virtudes sencillas, porque si empiezan demasiado temprano a hacer concesiones a las costumbres y a las pasiones humanas se desprenden del límite delgado del criterio por el que debieran regular el suyo propio y se hacen seres injustos en la misma proporción en que crecen indulgentes.

Los afectos de los niños y de la gente débil son siempre egoístas; aman a sus familias porque ellas les quieren y no por sus vir-

---

[2] Yo misma oí decir a una niña una vez a su criado «mi mamá me ha estado regañando un montón esta mañana porque el peinado de su cabello no le agradaba». Aunque esta observación sea petulante, es justa. ¿Y qué respeto puede adquirir una niña por su progenitor de este modo, sin violentar la razón?

tudes. Sin embargo, la moralidad tropezará en el umbral, mientras que la estimación y el amor no estén combinados conjuntamente en el primer afecto, y la razón no sea más que la fundación del primer deber. Pero hasta que la sociedad no esté constituida de una manera diferente de lo que está ahora, los padres, me temo, seguirán insistiendo en ser obedecidos, porque serán obedecidos, y constantemente procurarán asentar ese poder sobre un derecho divino que no podrá soportar una investigación de la razón.

CAPÍTULO XII

Sobre la educación nacional

....

Ya he advertido sobre los malos hábitos que adquieren las mujeres cuando se las confina juntas; y pienso que podría extenderse con justicia esta observación al otro sexo, mientras no se deduzca la inferencia natural que, por mi parte, he tenido siempre presente, esto es, promover que ambos sexos debieran educarse juntos, no sólo en las familias privadas sino también en las escuelas públicas. Si el matrimonio es la base de la sociedad, toda la humanidad debiera educarse siguiendo el mismo modelo, o si no, la relación entre los sexos nunca merecerá el nombre de compañerismo, ni las mujeres desempeñarán los deberes peculiares de su sexo hasta que no se conviertan en ciudadanas ilustradas, libres y capaces de ganar su propia subsistencia, e independientes de los hombres; del mismo modo, para prevenir una mala interpretación, quiero decir que un hombre es independiente de otro. Es más, el matrimonio no se considerará nunca sagrado hasta que las mujeres, educándose junto con los hombres, no estén preparadas para ser sus compañeras, en lugar de ser únicamente sus amantes; porque los viles entresijos de la artificiosidad nunca las harán seres compatibles, mientras la opresión les intimide. Estoy tan convencida de esta verdad, que me aventuraría a predecir que la virtud nunca prevalecerá en la sociedad mientras las virtudes de ambos sexos no se fundamenten en la razón; y mientras no se permita que los afec-

tos comunes a ambos sexos ganen su fuerza natural a través del desempeño de sus deberes mutuos.

Si se les permitiera a los chicos y chicas seguir sus estudios juntos se podrían inculcar muy pronto aquellos hermosos pudores que edifican la modestia, prescindiendo de esas distinciones sexuales que enturbian la mente. Las lecciones de educación y todo el formulario del decoro que caminan sobre los talones de la falsedad resultarían inútiles para un comportamiento cotidiano correcto. No, por supuesto, fingiéndolo para las visitas, como las galantes túnicas de la diplomacia, sino por el efecto soberbio de una mente limpia. ¿No sería esta sencilla elegancia de la sinceridad un casto homenaje en pago a los afectos domésticos, sobrepasando ampliamente los meretricios cumplidos del brillo y el falso lustre de la comunicación deshumanizada de la vida que está de moda? Pero, mientras no predomine más la inteligencia en la sociedad, siempre habrá un deseo de pasión y de placer, y el *rouge* de la prostituta suplirá el puesto de esa película celestial que sólo los afectos virtuosos pueden proporcionar al rostro. La galantería, y lo que se denomina amor, pueden existir sin la simplicidad de carácter; pero los pilares principales de la amistad son el respeto y la confianza. ¡La estima nunca se funda en lo que no se conoce!

El gusto por las Bellas Artes requiere una gran dedicación, pero no más que el gusto por los afectos virtuosos, y ambos suponen ese engrandecimiento de la mente que abre tantas puertas a los placeres mentales. ¿Por qué la gente se apresura a ir a los escenarios ruidosos y a los circos abarrotados de gente? Contestaría que porque desean actividad mental, porque no han apreciado las virtudes del corazón. Entonces, sólo ven y sienten por lo tosco, y se consumen continuamente en busca de la variedad, encontrando que todo es simple e insípido.

Este argumento podría desarrollarse más de lo que los filóso-

fos se percatan porque, si la naturaleza destinó a la mujer en particular para el desempeño de las tareas domésticas, la hizo susceptible de lograr afectos en una gran medida. Ahora a las mujeres les gusta notoriamente el placer, y debe ser naturalmente así de acuerdo con mi definición, porque no pueden entrar en las *minutiae* del gusto doméstico, faltándoles el entendimiento que es la base de todos los gustos. Porque la inteligencia, a despecho de los caballeros sensuales, se reserva para sí misma el privilegio de transmitir el goce puro al corazón.

Con qué lánguido bostezo he visto arrojar a un lado un poema admirable que un hombre de gusto volvería a leer una y otra vez con pasión; y mientras una melodía me hacía casi contener la respiración, una señorita me preguntó que dónde compré mi vestido. He visto también unos ojos mirando fríamente el más exquisito descanso pictórico, y centellear de placer frente a una caricatura burdamente trazada; y mientras que alguna fisonomía de la naturaleza terrible ha desplegado a través de mi alma un sosiego sublime se me ha suplicado que observara las bonitas tretas de un perrito faldero que mi perverso sino me obligaba a llevar conmigo. ¿Sorprende que tal ser sin gusto prefiera acariciar a este animalito en lugar de a sus hijos? ¿O que prefiera el lenguaje grandilocuente de los halagos a los acentos sencillos de la sinceridad?

Para ilustrar esta nota se me debe permitir observar que los hombres de mentes más cultivadas y geniales se han manifestado con el gusto más elevado por las bellezas sencillas de la naturaleza; y deben de haber sentido forzosamente el encanto que los afectos naturales y los sentimientos cándidos vierten alrededor del carácter humano, y que ellos han sabido describir tan bien. Es este poder de observar el corazón y vibrar responsablemente con cada emoción lo que permite al poeta personificar cada pasión y al pintor trazarlas con un lápiz de fuego.

El verdadero gusto consiste en emplear la inteligencia observando los afectos naturales; y mientras que las mujeres no posean más inteligencia es vano esperar de ellas un gusto doméstico. Sus sentidos vivaces siempre trabajarán para insensibilizar sus corazones, y las emociones que manifiesten continuarán siendo vehementes y transitorias a menos que una educación apropiada surta sus mentes de conocimientos.

Es el deseo por los placeres domésticos y no la adquisición de conocimiento lo que saca a las mujeres de sus familias y atormenta al bebé sonriente desde un pecho que debiera esforzarse en proporcionarle su nutrición. Se ha permitido a las mujeres permanecer en la ignorancia y la dependencia esclavista durante muchos, muchísimos años, y aún no oímos nada más que su gusto por los placeres y el poder, su preferencia por los calaveras y los soldados, su afición infantil por los juguetes, y la vanidad que les hace valorar más los adornos que las virtudes.

La historia arrastra un tremendo catálogo de todos los crímenes que sus artimañas han producido, cuando los débiles esclavos tuvieron el suficiente coraje como para sublevarse contra sus amos. ¿En Francia y en cuántos muchos otros países han sido los hombres lujuriosos déspotas y las mujeres fraudulentos ministros? ¿No prueba esto que la ignorancia y la dependencia las domestica? ¿No es una locura el objeto de burla de los libertinos que se expanden por su sociedad? ¿Y no se lamentan continuamente los hombres sensatos de que un inmoderado gusto por los vestidos y la disipación aleja a las madres de familia del hogar para siempre? Sus corazones no se han pervertido por el conocimiento, ni sus mentes se han guiado por aspiraciones científicas, y ni siquiera desempeñan los deberes peculiares que como mujeres la naturaleza les llama a cumplir. Por el contrario, el estado de guerra que subsiste entre los sexos les hace emplear estos ardides

que a menudo frustran los designios más abiertos de la naturaleza.

Cuando, por tanto, considero a las mujeres esclavas, me refiero en el sentido político y civil; porque indirectamente obtienen demasiado poder, y se envilecen con sus esfuerzos para obtener una soberanía ilícita.

Dejemos que una nación ilustrada[1] pruebe entonces lo que un efecto de razón les devolvería a la naturaleza y a su deber; y permitiéndoles compartir las ventajas de la educación y del gobierno con el hombre, ver si se hacen mejores, mientras crecen en sabiduría y se liberan. No se las puede injuriar por la experiencia, porque no está en poder del hombre convertirlas en algo más insignificante de lo que son actualmente.

Para que esto se pudiera llevar a la práctica, el Gobierno debiera establecer escuelas diurnas para determinadas edades, en las que se pudieran educar conjuntamente niños y niñas. La escuela para los niños más jóvenes, de cinco a nueve años, debiera ser absolutamente gratuita y abierta a todas las clases[2]. Un número suficiente de maestros, escogidos por un comité seleccionado de cada parroquia, al que se pudiera reclamar cualquier protesta de negligencia, etc., en caso de que la apoyara la firma de seis padres.

Los profesores auxiliares serían entonces innecesarios; porque creo que la experiencia siempre prueba que este tipo de autoridad es particularmente nociva para la moral de la juventud. En efecto, ¿qué puede tender a depravar más el carácter que la sumisión externa y el desprecio por dentro? Y es más, ¿de cuántos niños puede esperarse que traten con respeto a un auxiliar, cuando el maestro parece considerarle un sirviente, casi para fomentar el ridículo, que

---

[1] Francia.

[2] Al tratar esta parte del tema, he pedido prestadas algunas sugerencias de un folleto muy sensato, escrito por el difunto obispo de Autún, titulado *Sobre la educación pública*.

se convierte en la diversión principal de los niños durante las horas de recreo?

Pero nada de esto podría ocurrir en una escuela diurna elemental, donde se encontraran niños y niñas, ricos y pobres. Y para prevenir cualquiera de las distinciones propias de la vanidad deberían vestirse igual y obligarles a someterse a la misma disciplina, o en caso contrario tener que abandonar la escuela. El espacio escolar debiera estar rodeado por un espacio de tierra, donde los niños pudieran moverse libremente, porque a esta edad no se les puede obligar a actividades sedentarias que duren más de una hora cada vez. Pero estos ejercicios físicos de relajación debieran, todos ellos, limitarse a una sola parte de la educación, ya que existen muchas otras cosas que mejoran y divierten los sentidos, cuando se presentan como un espectáculo entretenido y a cuyos principios los niños vuelven un oído sordo si son presentados de una manera sobria y aburrida. Por ejemplo, la botánica, la mecánica y la astronomía; leer, escribir, aritmética, historia natural y algunos experimentos sencillos de filosofía natural pueden ocupar todo el día. Pero estos objetivos no debieran quitar tiempo nunca a los juegos gimnásticos al aire libre. Los elementos de religión, historia, historia del hombre y política debieran enseñarse a través de charlas a la manera socrática.

Después de la edad de nueve años, los niños y niñas designados para ocupaciones domésticas, o empleos mecánicos, debieran ser destinados a otras escuelas y recibir, en alguna medida, instrucciones apropiadas al destino de cada cual, siguiendo todavía durante las mañanas los dos sexos juntos; pero durante las tardes, las niñas debieran asistir a una escuela donde se entretuvieran con trabajos sencillos como la modistería y la sombrerería.

Los jóvenes de cualidades superiores, o que poseyeran fortuna, deberían instruirse a continuación en otra escuela más com-

pleta, sobre las lenguas vivas y muertas, los elementos de la ciencia y continuar sus estudios de historia y política, sin excluir la literatura amena.

¿Todavía juntos los niños y las niñas? Oigo preguntar a algunos lectores. Sí. Y no temería ninguna otra consecuencia más que la de que un afecto prematuro pudiera tener lugar; el cual, aunque tuviera el efecto más valioso sobre el carácter de la juventud, pudiera no coincidir totalmente con las opiniones de sus padres, ya que pasará largo tiempo, me temo, hasta que el mundo esté lo suficientemente preparado para que los padres, deseosos únicamente de hacer a sus hijos virtuosos, les permitan escoger por sí mismos a sus compañeros de vida.

Además, éste sería un camino seguro para promover matrimonios tempranos, y de estos matrimonios precoces surgen de manera natural los efectos morales y físicos más saludables. Qué carácter tan distinto asume un ciudadano casado del mequetrefe egoísta, que sólo vive para sí mismo, y que teme casarse a menudo, a menos de que pueda vivir siguiendo un cierto estilo de vida. A excepción de grandes apuros, que raramente ocurren en una sociedad en la que la igualdad es la base, un hombre sólo puede estar preparado para desempeñar los deberes de la vida pública ejercitando de una manera habitual aquellos deberes que conforman al hombre.

Con este plan educativo no se arruinaría la constitución de los niños por glotonerías tempranas, que actualmente hacen a los hombres tan egoístas, ni a las niñas débiles y vanas por la indolencia y las pretensiones frívolas. Pero, presupongo, debiera establecerse para esto tal grado de igualdad entre los sexos que, excluyendo la galantería y la coquetería, permitiera el desarrollo de la amistad y el amor para temperar el corazón a través del desempeño de los más altos deberes.

Serían éstas escuelas de moralidad y, permitiendo que la felicidad del hombre fluyera de los cauces más puros del deber y la estimación, ¿qué adelantos no puede conseguir la mente humana? La sociedad sólo puede ser feliz y libre en proporción a su virtud; pero las distinciones actuales establecidas en la sociedad corroen todo lo privado y marchitan toda virtud pública.

Ya he prorrumpido contra la costumbre de confinar a las niñas a sus labores, y de separarlas de todos los empleos políticos y civiles; pero así estrechan sus mentes y resultan ineptas para desempeñar los deberes que la naturaleza les ha asignado.

Ocupadas únicamente en los incidentes menores del día, crecen a la fuerza artificiales. Mi alma ha enfermado a menudo observando los trucos disimulados que practican las mujeres para conseguir cualquier nadería por la que suspiran sus estúpidos corazones. Como no se les permite disponer de dinero ni de considerar nada propiamente suyo, aprenden a sisar del dinero de la compra; o si su marido se ofende por no estar en casa, o por provocar algún sentimiento de celos, un nuevo vestido, o cualquier gatusería bonita, suavizan el ceño fruncido de Juno.

Pero estas *pequeñeces* no degradarían su carácter si se las incitara a respetarse a sí mismas, si los asuntos políticos y morales les fueran asequibles; y, me aventuraré a afirmar que éste es el único camino para hacerlas aplicadas, de una manera apropiada, a sus deberes domésticos. Una mente activa cubre el círculo total de sus deberes y encuentra tiempo suficiente para todos. No es, sostengo, un intento atrevido de emular las virtudes masculinas; no es el encanto de los objetivos literarios o de la investigación constante de materias científicas lo que aleja a las mujeres de su deber. No, es la indolencia y la vanidad, el amor al placer y al poder, lo que reinará siempre soberanamente en una mente vacía. Y digo vacía enfáticamente, porque la educación que ahora reciben las mujeres a duras

penas puede merecer el nombre. Porque el escaso conocimiento que se las hace adquirir durante los importantes años de la juventud se remite únicamente a banalidades; y los adornos sin un cimiento, a menos que la inteligencia esté cultivada, son superficiales y monótonos. Como los encantos de un rostro maquillado, sólo encienden los sentidos entre el gentío; pero en el hogar, queriendo inteligencia, quieren variedad. La consecuencia es obvia; en los alegres escenarios de disipación nos encontramos la mente y el rostro artificiales, porque aquellas que vuelan de la sociedad temen, cercanas a la soledad, el círculo doméstico; no estando en su poder divertir o interesar, sienten su propia insignificancia, y no encuentran nada que les divierta y les interese a ellas mismas.

Además, ¿qué hay menos delicado que una joven *creciendo* en el mundo de la moda? Lo que, en otras palabras, es traer al mercado a una señorita casadera, cuyo cuerpo es llevado de un escenario público a otro ricamente emperifollado. Aún, mezcladas en el círculo veleidoso con trabas, estas mariposas anhelan más altos vuelos, porque el primer afecto que sienten en sus almas es hacia sus propias personas, para lo cual se las ha ido preparando con el más celoso cuidado mientras se preparaban para el momento en que decidieran el destino de su vida. En lugar de seguir esta ociosa rutina, luchando contra las manifestaciones sin gusto y contra las situaciones deshumanizadas, con qué dignidad podrían los jóvenes de ambos sexos formar afectos en las escuelas que he descrito someramente; en las cuales, según fueran pasando los años, podrían sumarse como ejercicios relajantes el baile, la música y la pintura, ya que debieran permanecer en ellas los jóvenes de fortuna hasta que fueran más o menos mayores de edad. Aquellos que estuvieran destinados a profesiones específicas podrían asistir durante tres o cuatro mañanas a la semana a aquellas escuelas apropiadas para su instrucción inmediata.

Vierto ahora estas observaciones sólo como sugerencias; más bien como las directrices generales del plan que doy a entender que el plan ya meditado totalmente; pero debo añadir que apruebo totalmente la regulación mencionada en el folleto al que me acabo de remitir[3], que es la de que los niños sean independientes de los castigos. Éstos debieran intentarse a través de sus compañeros, lo que sería un método adquirible para fijarles los sanos principios de justicia en sus mentes, y podría tener los efectos más felices en el temperamento, que se agria o irrita muy pronto por la tiranía, hasta que se convierte displicentemente artero o ferozmente reprimido.

Mi imaginación se vuelca hacia adelante con benevolente fervor para recibir estos respetables y afables grupos, en lugar del escarnio de los corazones fríos que tienen la libertad de pronunciar con gélida autosuficiencia el condenatorio epíteto de romántico, cuya fuerza intentaré suavizar repitiendo las palabras de un elocuente moralista: «No sé si las alusiones de un verdadero corazón humano, cuyo ardor hiciera todas las cosas fáciles, no sería preferible a aquella áspera y repulsiva razón que siempre encuentra una indiferencia para el bien público, que es el primer obstáculo para cualquier cosa que lo promoviera.»

Sé que los libertinos también exclamarán que la mujer perdería su sexo al adquirir la fortaleza del cuerpo y de la mente, y que la belleza ¡la suave y embrujadora belleza! no adornaría ya más a las hijas de los hombres. Soy de una opinión muy diferente porque pienso, por el contrario, que veremos entonces dignificada la belleza y la verdadera gracia, que para que se produzcan han de concurrir muchas y poderosas causas morales y físicas. No se trata de disminuir la belleza o los encantos de la debilidad, sino que tal

[3] El folleto del obispo de Autún.

y como son aparezcan para hacernos respetar el cuerpo humano como un majestuoso pilar de las reliquias de la antigüedad preparado para recibir un noble habitante.

No olvido la opinión popular de que las estatuas griegas no se modelaron siguiendo los modelos de la naturaleza. Quiero decir, de acuerdo con las proporciones de un hombre en particular; pero se seleccionaron esos bellos miembros y semblantes como la ebullición de una ardiente fantasía que prorrumpió hacia fuera; los sentidos delicados y la gran inteligencia del artista fueron quienes seleccionaron la materia sólida, que él atrajo a este foco resplandeciente.

Observé que no era mecánica porque se había producido una totalidad –un modelo de grandiosa simplicidad, de aquellas energías que juntas concurrían, y que raptaban nuestra atención y dictaban nuestro respeto– . Porque sólo la insípida belleza sin vida se produce de una copia servil de una naturaleza incluso bella. Todavía, independientemente de estas observaciones, creo que la forma humana debe haber sido con mucho más bella de lo que es actualmente, porque la indolencia extrema, las ligazones bárbaras y muchas causas que a la fuerza actúan sobre ella, en nuestro estado lujurioso de sociedad, retardaron su expansión o la hicieron deforme. El ejercicio y la limpieza aparecen no sólo como los medios más seguros para preservar la salud, sino también para promover la belleza, considerando únicamente las causas físicas; pero todavía no es esto sólo suficiente, ya que deben concurrir las causas morales, o si no la belleza sería de aquella clase rústica que florece en los semblantes inocentes y saludables de alguna gente del campo, cuyas mentes no se han ejercitado. Para hacer a una persona perfecta ha de cuidarse al mismo tiempo la belleza física y la belleza moral, impulsando y recibiendo cada una fuerza con su combinación. El juicio ha de residir en la frente, el afecto y el destello vital en los

ojos, y el humanismo dar forma a las mejillas, o si no serán vanos destellos de los ojos más bellos y fenecerá la elegancia de los más hermosos semblantes; mientras que, sin embargo, la gracia y la modestia se manifestarán en cada movimiento que exhiba unos miembros activos y unas articulaciones bien trabadas. Pero no se construye por casualidad este ensamblaje tan perfecto; es el premio de unos esfuerzos calculados para que se soporten entre sí; porque sólo puede adquirirse el juicio a través de la reflexión, el cariño a través del desempeño de los deberes y el humanismo a través de un sentimiento de compasión por cada criatura viviente.

Debiera inculcarse en especial el cariño hacia los animales, como una parte de la educación nacional, porque actualmente no es ninguna de nuestras virtudes nacionales. La ternura de las clases bajas por sus callados y humildes animales domésticos se encuentra mucho más a menudo en un estado salvaje que en uno civilizado. Porque la civilización impide esa comunicación afectuosa que se crea en tosca cabaña, o en un cobertizo enfangado, y dirige sus mentes, incultas y distorsionadas por el refinamiento que prevalece en una sociedad, en la que los ricos los pisotean, a dominar sobre los animales para tomar la revancha de los insultos que están obligados a aguantar de sus superiores.

Esta crueldad habitual se adquiere primero en la escuela, donde uno de los raros entretenimientos de los chicos consiste en atormentar a los miserables animales que caen en su camino. La transición, según va creciendo, del barbarismo hacia los animales a la tiranía doméstica sobre esposas, hijos y sirvientes, es muy fácil. La justicia, o incluso la benevolencia, no será un resorte poderoso de acción a menos que se extienda a la totalidad de la creación; es más, creo que puede pronunciarse como un axioma que aquellos que pueden contemplar el dolor imposible aprenderán muy pronto a infligirlo.

La gente vulgar se rige por los sentimientos presentes y por los hábitos que han adquirido accidentalmente; pero no se puede depender excesivamente de los sentimientos parciales, aunque sean justos; porque cuando no se les refuerza con la reflexión, la costumbre los debilita, hasta que casi no son perceptibles. La simpatía por nuestra naturaleza se fortalece con meditaciones ponderadas y se amortigua por un uso atolondrado. El corazón de Macbeth se afligió más por un asesinato, el primero, que por el centenar de ellos que le siguieron y que eran necesarios para encubrir aquél.

Pero, cuando utilicé el epíteto de vulgar, no quería indicar que me limitaba a confinar mi observación a los pobres, porque el humanismo parcial fundado en las sensaciones presentes y los caprichos, está tanto, si no más, presente entre los ricos que entre los pobres.

La señorita que derrama lágrimas por el pájaro muerto de hambre en un cepo, que maldice a los diablos en la figura del hombre, que pega hasta la locura al pobre buey, o fustiga al paciente asno, que titubea bajo un peso superior a su fuerza, dejará de todos modos a su cochero y caballos esperándola horas enteras, mientras la gélida escarcha penetra en su cuerpo y la lluvia golpea unas ventanas tan bien cerradas que no admiten un hálito de aire para decirle lo ásperamente que sopla el viento para los que carecen de ellos. Y ella, que se lleva a sus perros a la cama, y que los cuida cuando están enfermos en una parodia de sensiblería, no sufrirá pensando que sus niños crecen hacinados en una guardería. Esta ilustración a mi argumento está sacada de un hecho real. La mujer a la que aludo era guapa, reconocidamente muy guapa, para aquellos que no echan en falta la mente cuando el rostro es bello y bien proporcionado; pero la literatura no la había alejado de sus deberes de mujer, ni su inocencia se había pervertido por el cono-

cimiento. No, era muy femenina, de acuerdo con la concepción masculina de la palabra; y lejos de amar estos animalillos consentidos que ocupaban el lugar que correspondía a sus hijos, sólo balbuceaba una bonita mezcla de tonterías en francés o inglés, para agradar a los hombres que revoloteaban alrededor. La esposa, la madre, la criatura humana, todo fue absorbido por el carácter ficticio que una educación inapropiada y la vanidad egoísta habían producido.

No me gusta hacer una distinción sin una diferencia, y confieso que me he sentido tan disgustada por la elegante señorita que recogió en su seno al perrito faldero en lugar de a su hijo como por la ferocidad de un hombre que, golpeando a su caballo, declaró que sabía muy bien cuándo se equivocaba como cristiano.

Qué equivocada está esta generación de manifestaciones insensatas, que si permiten a las mujeres que abandonen sus harenes, no les cultivan en cambio sus inteligencias a fin de engendrar virtudes en sus corazones. Porque si fueran sensatas, podrían adquirir ese gusto doméstico que las conduciría a amar a toda su familia con una subordinación razonable, desde su marido hasta el perro guardián; ni insultarían a la humanidad en la persona del más humilde sirviente, prestando más atención al bienestar de un animalillo que al de un semejante.

Mis observaciones sobre la educación nacional son obviamente sugerencias; pero deseo principalmente insistir en la necesidad de educar a los dos sexos conjuntamente para perfeccionar a ambos, y de que los niños duerman en casa, que puedan aprender a amar el hogar; sin embargo, para lograr el cariño privado y el afecto público, en lugar de confinarlos entre cuatro paredes, debieran ser enviados a la escuela para que se mezclaran con una serie de compañeros, porque sólo a través de intercambios a un mismo nivel podremos formarnos una opinión justa de nosotros mismos.

Para hacer a la humanidad más virtuosa, y naturalmente más feliz, ambos sexos debieran actuar desde el mismo principio; porque, ¿cómo vamos a poder esperar esto si sólo a uno se le permite ver la razonabilidad de ello? Para hacer también verdaderamente equitativo el pacto social y a fin de desplegar aquellos principios ilustrados que solos pueden mejorar el destino del hombre se les debe permitir a las mujeres cimentar su virtud en el conocimiento, lo que difícilmente es posible a menos que se las eduque con las mismas intenciones que a los hombres. Porque hasta ahora se las ha hecho lo suficientemente inferiores con la ignorancia y los bajos deseos como para que pretendan igualarse con ellos y por el contrario trepan al árbol del conocimiento por los serpenteantes vericuetos de la astucia, y sólo adquieren el suficiente conocimiento para seducir a los hombres.

Es palpable a través de la historia de todas las naciones que no se puede limitar a las mujeres únicamente a seguir las pretensiones domésticas, porque no desempeñan bien sus deberes familiares, a no ser que sus mentes adquieran una esfera de actividad más extensa, y mientras se las siga manteniendo en la ignorancia se harán esclavas del placer en la misma proporción que lo son del hombre. Tampoco se las puede mantener aparte de las grandes empresas, a pesar de que la estrechez de miras de sus mentes las haga fracasar a menudo, ya que es algo que son incapaces de comprender.

El libertinaje, e incluso las virtudes de los hombres superiores, siempre dará a las mujeres de cierta clase un gran poder sobre ellos; y estas débiles mujeres, bajo las pasiones infantiles y la vanidad egoísta, contemplarán a través de un prisma falso los objetos que es algo que los hombres pueden ver con sus propios ojos y que debiera esclarecer sus opiniones. Los hombres de fantasía, y aquellos que poseen un carácter más vehemente, y que generalmente dirigen el timón de los sucesos humanos, descansan en general en la sociedad

de las mujeres; y seguramente no necesito citar al lector más superficial de la historia los numerosos ejemplos de vicios y de opresión que las intrigas privadas de las favoritas han producido; ni necesito anidar sobre los daños que naturalmente surgen de la interposición desatinada de una locura bienintencionada. Porque en las transacciones de negocios es mucho mejor tener que tratar con un truhán que con un tonto, ya que el truhán siempre sigue algún plan; y puede descubrirse mucho antes cualquier plan razonado que un vuelo repentino de locura. El poder que las viles y estúpidas mujeres han tenido sobre los hombres sabios, que poseían sensibilidad, es notorio; me limitaré a mencionar un ejemplo.

¿Qué otro sino Rousseau perfiló el carácter femenino más exaltadamente? Aunque en el conjunto procurase constantemente degradar el sexo femenino. ¿Y por qué fue tan apasionado? Ciertamente para justificarse ante sí mismo el cariño que la debilidad y la virtud le habían producido al enamorarse de la tonta Teresa. No podía alzarla por encima del nivel común de su sexo; y, por tanto, se esforzó en rebajar a todas las mujeres por debajo de ella. Encontró en ella la compañera sumisa que le convenía, y el orgullo le determinó a encontrar ciertas virtudes superiores en el ser que había escogido para compartir la vida; pero ¿no demostró claramente su conducta durante su vida y tras su muerte cuán enormemente se había equivocado al denominarla un ser inocente y celestial? Es más, en la amargura de su corazón, él mismo se lamenta de que cuando sufriera los achaques corporales que le impidieron seguir tratándola como mujer, ella dejó de sentir cariño hacia él. Y fue muy natural que así sucediera ya que, sintiendo tan poco hacia él, ¿qué podía retenerla? Se requería mucha inteligencia para desviar la sensualidad hacia el amplio canal del humanismo, y para mantener ese cariño cuya sensualidad lo había confinado a un nexo, y ni siquiera eso, a un solo hombre. Muchas mujeres

no tienen entendimiento suficiente para sentir afecto por una mujer o amistad hacia un hombre. Pero la debilidad sexual que hace depender a las mujeres de los hombres para su subsistencia produce un tipo de cariño mimoso que hace a la esposa ronronear a su marido como pudiera hacerlo a cualquier hombre que la alimentara y la acariciara.

Los hombres se sienten, sin embargo, gratificados a menudo por este tipo de ternura que de una manera terriblemente injusta sólo se les permite disfrutar a ellos; pero si ellos se hicieran alguna vez más virtuosos desearían conversar con un amigo junto a la chimenea, tras haber dejado de juguetear con una amante.

Además, la inteligencia es necesaria para dar variedad e interés a los disfrutes sensuales, porque muy baja estaría sin duda la inteligencia en la escala intelectual si se continuara amando sin que la virtud y el entendimiento pudieran dar una apariencia humana a un apetito animal. Pero el entendimiento siempre predomina; y si en general no se lleva a las mujeres a un mismo nivel que los hombres, algunas otras superiores, como las cortesanas griegas, reunirán a su alrededor a los hombres habilidosos y extraerán de sus familias multitud de ciudadanos que habrán tenido más inteligencia, y habrán permanecido en el hogar y tenido sus esposas, o si no reunirán todas las gracias que resultan de la práctica del entendimiento y de la fantasía, que son los verdaderos padres del gusto. Una mujer de talento, a no ser que sea absolutamente horrorosa, obtendrá siempre gran poder si se levanta por encima de la debilidad de su sexo; y en la misma proporción que los hombres adquieren la virtud y la delicadeza, con los esfuerzos de la razón, ellas buscarán ambas en las mujeres, pero sólo pueden adquirirlas del mismo modo que lo hacen los hombres.

¿Se han limitado a la vida doméstica las mujeres en Francia o en Italia? Aunque hasta ahora no han tenido existencia política,

¿no han tenido ilícitamente un gran predominio, corrompiéndose a sí mismas y a los hombres con aquellas pasiones que manipulaban? Resumiendo, bajo cualquier luz que mire el asunto, la experiencia y la razón me convencen de que el único método para llevar a las mujeres a que desempeñen sus deberes peculiares es el de liberarlas de todas sus trabas y permitirles participar en los derechos inherentes de la humanidad.

Liberadlas, y muy rápidamente se harán sabias y virtuosas, a la vez que los hombres vayan mejorando también, ya que el avance ha de ser mutuo, o la injusticia que la mitad de la raza humana fue obligada a soportar, al retornar sobre sus opresores, hará que la virtud del hombre sea carcomida por el insecto que se esconde bajo sus pies.

Dejad que los hombres escojan su suerte. El hombre y la mujer fueron creados el uno para el otro, pero no para convertirlos en un solo ser; y si ellos no perfeccionan a la mujer, ellas los degradarán.

Hablo del perfeccionamiento y la emancipación de la totalidad del sexo, porque sé que a menudo se ha reprimido el comportamiento de algunas pocas mujeres que, por accidente, o siguiendo un poderoso impulso de la naturaleza, han adquirido una porción de conocimientos superiores a los de la mayoría de su sexo; y ha habido ejemplos de mujeres que, alcanzando el conocimiento, no han abandonado la modestia, ni se han manifestado siempre de una manera pedante para despreciar la ignorancia que ellas se han esforzado en dispersar de sus mentes. Las exclamaciones que cualquier consejo respecto al aprendizaje de las mujeres produce comúnmente, especialmente de las mujeres bonitas, se originan muchas veces de la envidia. Si llegado el caso de que ni siquiera el brillo de sus ojos, o las petulantes bromas de su coquetería refinada, les aseguran siempre la atención de los demás durante toda la

velada y si entonces una mujer con una inteligencia más cultivada se esfuerza en dar un vuelco racional a la conversación, sucede que la fuente de consolación común a todas ellas es que estas mujeres inteligentes raramente llegan a casarse. Qué trucos no he visto yo utilizar a mujeres tontas para interrumpir con el *flirteo* –una palabra llena de contenido para describir una maniobra de este tipo– una conversación racional que había hecho olvidar a los hombres que eran bellas mujeres.

Pero, permitiendo lo que es muy natural en el hombre, esto es que la posesión de raras facultades se utiliza en realidad para excitar un orgullo presuntuoso, desagradable tanto en los hombres como en las mujeres, ¿hasta qué estado de inferioridad se han ido enmoheciendo las facultades de la mujer, que una porción tan pequeña del conocimiento conseguido por las que burlonamente se llama mujeres cultivadas, puede llegar a ser considerado como algo singular? Lo suficientemente para que el poseedor se hiciera un engreído, para excitar la envidia en sus contemporáneos, y en algunos casos del otro sexo. Aún más, ¿no se ha expuesto a la más severa censura el más pequeño raciocinio que manifestaran algunas mujeres? Me refiero a hechos bien conocidos, porque frecuentemente he oído ridiculizar a las mujeres, y poner de manifiesto cualquier pequeña debilidad, sólo porque siguen los consejos de algunos doctores y evitan la senda de los castigos corporales en su modo de tratar a sus hijos. He oído, en realidad, llevar aún más lejos esta bárbara aversión a las innovaciones, y estigmatizar a una mujer sensata como si fuera una madre antinatural, cuando habiéndose mostrado sabiamente solícita para preservar la salud de sus hijos, tuvo la desgracia de perder a uno de ellos por una de aquellas casualidades de la infancia, y que la prudencia no puede prevenir. Una de sus amistades observó que había sido la consecuencia de las nociones recién inventadas, las nociones recién

inventadas de sosiego y limpieza. Y aquéllos, pretendiendo poseer experiencia, aunque durante largo tiempo llevan consigo los prejuicios que de acuerdo a la opinión de los más brillantes fisiólogos han debilitado la raza humana, casi se regocijaban ante ese desastre que de alguna forma supuso una sanción a lo que el médico había prescrito.

En efecto, si sólo fuera por este relato, la educación nacional de la mujer tendría las mayores consecuencias, porque, ¡cuántos sacrificios humanos se ha hecho a ese prejuicio de Moloch! ¿Y de cuántas maneras se destruyen niños debido a la lascivia del hombre? El deseo de afecto natural en muchas mujeres, que son alejadas de su deber por la pasión de los hombres, y la ignorancia de otros, hacen de la infancia del hombre un estado mucho más peligroso que aquel de los animales; sin embargo, los hombres no están dispuestos a situar a las mujeres en situaciones apropiadas que les permitan adquirir la suficiente inteligencia para conocer cómo han de cuidar incluso a sus niños.

Me repercute de una manera tan fuerte esta verdad, que haría descansar todas las tendencias de mi razonamiento sobre ella, porque cualquier cosa que tienda a incapacitar el carácter maternal aleja a la mujer de su esfera.

Pero es vano esperar de la actual raza de madres débiles que se interesen en cuidar razonablemente los cuerpos de sus hijos, lo que resulta imprescindible para cimentar una buena constitución, suponiendo que no tenga que sufrir los pecados de sus padres; o que manejen su temperamento tan juiciosamente que el niño no tenga, mientras va creciendo, que olvidar todo lo que su madre, su primera instructora, le enseñó directa o indirectamente; y a menos que la mente no tenga un vigor por encima de lo común, las locuras femeninas se sumarán a su carácter durante toda la vida. Y mientras sean educadas para confiar en sus maridos para emitir un

juicio, ésta será siempre la consecuencia, porque no se perfecciona el entendimiento a mitades, ni ningún ser puede actuar sabiamente imitando, ya que en cualquier circunstancia de la vida existe un tipo de individualidad que requiere un esfuerzo de raciocinio para modificar las leyes generales. El ser que pueda pensar justamente por una senda muy pronto extenderá su imperio intelectual; y ella, que posee suficiente capacidad de juicio para dirigir a sus hijos, no se someterá, esté equivocada o acertada, a su marido, ni se someterá pacientemente a las leyes sociales que hacen de una esposa un cero a la izquierda.

En las escuelas públicas las mujeres, para guardarse de los errores de la ignorancia, deberían aprender nociones de anatomía y medicina, no sólo para capacitarles a poder cuidar su propia salud como corresponde, sino para hacerles también buenas cuidadoras de sus hijos, padres y maridos; porque las cuentas de la mortalidad se engrosan con los desatinos de viejas mujeres obstinadas, que dan curalotodos de fabricación propia sin saber nada de la constitución humana. Es también conveniente, desde un punto de vista doméstico únicamente, familiarizar a las mujeres con la constitución de la mente permitiendo que los dos sexos se asocien juntos para cualquier empresa, y conduciéndolos a observar el progreso de la inteligencia humana con el perfeccionamiento de las ciencias y las artes, sin olvidar nunca la ciencia de la moralidad o el estudio de la historia política de la humanidad.

Se ha denominado al hombre un microcosmos, y puede denominarse a cualquier familia un estado. Los estados, es cierto, se han gobernado la mayoría de las veces por medios que deshonran el carácter del hombre, y el deseo de una Constitución justa y unas leyes igualitarias ha perturbado tanto las nociones de los mundialmente sabios, que ponen en duda la razonabilidad de afirmarse por los derechos de la humanidad. Así, la moralidad, contaminada en su

pantano nacional, vierte corrientes de vicio para corromper las partes que constituyen el cuerpo político; pero debieran ser otros principios más nobles o bastante más justos los que regularan las leyes, que forman el gobierno de la sociedad, y no aquellos que se llevan a cabo, porque el deber debería ser la regla de la conducta privada.

Además, con el ejercicio de sus cuerpos y mentes, las mujeres adquirirán esa actividad mental tan necesaria para el carácter materno, unida a la fortaleza que hace distinguir la conducta estable de las obstinadas perversiones de la debilidad. Porque es peligroso aconsejar al indolente que sea firme, porque instantáneamente se hace riguroso, y para evitarse problemas, castiga con severidad las faltas que una fortaleza paciente de razón habría prevenido.

Pero la fortaleza presupone fuerza mental y ¿se adquiere la fuerza mental con el consentimiento indolente? ¿Pidiendo consejo en lugar de esforzándose en decidir? ¿Obedeciendo a través del miedo, en lugar de practicar la clemencia que todos nosotros necesitamos? La conclusión a la que quiero llegar es obvia. Hacer a las mujeres criaturas racionales y ciudadanas libres, y muy pronto se convertirán en buenas esposas y madres, esto es, si los maridos no se olvidan de sus deberes como maridos y como padres.

Discutiendo las ventajas que la combinación de una educación privada y una educación pública, tal y como he sugerido, pudiera razonablemente esperarse que produjera, me he detenido sobre todo en lo que era particularmente relativo al mundo femenino, porque pienso que es un mundo oprimido; sin embargo, la gangrena que los vicios han engendrado por la opresión que han producido no se limita a la parte mórbida, sino que impregna a la sociedad en un amplio espectro; así, cuando deseo ver a mis compañeras de sexo convertidas en agentes morales, mi corazón salta con el augurio de una difusión general de esa sublime felicidad que sólo la moralidad puede difundir.

CAPÍTULO XIII

Algunos ejemplos de la estupidez de las mujeres debido a su ignorancia; con consideraciones al final acerca de la mejora moral que lógicamente lograría una revolución en los modales femeninos

....

PARTE II

Otro ejemplo de la debilidad del carácter femenino, producido muchas veces por una educación limitada, es un toque romántico al que con mucha razón se ha llamado *sentimental*. Las mujeres, limitadas a sus sensaciones por su ignorancia, y educadas nada más que para encontrar la felicidad en el amor, cultivan sus sentimientos sensuales y adoptan nociones metafísicas concernientes a esta pasión, lo que hace que desatiendan vergonzosamente sus obligaciones, cayendo muchas veces en el vicio, a través de estos refinamientos exquisitos.

Esas son las mujeres que se entretienen con las complicadas tramas de estúpidos novelistas que, sin conocer a fondo la naturaleza humana, se sacan de la manga los cuentos de siempre, describiendo escenas meretricias, todo ello envuelto por una jerga sentimentaloide, y tendiendo, de este modo, tanto a corromper el gusto como a apartar al corazón de sus obligaciones diarias. No menciono el entendimiento ya que, al no haberlo

ejercitado nunca, sus energías latentes permanecen inactivas como las partículas ocultas que se suponen introducidas por ende en la materia.

De hecho, al serles denegados todos los privilegios políticos, y no estándoles permitida una existencia civil de casadas (a excepción de los casos criminales), las mujeres ponen, naturalmente, su atención no en el interés de la comunidad entera, sino en sus partes mínimas, a pesar de que el deber de todo miembro de la sociedad no puede cumplirse, sino muy incompletamente, a menos que esté relacionado con el bien común. La misión suprema de la vida femenina es agradar y, al no permitírsele atender asuntos de mayor importancia –debido a la opresión política y civil– los sentimientos se convierten en sucesos y sus reflexiones se limitan a lo que debiera y habría dejado de lado si la inteligencia hubiese podido desplegarse a rienda suelta.

Pero al estar limitadas a tareas intrascendentes, las mujeres adoptan opiniones inspiradas en un tipo de lecturas calculadas meramente para interesar a mentes frívolas e inocentes. No pueden comprender nada de alcance, y, por tanto, no nos puede extrañar que consideren el estudio de la historia como una tarea árida, y las disquisiciones dirigidas a los enterados de un tedio insoportable, apenas inteligible. Por esto, no pueden sacar entretenimiento más que del novelista. Ahora bien, cuando ataco a las novelas, lo hago contrastándolas con aquellas obras que ejercitan el entendimiento y promueven la imaginación, porque creo que cualquier lectura es mejor que dejar vacío el vacío. Hay que facilitar a la mente un grado de ampliación fortificándola a través del ejercicio de su capacidad de pensar. Además, incluso las obras dirigidas únicamente a la imaginación elevan al lector un poco por encima de la mera gratificación de los apetitos que la mente no ha podido todavía barnizar con una capa de delicadeza.

Todo esto lo he observado a través de la experiencia; he cono-

cido a varias mujeres notables y a una en particular que era una mujer muy buena, todo lo buena que su mente limitada le permitía ser, que cuidaba de que sus tres hijas no vieran nunca una novela. Al ser ella una mujer de fortuna y a la moda, tenía varios criados que las atendían y una especie de institutriz que las vigilaba. Aprendieron de los criados palabras francesas e italianas como mesa, silla, etc., pero como los pocos libros que llegaron a sus manos o sobrepasaban con mucho su nivel, o eran devocionarios, no adquirieron ni ideas ni sentimientos. Así, cuando no se les obligaba a repetir palabras, pasaban las horas vistiéndose, peleándose una con otra, o conversando a escondidas con los criados, hasta que fueron presentadas a la sociedad como jóvenes casaderas.

Su madre viuda se dedicaba mientras tanto a mantener sus contactos, como decía ella, con sus innumerables conocidos, por si sus hijas quisieran una presentación formal en el gran mundo. Estas señoritas, cuyas mentes eran vulgares en todos los sentidos, entraron en la vida con una educación mimada y engreídas de su propia importancia, despreciando a toda aquella que no podía competir con ellas en elegancia y porte.

En cuanto al amor, la naturaleza (o sus sirvientes) se había asegurado de que supieran el sentido físico de la palabra; y al tener pocos temas de conversación y menos refinamiento de sentimientos expresaban (cuando hablaban abiertamente) sus deseos primarios con frases muy poco delicadas.

El hojear novelas ¿habría dañado a estas muchachas? Casi me había olvidado de un aspecto del carácter de una de ellas; era simple hasta el punto de ser imbécil, y pronunciaba –con una risita– comentarios y preguntas con una falta de modestia total, habiendo aprendido su plena significación enclaustrada lejos del mundo. Le daba miedo hablar delante de su madre, que regía la casa con mano dura. Su madre decía enorgullecida que había educado a todas sus

hijas de una manera ejemplar, leyendo cada una sus capítulos antes del desayuno; y que nunca tocaban ni una estúpida novela.

No es más que un ejemplo, pero me acuerdo de muchas mujeres más que, al no haber sido conducidas de una manera escalonada por estudios apropiados, ni habiéndoseles permitido escoger por ellas mismas, se han convertido realmente en niñas grandes. Otras que han llegado a obtener un poco de lo que llaman sentido común al moverse por el mundo. Esto es un modo distinto de observar sucesos corrientes, ya que subsisten por separado. Pero el intelecto, lo que merece el nombre de intelecto, o sea, el poder hacer ideas generales o abstractas, o incluso intermedias, esto era demasiado para ellas. Sus mentes vegetaban y cuando no las despertaban objetos u ocupaciones sensatas eran pobres de espíritu o lloraban o se adormecían.

Por esto, cuando aconsejo a las de mi sexo que no lean obras de tan poco valor es para inducirlas a que lean algo superior. En eso coincido con la opinión de un hombre sagaz que tenía una hija y una sobrina a su cargo y que siguió un plan muy distinto con cada una.

La sobrina tenía considerables dotes y, antes de que se le encomendase, se había dedicado a leer obras sin calidad literaria. Él la indujo a leer ensayos históricos y morales con éxito; pero en cuanto a su hija, cuya débil y cariñosa madre había malcriado de forma que esquivaba cualquier esfuerzo intelectual, le permitió leer novelas, acostumbrando a justificar su conducta diciendo que si algún día llegaba a leerlas con gusto, él tendría un punto de partida desde el cual profundizar. Decía que las opiniones erróneas son mejores que la falta total de ellas.

De hecho, se ha abandonado la mente femenina hasta un punto tal que esta fangosa fuente es la única para adquirir conocimiento, de tal forma que algunas mujeres de talento superior han llegado a odiar las novelas después de haberlas leído.

No hay manera mejor, en mi opinión, de corregir la afición de leer novelas que ridiculizándolas: no sin discriminar, ya que entonces tendría poco efecto. Pero si una persona juiciosa, con un poco de sentido del humor, lee unas cuantas a una joven, destacando (tanto por el tono, como por comparaciones con incidentes patéticos y personajes heroicos de la historia) la forma estúpida y ridícula con que las novelas caricaturizan la naturaleza humana, entonces, en lugar de sentimientos románticos, podrían engendrarse ideas justas.

Sin embargo, en algo se parecen la mayoría de ambos sexos, y es que no tienen gran interés en buscar algo de buen gusto y de modestia. Las mujeres ignorantes, que han de ser castas para mantener su reputación, permiten que su imaginación vuele por las escenas meretricias y antinaturales descritas por los novelistas de la época, y tachan de insípidas la dignidad sobria y las gracias superiores de la historia [1]. Los hombres, igualmente, llevan el mismo gusto viciado por la vida, buscando entretenimiento en lo bajo, y rechazando las gracias sencillas de la virtud y de la grave respetabilidad de la inteligencia.

Además, al leer novelas, las mujeres –y en particular las mujeres de moda– se vuelven partidarias del uso de expresiones fuertes y superlativos en la conversación, y aunque la vida artificial disipada en que viven no les permite ansiar una pasión poderosa y legítima, el lenguaje pasional de tonos afectados engendra impulsos fosforescentes, que no son más que imitaciones de la llama de la pasión en la oscuridad.

---

[1] No me refiero aquí a la superioridad mental que conduce a la creación de la belleza ideal, cuando la vida, contemplada con un ojo perspicaz, parece una tragicomedia en la que muy poca cosa hay que pueda satisfacer el corazón sin la ayuda de la imaginación.

Las mujeres, llevadas por la ignorancia y la equivocada astucia que la naturaleza ha cultivado en sus mentes débiles como un principio de autoconservación, llegan a interesarse por el buen vestir, y este gusto produce toda la vanidad que es lógico esperar que genere, a exclusión de la emulación y la magnanimidad.

Estoy de acuerdo con Rousseau cuando dice que la parte física del arte de agradar reside en la ornamentación y, por esta misma razón, quisiera advertir a las jóvenes respecto a este interés contagioso por la moda –tan extendido entre las mujeres débiles–, que no se conformen con la parte física únicamente. Sin embargo, débil es la mujer que cree que puede gustar mucho tiempo sin la ayuda de la mente, o sea, sin el arte moral de agradar. Mas el arte moral, para que no sea un abuso de la palabra arte cuando aludimos a la elegancia (que no es el móvil de la acción, sino un efecto de la virtud), jamás coincide con la ignorancia; la apariencia de la inocencia –tan placentera para los libertinos refinados de ambos sexos– difiere mucho en su esencia de esta elegancia superior.

En los estados bárbaros siempre se observa una fuerte inclinación por la ornamentación externa, sólo que son los hombres, y no las mujeres, los que se adornan. Allí donde a las mujeres se les permite alcanzar la igualdad en este aspecto, la sociedad ha avanzado por lo menos un pequeño paso en los caminos de la civilización.

Creo, por tanto, que la atención prestada al vestir –que se ha considerado característica del sexo femenino– es común, por naturaleza, a toda la humanidad. Quizá, sin embargo, debería expresarse con más claridad. Cuando la mente no se ha desarrollado lo suficientemente como para gozar de la reflexión, entonces el cuerpo se adorna con cuidado y diligencia y aparecen los casos, por ejemplo, de pintarse o tatuarse el cuerpo.

Esta primera tendencia se lleva a tal extremo que hasta el yugo diabólico de la esclavitud no puede reprimir el sentimiento salvaje de admiración, que los héroes negros heredan de sus padres, ya que muchas veces el esclavo gasta todo lo que gana a duras penas en atavíos vistosos. Y rara vez he conocido un buen criado o criada que no se interesara mucho en el vestir. Su ropa era su riqueza, y sostengo que, por analogía, su interés en el vestir (tan extravagante en las mujeres) tiene el mismo origen: la falta de cultivo de la mente. Cuando los hombres se encuentran hablan de negocios, de política o de literatura; pero, según Swift, «con qué naturalidad las mujeres se dedican a tocar los pliegues y volantes de las otras mujeres». Y eso es muy lógico, ya que no tienen afición por la literatura y encuentran la política una materia árida, porque no han adquirido un amor hacia la humanidad que emanase de la dedicación a las grandes tareas que exaltan la raza humana y promueven la felicidad general.

Además, los hombres tienen en su mano varias maneras de alcanzar el poder y la fama, por accidente o por elección, y aunque se intenten desbancar entre sí (los miembros de una misma profesión rara vez son amigos) existe, sin embargo, un número mucho mayor de hombres con los que tienen contacto, a diferencia de las mujeres que se sitúan, en cambio, de una forma muy distinta, ya que todas son rivales.

Antes de casarse se dedican a complacer al hombre; y después, con muy pocas excepciones, siguen el mismo camino con toda la perseverante pertinencia del instinto. Ni siquiera las mujeres virtuosas pueden olvidar su sexo cuando están en compañía, ya que tratan de ser siempre *agradables*. Una mujer bella y un hombre de ingenio parecen igualmente ansiosos de atraer hacia ellos la atención de la concurrencia, y son notorios los rencores que existen entre los hombres de ingenio de nuestra época.

¿Cómo nos puede extrañar, entonces, que surjan rivalidades

perpetuas, cuando la única ambición de las mujeres se centra en la belleza, y el interés aumenta todavía más la fuerza de la vanidad? Todas compiten en la misma carrera y podrían llegar a ser los seres más virtuosos si no fuera por las miradas llenas de desconfianza e incluso de envidia que se hacen.

Una afición desmedida por el vestir, por el placer y por saber contonear las caderas es pasión de salvajes; son pasiones que adoptan aquellos seres incivilizados que no han ampliado el dominio de sus mentes ni tan siquiera han aprendido a pensar con energía suficiente para concatenar la cadena de ideas abstractas que engendran los principios. Y no creo que se pueda negar el hecho de que las mujeres estén en la misma condición, debido a su educación y al estado actual de la vida civilizada. Es, por tanto, igualmente absurdo y cruel reírnos de ellas, o satirizar las estupideces de un ser que nunca tendrá libertad para actuar según las directrices de su propia razón. Es muy natural e inevitable que, después de que se les haya enseñado a obedecer ciegamente a la autoridad, intenten escamotearse con astucia.

Ahora bien, si se llega a probar que deben obedecer ciegamente al hombre estaré de acuerdo en que la obligación de las mujeres es cultivar una afición por el buen vestir, con el fin de agradar, y que posean una tendencia a utilizar la astucia para asegurar su propia supervivencia.

Sin embargo, aquellas virtudes que se apoyan en la ignorancia serán siempre inestables –la casa construida sobre arena no podrá resistir una tormenta–. Apenas hace falta recordar la comparación. Las mujeres, si han de resultar seres virtuosos gracias a la autoridad (cosa imposible por definición), tendrán que ser encerradas en serrallos y vigiladas con ojos celosos. No hay temor de que se endurezcan sus almas ya que las almas que pueden soportar tal tratamiento están formadas de materiales blandos y bastan unos movimientos mínimos para dar vida a sus cuerpos.

and best distinguish'd by black, brown, or fair[2].
Matter too soft a lasting mark to bear

Las heridas más crueles se curan pronto y está claro que podrán habitar todavía el mundo y vestirse para agradar al hombre, las únicas funciones para las que, según ciertos autores, fueron creadas las mujeres.

PARTE IV

Se supone que las mujeres poseen más sensibilidad, e incluso humanidad que los hombres, y se da como prueba sus profundos apegos y sus emociones repentinas de compasión; pero rara vez posee algo de nobleza el afecto perseverante de la ignorancia, y puede limitarse la mayoría de las veces al egoísmo, como sucede con los afectos de los niños y de los animales. He conocido a muchas mujeres débiles cuya sensibilidad fue totalmente absorbida por sus esposos; y en cuanto a su humanidad, era sin lugar a dudas muy pusilánime o, más bien, se trataba de una emoción pasajera de compasión. El sentido de la humanidad no consiste «en un oído escrupuloso», dice un orador eminente, «pertenece tanto a la mente como al sistema nervioso».

Pero este tipo de afecto exclusivista, a pesar de que degrada al individuo, no debiera ser considerado como una prueba de la inferioridad del sexo femenino, porque es la consecuencia natural de sus opiniones limitadas; porque incluso las mujeres de inteligencia superior, al dirigir toda su atención a pequeñas ocupaciones y planes privados, muy pocas veces pueden alcanzar el heroísmo, ¡a no

---

[2] «La materia es demasiado blanda para soportar una huella duradera y se distingue mejor por ser negra, morena o rubia.» *(N. de las T.)*

ser que el amor las estimule! Y el amor, como una pasión heroica, como la genialidad, sólo aparece una vez en la vida. Estoy de acuerdo, por tanto, con el moralista que afirma «que las mujeres rara vez poseen tanta genialidad como los hombres»; y que sus limitados afectos, a los que a menudo se sacrifican la justicia y la humanidad, convierten a su sexo en algo aparentemente inferior especialmente porque se inspiran, por lo común, en los hombres; pero yo sostengo que el corazón se expandería si la inteligencia ganara en fortaleza, si a las mujeres no se las humillara desde sus cunas.

Ya sé que la poca sensibilidad y la gran debilidad producirán un fuerte apego sexual, y que la razón debe ser el fundamento de la amistad; consecuentemente, admito que se encuentra más amistad en el mundo masculino que en el femenino, y que los hombres poseen un sentido más elevado de la justicia. Los afectos exclusivos de las mujeres parecen, en efecto, representar el más injusto amor de Catón por su país. Él deseaba destruir Cartago, no salvar a Roma, para promover su propia vanagloria; y, en general, se sacrifica el sentido de humanidad a principios similares, porque los deberes genuinos se soportan el uno al otro.

Además, ¿cómo pueden ser las mujeres justas y generosas, cuando son esclavas de la injusticia?

PARTE V

Se ha insistido tanto en la instrucción de los niños, es decir, en sentar las bases de la llamada salud mental y física, como en el destino peculiar de las mujeres: la ignorancia que las incapacita para mostrarse contrarias al orden de las cosas. Y yo sostengo que sus mentes pueden aprender mucho más, o que debiera ser así, pues de lo contrario nunca llegarán a ser unas madres sensatas.

Muchos hombres se dedican a la cría de caballos, o a vigilar el funcionamiento del establo y, sin embargo, ¡extraña manera de pensar y de sentir!, se sentirían degradados si tuvieran que dedicar algo de atención al cuidado de los niños; y, sin embargo, ¡cuántos niños son asesinados por la ignorancia de las mujeres! Pero cuando escapan de la muerte por la negligencia de sus madres, y no se les ha malcriado por descuidos habituales o un cariño ciego, ¡qué pocos son los que han recibido una educación apropiada a su mente infantil! Así, para acabar con su ánimo, al que se le ha dejado llegar a ser vicioso en el hogar se les envía a la escuela; y todos los métodos que ahí se siguen para mantener a un número de niños en orden esparcen las semillas de casi todos los vicios de la tierra que de esta forma se arraigan a la fuerza.

He comparado a menudo las batallas de estos pobres niños que nunca debieran sentirse reprimidos ni siquiera sujetos de una mano a las desesperantes zambullidas de un potrillo inquieto que vi dando brincos en la costa; sus patas se hundían más y más en la arena cada vez que intentaba desprenderse del jinete, hasta que al final se tuvo que rendir con un gesto de desesperación.

Siempre he encontrado a los caballos, animales por los que siento un gran apego, muy tratables cuando se les cuida con humanidad y firmeza, así que dudo de que los violentos métodos empleados para domarlos no los lastimen de una manera esencial; estoy segura, sin embargo, de que no se debiera avasallar tan forzadamente a un niño tras haberle permitido imprudentemente correr de una manera salvaje antes: porque cada violación de la justicia y de la razón, en la educación de un niño, debilita su razón. Y adquiere tan pronto un carácter –la base del carácter moral– que la experiencia me lleva a pensar que éste se fija antes de los siete años, en el período durante el cual sólo las mujeres se encargan del cuidado de los niños. Después, sucede muy a menudo que la mitad

de las tareas de la educación consiste en corregir de una manera muy imperfecta si se hace de pasada unas faltas que nunca habrían adquirido si sus padres tuvieran un poco más de inteligencia.

No debe omitirse un ejemplo asombroso de la locura de las mujeres. La manera de que tratan a los sirvientes en presencia de los niños, haciéndoles suponer que deben atenderlos y aguantar sus humores. Un niño debiera siempre recibir ayuda de una mujer o de un hombre como si se tratara de un favor; y, como una primera lección de independencia, se le debiera enseñar, de una manera práctica, con el ejemplo de su madre, a no pedir ayuda personal, que es un insulto a la humanidad cuando se goza de buena salud; y en lugar de llevarles a asumir aires de consecuencia, un sentido de su propia debilidad debiera hacerles sentir primero la igualdad natural de los hombres. Sin embargo, ¡cuántas veces he oído indignada ordenar imperiosamente a los sirvientes que se llevaran a los niños a la cama y mandarles salir una y otra vez de la habitación porque el señor o la señorita se colgaban de su mamá para quedarse un ratito más! Y así, haciéndoles cuidar a un pequeño ídolo como si fueran esclavos, se ponían de manifiesto todos esos desagradables malhumores que caracterizan a un niño echado a perder.

En resumen, hablando de la mayoría de las madres, dejan a sus hijos totalmente al cuidado de sus sirvientes; o si no los tratan como semidioses, aunque la verdad es que he observado siempre que las mujeres que así idolatran a sus hijos rara vez muestran una brizna de humanidad para con los sirvientes, ni sienten la más mínima ternura por aquellos niños que no son los suyos propios.

Estos afectos limitados, justo con una manera individualista de ver las cosas, son, sin embargo, provocados por la ignorancia, que conserva a las mujeres para siempre en la inactividad, sin acceso al mundo del progreso, y hace que la gran mayoría de ellas sólo dediquen sus vidas a sus hijos para debilitar sus cuerpos y des-

graciar sus temperamentos, frustrando también cualquier plan de educación que un padre más racional pudiera llegar a adoptar; porque a menos que la madre participe, un padre que actúe con firmeza será considerado siempre como un tirano para sus hijos.

Pero desempeñando los deberes de una madre, una mujer con una sana constitución puede conservar su cuerpo escrupulosamente limpio y ayudar, si es necesario, a mantener a su familia, o enriquecer su mente leyendo o hablando indiscriminadamente con ambos sexos. Porque la naturaleza ha ordenado tan sabiamente las cosas que hizo que las mujeres alimentaran a sus hijos y que para preservar su propia salud existiera un intervalo entre el nacimiento de cada niño, de tal manera que rara vez vemos una casa llena de bebés. Y si siguieran un plan de conducta y no desperdiciaran su tiempo siguiendo los caprichos de la moda del vestido, el mantenimiento de la casa y de sus hijos no las alejaría de la literatura, o les impediría dedicarse a una ciencia, o practicar alguna de las bellas artes para cultivar su sentido del gusto.

Pero visitar exposiciones de joyas, jugar a las cartas y a los bolos, por no mencionar el ocioso alboroto de la frivolidad mañanera, las aleja de sus deberes y las hace insignificantes y placenteras, de acuerdo con el sentido actual de la palabra, a todos los hombres menos a su esposo. Porque una rueda de placeres en la que no se ejerciten los afectos no puede mejorar la inteligencia, aunque erróneamente pueda denominarse conocer el mundo; sin embargo, el corazón se presenta tan frío y adverso al desempeño de un deber, con esta actitud insensata, que se convierte en algo necesario por hábito aunque haya dejado de divertir.

Pero no veremos mujeres afectuosas hasta que no se haya establecido más igualdad en la sociedad, hasta que las clases no se fusionen y las mujeres se liberen; ni veremos dignificarse la felicidad doméstica, la grandeza sencilla que no puede ser saboreada por

mentes ignorantes y viciadas; ni empezará la importante tarea de la educación de una manera justa mientras se siga prefiriendo el cuerpo de una mujer a su mente. Porque sería tan sabio esperar maíz de la cizaña o higos de los cardos como que una estúpida e ignorante mujer fuera una buena madre.

PARTE VI

No es necesario informar al lector sagaz, ahora que llego a mis reflexiones finales, que la discusión de este tema consiste meramente en destapar algunos principios elementales y clarificar los escombros que los ocultaban. Pero, como no todos los lectores son sagaces, se me debe permitir añadir algunas consideraciones explicatorias para llevarles la razón a casa, esa perezosa razón que supinamente confía en opiniones, y que obstinadamente les sostiene para evitarse el trabajo de pensar.

Los moralistas han convenido unánimemente que a menos que la virtud se alimente de la libertad, nunca conseguirá la fortaleza debida, y lo que ellos dicen del hombre lo extiendo a toda la humanidad insistiendo que, en todos los casos, la moral debe basarse en principios inmutables; y que sólo puede denominarse virtuoso o racional aquel ser que no obedezca ninguna autoridad sino la de la razón.

Para convertir a las mujeres en miembros verdaderamente útiles de la sociedad defiendo la idea de que, cultivando sus inteligencias en gran escala, se las debiera educar para que adquiriesen un cariño racional por su país, fundado en el conocimiento, porque es obvio que demostramos muy poco interés por aquello que no entendemos. Y para que se valore este conocimiento suficientemente he procurado demostrar que los deberes privados nunca se desempeñan adecuadamente a menos que la inteligencia engran-

dezca el corazón; y que la virtud pública es sólo un apéndice de la privada. Pero las diferencias establecidas en la sociedad minan ambas, extrayendo el oro puro de la virtud hasta que ésta se convierte en la cobertura de oropel del vicio; porque mientras la riqueza siga haciendo al hombre más respetable que la virtud siempre se enfrentará a ella; y mientras se acaricien cuerpos de mujeres de sonrisa tonta y nula inteligencia, la mente yacerá sobre barbechos. Sin embargo, la verdadera voluptuosidad debe ser oriunda de la mente porque, ¿qué puede igualar las sensaciones producidas por un afecto mutuo y sostenido por un mutuo respeto?, ¿qué son las frías o enfervecidas caricias del apetito, sino un pecado abrazando a la muerte, comparadas con la modesta superabundancia de un corazón puro y una imaginación exaltada? Sí. Permítaseme decirle al libertino de la fantasía cuando desprecia la inteligencia de una mujer si la mente que él desestima puede dar vida al afecto enardecido desde el cual el embelesamiento, que es tan breve, puede volar solo. Y que, sin virtud, una unión sexual puede expirar como el sebo de una vela en un mechero, ocasionando un desconsuelo insoportable. Para probar esto sólo necesito observar que los hombres que han malgastado gran parte de sus vidas con mujeres, en las que buscaban placer con una sed ansiosa, mantienen ahora las opiniones más mezquinas sobre el sexo femenino. ¡La virtud es lo que verdaderamente refina el gozo! Si los hombres estúpidos vinieran a asustarte desde la tierra, para dar salida a todos sus apetitos sin freno, algún ser sensual y con gusto subiría a los cielos para invitarle a volver, para donarle un aliciente para el placer.

Son motivo ahora de disputa esas mujeres que por la ignorancia son tontas o viciosas, pienso; y aparece al menos con objetiva probabilidad y fuera de toda duda que se podrían esperar los efectos más saludables para promover el progreso de la humanidad en las costumbres de las mujeres por una REVOLUCIÓN. Porque, como se

ha denominado al matrimonio el padre de todas las limosnas halagüeñas que han arrancado al hombre de las hordas salvajes, el intercambio corrompido que la riqueza, la ociosidad y la locura producen entre los sexos es universalmente más injurioso a la moralidad que todos los otros vicios de la humanidad considerados colectivamente. Se sacrifican los deberes más sagrados a la codicia adúltera porque, antes del matrimonio, los hombres, a través de una intimidad promiscua con las mujeres, aprenden a considerar el amor como una gratificación egoísta y aprenden a separarlo no sólo del cariño, sino también del afecto que simplemente se construye sobre el hábito y que diluye un poco de humanidad en él. A la justicia y a la amistad se les plantea también desafío, y la pureza del gusto se vicia de tal modo que conduce naturalmente al hombre a saborear el despliegue de un afecto carente de arte en lugar de una atmósfera afectuosa. Pero esa noble simplicidad del afecto, que se atreve a aparecer sin adornos, ofrece muy poco atractivo para el libertino, aunque sea el encanto el que, dando solidez al lazo matrimonial, asegura las prendas de una pasión más cálida, esto es, el cariño paterno; porque nunca se educará adecuadamente a los niños mientras no subsista la amistad entre los padres. La virtud huye de una casa dividida y en su lugar se aposenta una legión de diablos.

El afecto de los esposos y las esposas no puede ser puro cuando tienen tan pocos sentimientos en común, y cuando se establece tan poca confianza en el hogar, como es el caso cuando sus metas distan tanto la una de la otra. Esa intimidad desde la cual la ternura fluiría no subsistirá, no puede subsistir entre los viciosos.

Sosteniendo, por tanto, que las diferencias sexuales sobre las que los hombres han insistido son arbitrarias, me he detenido en una observación que varios hombres sensatos con los que he conversado sobre el asunto han convenido conmigo; y es simplemente ésta, que la poca castidad que se encuentra entre los hombres, y su conse-

cuente desprecio tiende a degradar a ambos sexos; y yendo más lejos que la modestia de las mujeres, caracterizada como tal, a menudo será el velo artificioso del desenfreno en lugar de ser el reflejo natural de la pureza, mientras no se respete la modestia universalmente.

El mayor número de locuras femeninas proceden, creo firmemente, de la tiranía del hombre; y las artimañas, que admito que forman parte de su carácter en la actualidad, son producidas por la opresión, como he intentado probar repetidas veces.

¿No disentirán, por ejemplo, algunas clases de personas con una verdad evidente que se caracteriza por los ardides? ¿Y no puedo incidir más en este hecho para probar que cuando existe algún poder que no sea el de la razón se frena el libre albedrío del hombre, se practica el disimulo y se recurre a las trampas más variadas de todo tipo de trucos? Lo que ha configurado sus personas y sus mentes en un molde de repulida nadería ha sido esa gran atención al decoro que se ha llevado a un grado de gran escrupulosidad, y toda esa barahúnda pueril de bagatelas y solemnidad engreída que la caricatura que Butler hizo de un disidente nos trae a la imaginación. Hablo en general, porque sé que muchos ornamentos de la naturaleza humana se han manifestado entre sectas; sin embargo, afirmo que el mismo prejuicio estrecho de su secta, que lo tienen las mujeres respecto a sus familias, prevaleció en la parte disidente de la comunidad, aunque pudiera resultar valioso para otras cosas; y también que la misma tímida prudencia, o los esfuerzos obstinados, desgraciaron muchas veces las gestiones de ambos. La opresión ha formado así muchos de los aspectos de su carácter, coincidiendo perfectamente con aquella mitad de la humanidad oprimida; porque, ¿no es notorio que a los disidentes, como a las mujeres, les gustara deliberar juntos, y darse consejos los unos a los otros, hasta que se llegaba a algún tipo de conclusión a través de un entramado de pequeñas aportaciones? Una atención similar

para preservar su reputación fue conspicua en el mundo de los disidentes y de las mujeres, y se produjo por una causa parecida.

Al defender los derechos que las mujeres debieran pretender poseer en común con los hombres no he pretendido atenuar sus faltas; sino probar que son la consecuencia natural de su educación y de su situación en la sociedad. Si es así, es razonable suponer que cambiarán su carácter, y corregirán sus vicios y locuras cuando se les permita ser libres en el sentido físico, moral y civil [3].

Permitid compartir los derechos a la mujer, y emulará las virtudes de los hombres; porque tiene que desarrollarse más perfecta si se emancipa, o si no justifica la autoridad que encadena a este ser débil a sus deberes. Si es lo último, no estaría mal iniciar un fructífero comercio de látigos con Rusia: un regalo que todo padre debiera hacer a su hijo político en el día de su boda y con el que un marido debiera conservar en orden a toda su familia, sin que por ello se violara para nada el reino de la justicia, ya que empuñaría su cetro, como único amo de la casa y única persona con razón: la divina e irrevocable soberanía terrenal inspirada en el hombre por el Maestro del universo. Admitiendo esta postura, las mujeres no tienen ningún derecho inherente que reclamar; y, por la misma regla, desaparecen sus deberes, porque los deberes y los derechos son inseparables.

¡Sed justos, hombres de inteligencia!: y no señaléis con más dureza a las mujeres que hacen algo más que los trucos de un caballo o un asno a los que alimentáis. Y permitid los privilegios de la ignorancia a quien denegáis los derechos de la razón, o seréis peores que los capataces egipcios, esperando hallar virtud donde la Naturaleza no donó inteligencia.

---

[3] Me habría extendido más en las ventajas que pueden esperarse del resultado de una mejora de las costumbres femeninas, pensando en la reforma general de la sociedad; pero me pareció que tales reflexiones cerrarían de una manera más adecuada el último volumen.

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *Vindicación de los derechos de la mujer,* Mary Wollstonecraft.
2. *Manifiesto Comunista,* Karl Marx y Friedrich Engels.
3. *El origen de las especies,* Charles Darwin.
4. *El Anticristo,* Friedrich Nietzsche.
5. *La metamorfosis,* Franz Kafka.
6. *Sobre la teoría de la relatividad especial y general,* Albert Einstein.
7. *Esquema del psicoanálisis,* Sigmund Freud.

Después de haber interrogado a la historia y observado el mundo viviente con ansiosa solicitud, una viva melancolía y una entristecida indignación se han apoderado de mi espíritu y he debido admitir, con un suspiro, una de estas dos cosas: o bien existen diferencias naturales considerables entre los hombres, o bien la civilización que el mundo ha desarrollado hasta ahora se ha mostrado muy parcial. He consultado diversas obras relativas a la educación, he observado pacientemente el comportamiento de los padres y el funci namiento de las e cuelas, y he llegado

DEBATE
EDITORIAL

